

LOS QUINIENTOS MILLONES  
DE LA BEGÚN

Julio Verne

## CAPÍTULO PRIMERO

## EN EL QUE EL SEÑOR SHARP HACE SU ENTRADA

Estos periódicos ingleses están divinamente hechos —se dijo a sí mismo el buen doctor, arrellanándose en un gran sillón de cuero.

El doctor Sarrasin había practicado durante toda su vida el monólogo, que constituye una de las formas de la distracción.

Era un hombre de cincuenta años, de facciones finas, de ojos vivos y limpios, que se veían a través de sus gafas de acero, de fisonomía a la vez grave y amable; uno de esos individuos, en fin, de quienes se dice, al verlos por primera vez: «Este es un buen hombre.» A aquella hora matinal, aunque su actitud no manifestaba preocupación alguna, el doctor se hallaba recién afeitado y con corbata blanca.

Sobre la alfombra y sobre los muebles de la habitación que ocupaba en un hotel de Brighton, yacían el Times, el Daily Telegraph y el Daily News. Apenas eran las diez, y el doctor había tenido tiempo de dar la vuelta a la ciudad, de visitar un hospital, de volver a su hotel y de leer en los principales periódicos de Londres la noticia in extenso de una memoria que había presentado la antevíspera en el gran Congreso Internacional de Higiene sobre un «cuenta-glóbulos de la sangre», del cual era inventor.

Ante él, una bandeja, cubierta con un paño blanco, contenía una chuleta bien sazonada, una taza de té humeante, y algunas de esas tostadas con manteca que los cocineros ingleses hacen a las mil maravillas, gracias a los panecillos especiales que los panaderos les proporcionan.

—Sí —se repetía—; estos periódicos del Reino Unido están muy bien hechos; no se puede decir lo contrario... El *speech*<sup>1</sup> del vicepresidente, la respuesta del doctor Cicogna, de Nápoles, el desarrollo de mi memoria, todo está cogido al vuelo, tomado al oído, fotografiado... «Toma la palabra el doctor Sarrasin, de Douai. El ilustre asociado se expresa en francés. "Me dispensarán mis auditores (dijo al comenzar) si me permito esta libertad; pero, seguramente, entenderán mejor mi lengua que si les hablara en la suya..." ¡Cinco columnas de texto...! No sé cuál de las reseñas es la mejor; si la del Times o la del Telegraph... ¡No cabe más exactitud ni más precisión...!

Se hallaba el doctor Sarrasin sumido en estas reflexiones, cuando el mismísimo maestro de ceremonias —pues no podría atribuirse un título de menor importancia a un personaje tan correctamente vestido de negro— llamó a la puerta y preguntó si el «monsiú» estaba visible.

«Monsiú» es un apelativo que los ingleses se creen obligados a aplicar a todos los franceses indistintamente, del mismo modo que creerían faltar a las reglas de urbanidad no designando a un italiano con el título de «signor» y a un alemán con el de «herr». Después de todo, tal vez tengan razón.

Incontestablemente, esa costumbre rutinaria tiene la ventaja de determinar de un modo conciso la nacionalidad de las personas.

El doctor Sarrasin tomó la tarjeta que le presentaban.

Bastante extrañado de que fueran a visitarle en un país donde no conocía a nadie, lo fue más aún cuando leyó en la minúscula cartulina:

MÍSTER SHARP, SOLICITOR

93, *Southampton Street*

LONDON

Sabía que un «solicitor» es el congénere inglés de un abogado, o, más bien, un hombre de ley híbrida, intermediario entre el notario, el defensor y el abogado, el procurador de otro tiempo.

—¿Qué diablos puedo yo tener que ver con el señor Sharp? —se preguntó—. ¿Acaso habré hecho algún mal sin saberlo?

Y añadió, en voz alta:

—¿Está usted seguro de que es a mí a quien busca?

—¡Oh! *Yes, monsiú.*

—Pues, bien; dígame que pase.

El maestro de ceremonias introdujo a un hombre, joven aún, que el doctor, a primera vista, consideró como perteneciente a la gran familia de los «calaveras».

Sus labios delgados, o, mejor dicho, consumidos; sus largos dientes blancos; sus cavidades temporales casi al descubierto bajo una piel apergaminada; su color de momia y sus ojillos grises de penetrante mirada justificaban en un todo aquella clasificación. Su esqueleto desaparecía, desde los talones al occipucio, dentro de un «ulster-coat» a grandes cuadros, y en su mano oprimía el asa de un saco viejo de cuero barnizado.

Entró este personaje, saludó con rapidez, dejó en el suelo el saco y el sombrero, se sentó sin pedir permiso, y dijo:

—Guillermo Enrique Sharp júnior<sup>2</sup>, asociado de la casa Billows, Green, Sharp y Compañía... ¿Es al doctor Sarrasin a quien tengo el honor de visitar?

—Sí, señor.

—¿Francisco Sarrasin?

—Ese es, en efecto, mi nombre.

—¿De Douai?

—Douai es mi residencia.

—¿Su padre se llamaba Isidoro Sarrasin?

—Exacto.

—Decimos, pues, que se llamaba Isidoro Sarrasin...

El señor Sharp sacó de su bolsillo un cuaderno de notas, lo consultó y continuó:

—Isidoro Sarrasin murió en París en 1857, en el distrito VI, calle de Taranne, número 54, hotel de las Escuelas, actualmente desaparecido.

—En efecto —dijo el doctor, cada vez más sorprendido—. ¿Quiere usted explicarme...?

—El nombre de su madre era Julia Langévol —prosiguió el señor Sharp, imperturbable—. Era oriunda de Bar-le-Duc, hija de Benedicto Langévol, domiciliado en el

---

<sup>2</sup> El menor

callejón sin salida de Loriol, muerto en 1812, según consta en los registros del municipio de dicha ciudad... Estos registros constituyen una institución preciosa, caballero; preciosa... ¡Ejem, ejem...! Y hermana de Juan Jacobo Langévol, tambor mayor del 36 ligero...

—Le confieso —dijo entonces el doctor Sarrasin, maravillado— que parece usted mejor informado que yo acerca de esos extremos. Cierto es que el nombre de familia de mi abuela era Langévol, pero es todo cuanto sé referente a ella.

—Hacia 1807, abandonó la ciudad de Bar-le-Duc con su abuelo, Juan Sarrasin, con quien se había casado en 1799. Ambos fueron a establecerse en Melun, como hojalateros, y permanecieron allí hasta 1811, fecha de la muerte de Julia Langévol, mujer de Sarrasin, el padre de usted. A partir de esta fecha, se pierde el hilo, hasta que queda reanudado con la de la muerte de aquél, acaecida en París...

—Yo puedo suministrarle esos datos —dijo el doctor, contagiado, a su pesar, por aquella precisión matemática—. Mi abuelo fue a establecerse en París para atender a la educación de su hijo, que se dedicaba a la carrera médica. Murió en 1832, en Palaiseau, cerca de Versalles, donde mi padre ejercía su profesión y donde yo nací, en 1822.

—Usted es mi hombre —exclamó el señor Sharp—. ¿No tiene hermanos ni hermanas?

—No; soy hijo único, y mi madre murió dos años después de mi nacimiento... En fin, caballero; usted me dirá...

El señor Sharp se levantó.

—Sir Bryah Jowahir Mothooranath —dijo, pronunciando estos nombres con el respeto que todo inglés profesa a los títulos nobiliarios—, tengo la satisfacción de haberle descubierto y de ser el primero en rendirle homenaje.

«Este hombre está loco perdido —pensó el doctor—, lo cual es bastante frecuente en los "calaveras". »

El «solicitor» leyó este diagnóstico en sus ojos.

—No estoy loco, ni mucho menos —pronunció, con calma—. En la actualidad, es usted el único heredero conocido del título de baronet<sup>3</sup>, concedido, por la presentación del gobernador general de la provincia de Bengala, a Juan Jacobo Langévol, sujeto naturalizado inglés en 1819, viudo de la Begún Gokool, usufructuario de sus bienes y fallecido en 1841, sin dejar más que un hijo, el cual murió idiota y sin dejar sucesión, incapacitado y sin hacer testamento, en 1869. La herencia se elevaba, hace treinta años, a unos veinticinco millones de pesetas. Quedó bajo secuestro y tutela, y los intereses han sido capitalizados casi íntegramente durante la vida del hijo imbécil de Juan Jacobo Langévol. Esta herencia ha sido valuada, en 1870, en la cifra total de veintidós millones de libras esterlinas, o sea quinientos veinticinco millones de pesetas. Mediante el fallo de un tribunal de Agrá, confirmado por el tribunal de Delhi y ratificado por el Consejo privado, los bienes inmuebles y muebles han sido vendidos, los valores realizados, y el total ha sido colocado en depósito en el Banco de Inglaterra. Actualmente es de quinientos veintisiete millones de pesetas, que puede usted retirar con un simple cheque, tan pronto como presente sus pruebas genealógicas ante el tribunal de la Cancillería, en vista de las cuales me ofrezco a usted desde hoy para hacer que los señores Trollop, Smith y Compañía, banqueros, le adelanten a cuenta la cantidad que usted necesite.

El doctor Sarrasin estaba como petrificado. Permaneció por unos instantes sin encontrar palabras con qué expresarse. Luego, atacado por un remordimiento propio de su espíritu crítico y no pudiendo aceptar como hecho experimental aquel sueño de Las mil y una noches, exclamó:

---

<sup>3</sup> Título de honor, inferior al de barón y superior al de caballero, que constituye el último grado de los hereditarios de Inglaterra. (N. del T.)

—En resumen, caballero; ¿qué pruebas me presentará usted que justifiquen esa historia, y cómo se las ha arreglado usted para descubrirme?

—Las pruebas están aquí —respondió el señor Sharp, golpeando el maletín de cuero barnizado—. En cuanto a la manera de encontrarle a usted, es muy natural. Hace cinco años que le estoy buscando. El hallazgo de los deudos o *nexet of kin*, como decimos en Derecho inglés, para las numerosas fortunas en desherencia que se registran todos los años en las posesiones británicas, constituye una especialidad de nuestra casa. Precisamente la herencia de la Begún Gokool ocupa nuestra actividad desde hace un lustro entero. Hemos hecho nuestras investigaciones en todas partes y hemos pasado revista a centenares de familias Sarrasin, sin encontrar a la que es descendiente de Isidoro. Yo mismo había llegado a la convicción de que no existía otro Sarrasin en Francia, cuando ayer mañana, leyendo en el Daily News la reseña del Congreso de Higiene, me encontré con un doctor de este nombre que no me era conocido. Repasando inmediatamente mis notas y los millares de fichas manuscritas que habíamos reunido a propósito de esta herencia, comprobé con asombro que la ciudad de Douai había escapado a nuestra atención. Casi seguro desde entonces de haber hallado la pista, tomé el tren de Brighton, le vi a usted a la salida del Congreso y se reafirmó mi convicción. Es usted el vivo retrato de su pariente Langévol, tal y como está representado en una fotografía suya, obtenida de un lienzo del pintor indio Saranoni.

El señor Sharp extrajo de su cartapacio una fotografía y se la entregó al doctor Sarrasin. Aquella fotografía representaba a un hombre de gran estatura, con una barba espléndida, un turbante recamado de piedras preciosas y una túnica profusamente adornada de verde, colocado en esa actitud tan frecuente en los retratos históricos y propia de un general en jefe que redacta una orden de ataque mientras contempla atentamente al espectador. En segundo término, se distinguía vagamente el humo de una batalla y una carga de caballería.

—Estas pruebas le dirán a usted más de lo que yo pudiera decirle —prosiguió el señor Sharp—. Se las dejaré y volveré dentro de dos horas, si usted me lo permite, para recibir sus órdenes.

Mientras decía esto, el señor Sharp extrajo del maletín barnizado siete u ocho legajos de expedientes, unos impresos y otros manuscritos; los dejó sobre la mesa, y salió, andando hacia atrás y murmurando:

—Sir Bryah Jowahir Mothooranath, he tenido un verdadero placer en saludarle...

Medio creyente y medio escéptico, el doctor tomó los legajos y comenzó a hojearlos.

Un rápido examen bastó para demostrarle que la historia era perfectamente verdadera, y esto disipó todas sus dudas. ¿Cómo vacilar, por ejemplo, en presencia de un documento impreso y que contenía lo siguiente? ;

*«Informe de los Muy Honorables Lores del Consejo privado de la Reina, emitido el 5 de enero de 1870, concerniente a la herencia vacante de la Begún Gokool de Ragginahra, provincia de Bengala.*

«Exposición de los hechos: Se trata en la causa de los derechos de propiedad de algunas *mehals* y de cuarenta y tres mil *beegales* de tierra de labor, a más de diversos edificios, palacios, fábricas de explotación, aldeas, objetos muebles, tesoros, armas, etcétera, procedentes de la herencia de la Begún Gokool de Ragginahra. De las exposiciones sometidas sucesivamente al tribunal civil de Agra y al Consejo superior del Delhi, resulta que, en 1819, la Begún Gokool, viuda del rajá Luckmissur y heredera forzosa de considerables bienes, se casó con un extranjero, de origen francés, llamado Juan Jacobo Langévol. Este extranjero, después de haber servido hasta 1815 en el ejército francés,

donde había obtenido el grado de suboficial (tambor mayor), en el 36 ligero, se embarcó en Nantes, al licenciamiento del ejército del Loira, como recadero de un navío mercante. Llegó a Calcuta, pasó al interior y obtuvo bien pronto las funciones de capitán instructor en el reducido ejército indígena de que, previa autorización, podía disponer el rajá Luckmissur. De este grado, no tardó en pasar al de comandante en jefe, y, poco después de la muerte de la rajá, obtuvo la mano de su viuda. Diversas consideraciones de política colonial e importantes servicios prestados en circunstancias peligrosas para los europeos de Agrá por Juan Jacobo Langévol, que se había hecho naturalizar súbdito británico, condujeron al gobernador general de la provincia de Bengala a solicitar y obtener para el esposo de la Begún el título de baronet. La tierra de Bryah Jowahir Mothooranath fue entonces erigida en feudo. La Begún murió en 1829, dejando el usufructo de sus bienes a Langévol, quien la siguió dos años más tarde a la tumba. De su matrimonio no quedaba más que un hijo en estado de imbecilidad desde su niñez, al que fue preciso colocar inmediatamente bajo tutela. Sus bienes fueron fielmente administrados hasta su muerte, acaecida en 1869. No existen herederos conocidos de esta inmensa fortuna. Habiendo ordenado la licitación el tribunal de Agrá y el Consejo de Delhi, a instancias del gobernador local ejecutor en nombre del Estado, tenemos el honor de solicitar de los Lores del Consejo privado la ratificación de estos juicios, etc., etc.»

Seguían las firmas.

Las copias certificadas de los juicios de Agrá y de Delhi, las actas de venta, las órdenes otorgadas para el depósito del capital en el Banco de Inglaterra, una reseña de las investigaciones realizadas en Francia para buscar a los herederos de Langévol y todo un conjunto imponente de documentos del mismo género hicieron desaparecer bien pronto hasta la duda más insignificante en el ánimo del doctor Sarrasin. Este era real y verdaderamente el «next of kin» y sucesor de la Begún. Entre él y los quinientos veintisiete millones depositados en los sótanos del Banco no existía más obstáculo que el de un juicio de formalización, mediante la simple reproducción de las actas auténticas de nacimiento y de defunción.

Un cambio de fortuna semejante constituía un motivo bien justificado para turbar el ánimo más tranquilo, y el buen doctor no logró sustraerse a la emoción que forzosamente ha de causar una certidumbre tan inesperada. Sin embargo, su emoción fue de corta duración, y sólo se tradujo en unos rápidos paseos de un extremo al otro de la habitación y que se repitieron durante algunos minutos. Enseguida recuperó la posesión de sí mismo, se reprochó como una debilidad aquella fiebre pasajera, y, dejándose caer sobre su sillón, permaneció por algún tiempo absorto en profundas reflexiones.

Luego, de pronto, reanudó sus breves y rápidos paseos por la habitación; pero esta vez sus ojos brillaban con una llamarada de pureza, y podía verse en toda su actitud que una idea generosa y noble germinaba en su interior.

En aquel momento llamaron a la puerta. Volvía el señor Sharp.

—Pido a usted perdón por mis dudas —le dijo cordialmente el doctor—. Aquí me tiene convencido y agradecido en extremo por los trabajos y molestias que se ha tomado usted.

—Nada de eso... Se trata de un negocio... Es propio de mi profesión —respondió el señor Sharp—. ¿Puedo esperar que Sir Bryah me honre siendo cliente mío?

—¡Desde luego! Dejo por entero el asunto entre sus manos... Sólo le suplico que renuncie a otorgarme ese tratamiento absurdo...

«¡Absurdo! ¡Un título que vale quinientos millones de pesetas!», expresaba la fisonomía del señor Sharp. Sin embargo, estaba demasiado bien educado para no ceder.

—Como usted quiera; es usted muy dueño —respondió—. Voy a tomar el tren para Londres y espero sus órdenes.

—¿Puedo quedarme con estos documentos? —preguntó el doctor.

—Sí, señor; tenemos copia de ellos.

Cuando se hubo quedado solo, el doctor Sarrasin se sentó ante su mesa de despacho, requirió un pliego de papel de carta y escribió lo que sigue:

«Brighton, 28 de octubre de 1871.

»Mi querido hijo: Se nos presenta una fortuna enorme, colosal, inconcebible... No me creas atacado de enajenación mental, y lee los dos o tres documentos impresos que van adjuntos. Por ellos verás claramente que soy el heredero de un título de baronet inglés, o más bien indio, y de un capital de medio millar de millones de pesetas, depositado en la actualidad en el Banco de Inglaterra. No dudo, mi querido Octavio, de los sentimientos que albergará tu espíritu cuando recibas esta noticia. Como yo, comprenderás los nuevos deberes que nos impone una fortuna semejante y los peligros que puede acarrearlos. Hace poco menos de una hora que tengo conocimiento del hecho, y la preocupación de semejante responsabilidad casi ahoga ya el júbilo que al pensar en ti me produjo en un principio la certidumbre adquirida. Tal vez este cambio sea fatal para nuestro destino... Modestos obreros de la ciencia, éramos felices en nuestra oscuridad. ¿Lo seremos ahora? Quizá no..., a no ser que... (no me atrevo a hablarte de una idea que aún perdura en mi imaginación...) a no ser que esta fortuna se convierta en nuestras manos en un nuevo y poderoso aparato científico, en un prodigioso medio de civilización... Ya volveremos a ocuparnos de esto... Escíbeme; comunícame al punto la impresión que te causa esta formidable noticia, y encárgate de hacérsela saber a tu madre. Estoy seguro de que, como una mujer sensata que es, la acogerá con calma y tranquilidad. En cuanto a tu hermana, es demasiado joven aún para que una cosa semejante le haga perder el juicio. Además, su cabecita está ya asegurada, y debe comprender todas las consecuencias posibles de la noticia que te anuncio; estoy seguro de que, de todos nosotros, a ella será a la que menos afecte este cambio experimentado en nuestra posición. Un buen apretón de manos a Marcelo. No está separado de ninguno de mis proyectos para el porvenir.

»Tu padre que te quiere,

«FRANCISCO SARRASIN.

»D. M. P.»

Incluida esta carta en un sobre, en unión de los documentos más importantes, y dirigida al señor don Octavio Sarrasin, alumno de la Escuela Central de Arte e Industria, sita en la calle del Rey de Sicilia, número 32, en París, el doctor cogió su sombrero, se enfundó su gabán y se fue al Congreso. Un cuarto de hora más tarde, el excelente hombre no pensaba ya en sus millones.

## CAPÍTULO II

## DOS CONDISCÍPULOS

Octavio Sarrasin, hijo del doctor, no era precisamente un perezoso. No era torpe, ni de una inteligencia superior, ni guapo ni feo, ni alto ni bajo, ni moreno ni rubio. Era castaño, y en todo pertenecía a la clase media. En el colegio obtenía, por regla general, un segundo premio y dos o tres diplomas. En el bachillerato había obtenido la nota de «aprobado». Suspenso la primera vez en el concurso de la Escuela central, fue admitido a la segunda prueba con el número 127. Era un carácter indeciso, uno de esos espíritus que se conforman con una certidumbre incompleta, que viven en ella siempre y que pasan la vida como los claros de luna. Esta clase de personas son, en manos del destino, lo que un pedazo de corcho en la superficie de una ola: según que el viento sople del Norte o del Mediodía, son llevados al Ecuador o al Polo. El azar es quien decide su carrera. Si el doctor Sarrasin no se hubiese hecho con anterioridad ciertas ilusiones acerca del carácter de su hijo, acaso hubiera vacilado antes de escribirle la carta que queda transcrita; pero un poco de ceguera paterna le está permitida a los mejores espíritus.

La suerte había querido que en el comienzo de su educación cayese. Octavio bajo el dominio de una naturaleza enérgica, cuya influencia un poco tiránica aunque bienhechora se había impuesto en él a viva fuerza. En el liceo Carlomagno, adonde su padre le había enviado para que terminase sus estudios, Octavio había trabado una estrecha amistad con uno de sus compañeros, un alsaciano llamado Marcelo Bruckmann, un año más joven que Octavio, pero que bien pronto lo redujo con su vigor físico, intelectual y moral.

Marcelo Bruckmann, que había quedado huérfano a los doce años, había heredado una pequeña renta que sólo le alcanzaba para pagar su colegio. Si no hubiera sido por Octavio, que durante las vacaciones lo llevaba a casa de sus padres, nunca hubiera puesto los pies fuera del liceo.

Como consecuencia de esto, sucedió bien pronto que la familia del doctor Sarrasin se convirtió en la del alsaciano. De una naturaleza sensible bajo su aparente frialdad, comprendió que toda su vida debía pertenecer a aquellas buenas personas que le habían servido de padres. Así, pues, sucedió que llegó a adorar al doctor Sarrasin, a su mujer y a la gentil y ya formal hijita, los cuales habían conmovido de nuevo su corazón. Pero fue con hechos, y no con palabras, como él demostró su agradecimiento. En efecto, se dedicó a la agradable tarea de hacer de Juana —que amaba el estudio— una muchacha de buen sentido, un espíritu firme y juicioso; y, al mismo tiempo, de Octavio, un hijo digno de su padre. A decir verdad, esta última tarea se le hacía más difícil al joven que la de educar a Juana, superior por su edad a su hermano; pero Marcelo se había propuesto conseguir su doble objeto.

Y es porque Marcelo Bruckmann era uno de esos muchachos valerosos y expertos que la Alsacia acostumbra a enviarnos todos los años para que tomen parte en la lucha parisiense. De niño, se distinguía ya por la rudeza y la agilidad de sus músculos tanto como por la vivacidad de su inteligencia. Era todo valor y toda voluntad en su interior, del mismo modo que externamente estaba como formado por ángulos rectos. En el colegio le atormentaba una imperiosa necesidad de sobresalir en todo, tanto en el juego de la barra como en el de la pelota; lo mismo en gimnasia que en el laboratorio de química. Cuando le



faltaba un premio en su cosecha anual, consideraba como perdido el año. A los veinte años, poseía un corpachón desarrollado y robusto, lleno de vida y de actividad, una máquina orgánica con el máximum de tensión y de rendimientos. Su inteligencia era de las que llaman la atención de los espíritus más sagaces. Entró con el número 2 en la Escuela central, el mismo año que Octavio, y había decidido salir con el número 1.

Además, a su energía persistente y superabundante, excesiva para dos hombres, debía su admisión Octavio. Durante todo un año, Marcelo le había instigado, le había impulsado al trabajo, obteniendo el obligado éxito de esta lucha. Experimentaba hacia aquella naturaleza débil y vacilante un sentimiento de piedad amistosa, semejante al que un león pudiera experimentar en presencia de un perrillo. Satisfaciale fortificar con el exceso de su savia a aquella planta anémica y hacerla fructificar por su mediación.

La guerra de 1870 fue a sorprender a los dos amigos en el momento en que hacían sus exámenes. A) día siguiente de la clausura del curso, Marcelo, lleno de un dolor patriótico que exaltó lo que amenazaba a Estrasburgo y a Alsacia, fue a alistarse en el 31 batallón de cazadores de infantería. Inmediatamente Octavio siguió su ejemplo.

Los dos juntos asistieron, en las avanzadas de París, a la dura campaña del sitio. Marcelo recibió en Champigny un balazo en el brazo derecho; en Buzenval, una charretera en el hombro izquierdo. Octavio no obtuvo galones ni heridas. A decir verdad, no era suya la culpa, pues siempre había seguido a su amigo en la línea de fuego. Apenas se hallaba a unos seis metros de él; pero aquellos seis metros lo hacían todo.

A partir de la paz y de la reanudación de los trabajos ordinarios, los dos estudiantes vivían juntos, en dos habitaciones contiguas de un modesto hotel próximo a la Escuela. Las desdichas de Francia y la separación de Alsacia y Lorena imprimieron al carácter de Marcelo una madurez completamente viril.

—A la juventud francesa —decía— corresponde reparar las faltas de sus padres, y esto sólo puede conseguirse con el trabajo.

Levantado a las cinco de la mañana, obligaba a Octavio a que le imitase. Lo acompañaba a las clases, y, a la salida, no lo abandonaba un momento. Volvía para entregarse al trabajo, interrumpiéndolo de vez en cuando con una pipa y una taza de café. Se acostaba a las diez, satisfecho aunque no tranquilo, y con el cerebro lleno de ideas. Una partida de billar de vez en cuando, un espectáculo selecto, un concierto en el Conservatorio de tarde en tarde, un paseo a caballo hasta el bosque Perrières o a pie por la selva, un asalto de boxeo o de esgrima dos veces a la semana; tales eran sus distracciones. Octavio manifestaba en ciertos instantes veleidades próximas a la rebelión, y algunas veces miraba con envidia distracciones menos recomendables. Hablaba de ir a ver a Arístides Leroux, que «estudiaba derecho» en la cervecería de San Miguel; pero Marcelo se burlaba con tanta rudeza de tales propósitos, que los hacía desaparecer con frecuencia.

El 29 de octubre de 1871, a eso de las siete de la tarde, siguiendo su costumbre, se hallaban los dos amigos sentados ante la misma mesa, bajo la pantalla de una lámpara. Marcelo estaba sumido en cuerpo y alma en el estudio de un interesante problema de geometría descriptiva aplicada al corte de las piedras. Octavio procedía con un cuidado religioso a la preparación —más importante a su entender, por desgracia— de un litro de café. Esto constituía una de las pocas habilidades de las cuales se enorgullecía, acaso porque así encontraba ocasión de eludir por algunos minutos la terrible necesidad de resolver ecuaciones, de las cuales le parecía que Marcelo abusaba un poco. Se dedicaba, pues, a hacer que el agua hirviendo pasase gota a gota a través de una espesa capa de moka molido, y esta tranquila felicidad debía bastarle. Pero la asiduidad de Marcelo le pesaba como un remordimiento, y experimentaba la invencible necesidad de interrumpirla con su charla.

—Deberíamos comprar un colador —dijo, de pronto—. Este filtro antiguo y solemne no está ya a la altura de la civilización.

—Pues compra un colador. Tal vez así te evites el perder una hora todas las tardes en esas operaciones culinarias —respondió Marcelo.

Y volvió a ocuparse en su problema.

«Una bóveda tiene por intradós un elipsoide de tres ejes desiguales. Sea A B D E la elipse de origen que encierra el eje máximo o  $A=a$ , y el eje medio o  $B=b$ , en tanto que el eje mínimo (o, o' c') es vertical e igual a c, lo que hace a la bóveda rebajada de medio punto...»

En aquel momento llamaron a la puerta.

—Una carta para el señor Octavio Sarrasin —dijo el camarero del hotel.

Ya podrá suponerse con cuánto placer fue acogida esta noticia por el joven estudiante.

—Es de mi padre —dijo Octavio—. Conozco la letra... Esto es lo que se llama una misiva —añadió, sopesando en su mano el envío.

Marcelo sabía también que el doctor se encontraba en Inglaterra. Su paso por París, hacía ocho días, había sido celebrado con una comida sardanapalesca con que fueron obsequiados los dos camaradas en un restaurante del Palais-Royal, famoso en otro tiempo y hoy pasado de moda, si bien el doctor Sarrasin continuaba considerándolo como la última palabra del refinamiento parisiense.

—Ya me dirás si tu padre te habla del Congreso de Higiene —dijo Marcelo—. Ha tenido una buena idea yendo allá. Los sabios franceses son demasiado propensos a aislarse.

Y Marcelo volvió a ocuparse en su problema.

«...El extradós estará formado por un elipsoide semejante al primero y que tiene su centro debajo de o', sobre la vertical o. Después de haber señalado los focos  $F_1$ ,  $F_2$ ,  $F_3$  de las tres elipses principales, tracemos la elipse y la hipérbola auxiliares, cuyos ejes comunes...»

Un grito de Octavio le hizo volver la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó, un poco inquieto, al ver a su amigo intensamente pálido.

—Lee —dijo éste, anonadado por la noticia.

Marcelo tomó la carta, la leyó hasta el final, la leyó por segunda vez, dirigió una mirada a los documentos impresos que la acompañaban y dijo:

—¡ Es curioso!

Luego cargó su pipa y la encendió, metódicamente. Octavio estaba suspenso de sus labios.

—¿Tú crees que será verdad? —preguntó, con la voz ahogada por la emoción.

—¿Verdad...? Evidentemente. Tu padre tiene demasiado buen sentido y espíritu científico para aceptar a tontas y a locas una convicción semejante. Además, aquí están las pruebas, y, en el fondo, esto es muy sencillo.

Cuando hubo encendido convenientemente la pipa, Marcelo reanudó el trabajo. Octavio se quedó con los brazos caídos, incapaz, incluso, de continuar haciendo el café, y mucho menos de coordinar con lógica dos ideas seguidas. Sin embargo, necesitaba hablar para asegurarse de que no estaba soñando.

—Pues... si eso es verdad, resulta aterrador... Ya comprenderás que medio millar de millones constituye una enorme fortuna.

Marcelo levantó la cabeza y aprobó:

—Enorme; ésa es la palabra. Quizá no haya otra parecida en Francia, y sólo se cuentan algunas en los Estados Unidos, y, si acaso, cinco o seis en Inglaterra... En total, habrá unas quince o veinte fortunas semejantes en el mundo.

—¡Y un título, además! —prosiguió Octavio—. ¡Un título de baronet...! No es que yo haya ambicionado nunca poseer uno, pero, ya que éste llega, bien puede reconocerse que resulta más elegante poseerlo que llamarse Sarrasin a secas...

Marcelo arrojó una bocanada de humo, sin articular una palabra. Aquella bocanada de humo parecía querer decir claramente:

—¡Psé...!

—En verdad —continuó Octavio— que nunca he pretendido hacer lo que algunos, que añaden una preposición a su apellido o se inventan un marquesado de cartón... Pero, poseer un verdadero título, un título auténtico, perfecta y debidamente inscrito en el «Peerage» de la Gran Bretaña e Irlanda, sin duda ni confusión posible, eso no se ve con frecuencia...

La pipa continuaba haciendo:

—¡Psé...! ¡Psé...!

—Querido —continuó Octavio, con convicción—, por más que se diga, «la sangre es la sangre», como dicen los ingleses.

Se detuvo, de pronto, ante la burlona mirada de Marcelo, y se refirió de nuevo a la cuestión de los millones.

—¿Te acuerdas —dijo— de que Binóme, nuestro profesor de matemáticas, repetía todos los años, al explicar la numeración, en la lección primera, que medio millar de millones es un número demasiado considerable para que las fuerzas de la inteligencia humana pudieran adquirir de él una idea exacta, si no tuviesen a su disposición los recursos de una representación gráfica...? Ya sabes que un hombre que ahorrara una peseta a cada minuto necesitaría más de mil años para reunir esa suma... ¡Ah! ¡Es verdaderamente... singular, poder decir uno que es heredero de medio millar de millones de pesetas...!

—¡Medio millar de millones de pesetas! —exclamó Marcelo, conmovido más bien por la palabra que por su significación—. ¿Sabes lo mejor que podríais hacer con ellos? Dárselos a Francia para que pagase su rescate. Sólo se necesitaría diez veces más...

—¡No vaya a ocurrírsete sugerirle semejante idea a mi padre! —exclamó Octavio, con espanto—. ¡Sería capaz de adoptarla...! Como si lo estuviera viendo, que ya está ideando un proyecto por el estilo... Pase que hagamos un empréstito al Estado, pero conservemos siquiera la renta.

—¡Vaya! ¡Ahora resulta que, sin haberte dado cuenta de ello, tú habías nacido para capitalista! —exclamó Marcelo—. No sé por qué, mi buen Octavio, creo que hubiera sido mejor, si no para tu padre, que tiene un espíritu recto y sensato, para ti, que esa gran herencia hubiese quedado reducida a proporciones más modestas... Preferiría verte dueño de unas seiscientas veinticinco mil pesetas de renta que tuvieses que compartir con tu buena hermanita, que verte en posesión de esa montaña de oro.

Y reanudó su trabajo.

En cuanto a Octavio, le era imposible hacer nada, y revolvió tanto en la habitación, que su amigo, un tanto impacientado, acabó por decirle:

—Mejor harías yéndote a tomar el aire. Evidentemente, no estás en disposición de hacer nada esta noche.

—Tienes razón —respondió Octavio, aprovechando con gusto aquella especie de permiso para abandonar toda clase de trabajo.

Y arrojándose sobre su sombrero, bajó de un brinco la escalera y salió a la calle. Apenas hubo dado diez pasos, se detuvo junto a un reverbero de gas para leer de nuevo la carta de su padre. Necesitaba asegurarse otra vez de que se hallaba completamente despierto.

—¡Medio millar de millones...! ¡Medio millar de millones! —repetía—. ¡Producirán, por lo menos, veinticinco millones de renta...! Aunque mi padre no me dé más que uno al año, o medio, o la cuarta parte, puedo considerarme satisfecho... ¡Se pueden hacer muchas cosas con dinero...! ¡Estoy seguro de que sabría emplearlo bien...! No soy un imbécil, ¿verdad...? ¡He ingresado en la Escuela central...! ¡Y, además, tengo un título...! ¡Sabré llevarlo!

Se miró, al pasar, en la luna de un escaparate.

—¡Tendré un hotel y caballos...! Habrá uno para Marcelo... Desde el momento en que yo soy rico, claro está que es como si él también lo fuese... Exactamente igual... ¡Medio millar de millones...! ¡Baronet...! El caso es que ahora que ha llegado esto, me parece que ya lo esperaba... Parecía que me estaban diciendo que no había de estar siempre sobre los libros y sobre los tableros de dibujo... Sin embargo, esto parece un sueño...

Mientras devanaba estas ideas, Octavio atravesaba los arcos de la calle de Rívoli. Llegó a los Campos Elíseos, volvió la esquina de la calle Real y salió al bulevar. En otro tiempo, sólo miraba los escaparates con indiferencia, como si contuviesen cosas inútiles, innecesarias para el transcurso de su vida. A la sazón, se detuvo a mirarlos, y pensó, con un estremecimiento de júbilo, que todos aquellos tesoros podrían pertenecería en cuanto quisiera.

—Para mí es —se dijo— para quien las hilanderas de Holanda hilan sus ruecas; para quien los fabricantes de Elbeuf tejen sus paños más finos; para quien los relojeros construyen sus relojes; para quien la iluminación de la Ópera vierte sus cascadas de luz; para quien suenan los violines; para quien las cantantes se desgañitan... Para mí es para quien están reservados en los picaderos los caballos de pura sangre y para quien está iluminado el Café Inglés... ¡París es mío...! ¡Todo es mío...! ¿Y no viajaré...? ¿No iré, siquiera, a visitar mi posesión de la India...? Cualquiera día podré comprar toda una pagoda, con todos los bonzos y con los ídolos de marfil... ¡Tendré elefantes...! ¡Cazaré tigres...! ¿Tendré preciosas armas...! ¡Y una buena canoa...! ¿Una canoa...? ¡No! ¡Mejor un buen yate de vapor para trasladarme adonde quiera, detenerme allí y regresar cuando me venga en gana...! A propósito de vapor: estoy encargado de comunicar la noticia a mi madre. ¡Si saliese para Douai! ¿Y la escuela...? ¡Bah, la escuela...! ¡Bien puedo pasarme sin ella...! Pero, ¿y Marcelo...? Hay que avisarle. Voy a enviarle un telegrama. Comprenderá que, en semejante circunstancia, debo apresurarme a ver a mi madre y a mi hermana.

Entró en una oficina telegráfica y previno a su amigo de que se marchaba y volvería dentro de dos días. Luego, tomó un coche y se hizo conducir a la estación del Norte. Cuando estuvo instalado en el coche, reanudó el desarrollo de su sueño.

A las dos de la mañana llamaba ruidosamente a la puerta de la casa paterna — llamaba de noche!— y ponía en conmoción a todo el apacible barrio de Aubettes.

—¿Quién está enfermo? —se preguntaban las comadres, de una ventana a otra.

—¡El doctor no está en la ciudad! —gritó la vieja sirvienta, desde su desván del último piso.

—¡Soy yo; Octavio...! ¡Baje a abrirme, Francina...!

Después de diez minutos de espera, Octavio consiguió entrar en la casa. Su madre y su hermana Juana, que habían descendido la escalera precipitadamente, envueltas en camisas de dormir, esperaban la explicación de aquella visita.

La carta del doctor, leída en voz alta, dio bien pronto la clave del misterio.

La señora de Sarrasin quedó por un momento aturdida. Abrazó a su hijo y a su hija, llorando de júbilo. Le parecía que, a la sazón, el universo iba a ser de ellos, y que la desgracia no se atrevería ya nunca a posarse sobre aquellos jóvenes que poseían algunos centenares de millones. Sin embargo, las mujeres saben habituarse antes que los hombres a los grandes cambios de la suerte. La señora de Sarrasin volvió a leer la carta de su

marido; se dijo a sí misma que aquello le pertenecía a él, y que, en definitiva, a él correspondía decidir su destino y el de sus hijos; y así, la calma volvió a su corazón. En cuanto a Juana, se consideraba feliz con el júbilo de su madre y de su hermano, pues su imaginación de trece años no pensaba en una felicidad mayor que la de aquella casita modesta donde se deslizaba su vida mansamente, entre las lecciones de los maestros y las caricias de sus padres. No creía que algunos fajos de billetes de Banco pudiesen modificar en mucho su existencia, y la perspectiva de aquella riqueza no la inquietó por un instante.

La señora de Sarrasin, que se había casado muy joven con un hombre absorbido completamente por las ocupaciones silenciosas propias del sabio, respetaba la pasión de su marido, al que amaba en extremo, aunque sin comprenderle bien. No pudiendo compartir con él la satisfacción que el estudio proporcionaba al doctor Sarrasin, se había sentido algunas veces un poco sola al lado de aquel trabajador infatigable, y, por consiguiente, había concentrado todas sus esperanzas en sus dos hijos. Siempre había soñado en un porvenir brillante para ellos, imaginándose que así serían más dichosos. Octavio —no lo dudaba— estaba llamado a los más altos destinos. Desde que él había ingresado en la Escuela central, aquella modesta y útil academia de jóvenes ingenieros se había transformado dentro de su imaginación en un plantel de hombres ilustres. Su única inquietud era la de que la modestia de su fortuna no fuese un obstáculo —una dificultad al menos— para la gloriosa carrera de su hijo y perjudicase más adelante el bienestar de su hija. A la sazón, según había podido colegir de la carta de su marido, aquellos temores no tenían ya razón de ser. Así, pues, su satisfacción era completa.

La madre y el hijo pasaron una gran parte de la noche hablando y haciendo proyectos, en tanto que Juana, muy satisfecha del presente, sin sentir la menor preocupación por el porvenir, se había dormido en un sillón.

Durante una tregua de reposo, dijo la señora de Sarrasin a su hijo:

—No me has hablado de Marcelo. ¿No le has dado a conocer la carta de tu padre...? ¿Qué te ha dicho?

—¡Oh! —respondió Octavio—. ¡Ya conoces a Marcelo! ¡Es más que un sabio; es un estoico...! Creo que se ha horrorizado por nosotros de la enormidad de la herencia. He dicho por nosotros; pero su inquietud no alcanzaba a mi padre, cuyo buen sentido y temperamento científico le tranquilizan... Pero, por lo que se refiere a ti, madre, y a Juana también, y a mí sobre todo, me ha confesado que hubiera preferido una herencia modesta, como de unas seiscientas veinticinco mil pesetas de renta...

—Marcelo no se equivoca —respondió la señora Sarrasin—. Una fortuna súbita puede constituir un peligro para ciertas naturalezas.

Juana acababa de despertarse. Había oído las últimas palabras de su madre.

—Ya sabes, madre —dijo, frotándose los ojos y dirigiéndose a su alcobita—; ya sabes lo que me dijiste un día: que Marcelo tiene siempre razón. ¡Yo creo todo cuanto dice nuestro amigo Marcelo!

Y, después de besar a su madre, se retiró.

## CAPÍTULO III

## UNA NOTICIA

Al llegar a la cuarta sesión del Congreso de Higiene, el doctor Sarrasin pudo comprobar que todos sus colegas le acogían con demostraciones de un respeto extraordinario. Hasta entonces, apenas si el muy noble Lord Glandover, caballero de la Gran Cruz, que ostentaba la presidencia nominal de la asamblea, se había dignado darse cuenta de la existencia individual del médico francés.

Aquel Lord era un personaje augusto, cuyo papel se limitaba a declarar abierta la sesión o a levantarla y a conceder mecánicamente la palabra a los oradores inscritos en una lista que se colocaba delante de sí. Conservaba habitualmente su mano derecha en la abertura de su levita abotonada —no porque hubiese sufrido una caída del caballo, sino únicamente porque en esta postura incómoda produjeron los escultores ingleses las estatuas en bronce de varios hombres de Estado.

Una cara pálida y lampiña, cubierta de manchas rojas, y una peluca de grama, pretenciosamente levantada formando un tupé sobre la frente que sonaba a hueco, completaban la figura más cómicamente enfática que puede verse. La persona de Glandover se movía toda a un tiempo, como si fuese de madera o de cartón piedra. Sus mismos ojos parecían no evolucionar dentro de sus arqueadas órbitas sino mediante impulsos intermitentes, a la manera de los ojos de las muñecas o de los maniqués.

En las primeras presentaciones, el presidente del Congreso de Higiene había dirigido al doctor Sarrasin un saludo protector y condescendiente, que hubiera podido traducirse así:

«¡Buenos días, señor hombrecillo...! ¿Es usted ese que para ganarse su insignificante vida realiza esos trabajitos sobre pequeños aparatos...? Sería preciso que yo tuviese una vista verdaderamente excepcional para que distinguiese a una criatura tan alejada de mí en la escala de los seres... Acójase a la sombra de Mi Señoría; se lo permito.»

Esta vez, Lord Glandover le dirigió la más graciosa de sus sonrisas, y llevó su cortesía hasta invitarle a que ocupase una silla vacía a su derecha. Por su parte, todos los miembros del Congreso se habían levantado.

Bastante sorprendido por aquellas demostraciones de una atención excepcionalmente halagadora, y considerando que, sin duda, el cuenta-glóbulos había parecido a sus compañeros un descubrimiento más importante de lo que a primera vista parecía, el doctor Sarrasin ocupó el puesto que se le ofrecía.

Pero todas sus ilusiones de inventor se desvanecieron cuando Lord Glandover se inclinó hacia su oído, con una contorsión tal de las vértebras cervicales que podía causar un torticolis violento a Su Señoría, y le dijo:

—Ya sé que es usted un propietario considerable... Me han asegurado que «vale» usted quinientos veinticinco millones de pesetas.

Lord Glandover parecía desconsolado por habersele ocurrido tratar con ligereza al equivalente, en carne y hueso, de un valor monetario tan excesivo. Toda su actitud parecía decir:

«¿Por qué no nos lo ha advertido usted? ¡Francamente: eso no está bien...! ¡Exponerse las personas a semejante desprecios...!»

El doctor Sarrasin, que, en conciencia no creía «valer» un céntimo más que en las sesiones precedentes, se preguntaba cómo podría haberse propagado ya la noticia, cuando el doctor Ovidius, de Berlín, su vecino de la derecha, le dijo, esbozando una sonrisa falsa y fría:

—¡Es usted tan fuerte como los Rothschild...! ¡El *Daily Telegraph* trae la noticia... ! ¡Que sea enhorabuena!

Y le entregó un ejemplar del periódico, de aquella misma mañana. En él se leía la noticia siguiente, cuya redacción delataba, por supuesto, al autor:

«UNA HERENCIA MONSTRUO. —La famosa herencia vacante de la Begún Gokool acaba, por fin, de encontrar a su legítimo heredero, gracias a las hábiles gestiones de los señores Billows, Green y Sharp, «solicitors», 94, Southampton Street, Londres. El afortunado propietario de los quinientos veinticinco millones de pesetas, actualmente depositados en el Banco de Inglaterra, es un médico francés, el doctor Sarrasin, del cual hemos analizado en estas mismas columnas, hace tres días, la brillante memoria presentada en el Congreso de Brighton. A fuerza de trabajos y de contratiempos que constituirían por sí solos una verdadera novela, el señor Sharp ha llegado a demostrar, sin contradicción posible, que el doctor Sarrasin es el único descendiente en vida de Juan Jacobo Langévol, baronet y esposo en segundas nupcias de la Begún Gokool. Este soldado, mimado por la fortuna, parece ser que era oriundo del pueblo francés Bar-le-Duc. Para la toma de posesión sólo falta llenar las formalidades consiguientes. La instancia está ya presentada en el Consejo de la Cancillería. Un curioso encadenamiento de circunstancias ha acumulado sobre la cabeza de un sabio francés, a más de un título británico, los tesoros reunidos por una larga sucesión de rajás indios. La fortuna hubiera podido presentarse con un carácter menos intelectual, y es preciso felicitar, pues, de que un capital tan considerable caiga en manos de quien sabrá utilizarlo.»

Experimentando un sentimiento poco común, al doctor Sarrasin le contrarió que la noticia se hubiese hecho pública. No solamente a causa de las importunidades que su experiencia de las cosas humanas le hacía prever, sino porque se consideraba humillado con la importancia que parecía atribuirse a aquel acontecimiento. Le parecía verse aplastado bajo el peso de toda la enorme cifra de su capital. Sus trabajos, su mérito personal —al que tenía en un profundo aprecio— habían naufragado ya en aquel océano de oro y plata, incluso ante los ojos de sus colegas. No veían ya en él al investigador infatigable, al inteligente superior, al despierto e ingenioso inventor; veían al multimillonario. Aunque hubiese sido un pelagatos, un hotentote embrutecido, uno de los individuos más degradados de la humanidad, en lugar de tratarse de uno de sus representantes superiores, su peso hubiera sido el mismo. Lord Glandover había pronunciado la palabra: para lo sucesivo, «valía» quinientos veinticinco millones de pesetas; ni más, ni menos.

Esta idea le contrarió; y todo el Congreso, que consideraba, con una curiosidad totalmente científica, cómo él se había convertido en un multimillonario, comprobó, no sin sorpresa, que la fisonomía de aquel individuo se velaba con una especie de tristeza.

Sin embargo, aquello sólo constituyó una debilidad pasajera. La grandeza de la finalidad a la cual había resuelto consagrar aquella fortuna inesperada, se presentó de pronto en la imaginación del doctor y le tranquilizó. Esperó el final de la lectura que estaba dando el doctor Stevenson, de Glasgow, sobre *La educación de los esquizofrénicos*, y pidió la palabra para hacer la notificación.

Lord Glandover se la concedió al instante, y aun con preferencia al doctor Ovidius. Se la hubiera concedido, aun cuando todo el Congreso se hubiera opuesto a ello, aun cuando todos los sabios de Europa hubieran protestado a la vez contra aquel acto de favoritismo: esto era lo que expresaba elocuentemente la entonación especial de la voz del presidente.

—Señores —dijo el doctor Sarrasin—: Me proponía esperar algunos días más, antes de notificaros que me ha correspondido una fortuna singular y las dichas consecuencias que esta casualidad puede tener para la ciencia; pero, habiéndose hecho público el caso, constituiría, quizá, una falta de sinceridad el no colocarse inmediatamente en el verdadero terreno... Sí, señores; es cierto que una suma considerable, una suma de varias centenas de millones, actualmente depositada en el Banco de Inglaterra, me pertenece legítimamente. ¿Tendré necesidad de deciros que, en estas circunstancias, sólo me considero como el fiel comisionado de la ciencia...? (*Sensación profunda.*) No es a mí a quien de derecho pertenece ese capital: es a la Humanidad; es al Progreso... (*Rumores. Exclamaciones. Aplausos unánimes. Toda la asamblea se pone en pie, electrizada por esta declaración.*) No me aplaudáis. No conozco a un solo hombre de ciencia verdaderamente digno de ostentar este hermoso nombre, que no hubiese hecho en mi caso lo que yo pretendo hacer. ¿Quién sabe si algunos pensarán que, como en otras muchas acciones humanas, hay en ésta más amor propio que filantropía...? (*iNo! iNo!*) Poco importa, por supuesto. Veamos sólo los resultados. Lo declaro, pues, definitivamente y sin reserva: el medio millar de millones que la suerte va a poner en mis manos no es para mí, sino para la ciencia. ¿Queréis constituir el parlamento que haya de distribuir este presupuesto...? Yo no tengo en mis iniciativas una confianza suficiente para pretender disponer de esa cantidad como dueño absoluto de ella. Os erijo en jueces, y vosotros mismos decidiréis el mejor empleo que deba darse a ese tesoro. (*Hurras. Agitación profunda. Delirio general.*)

Toda la asamblea estaba en pie. Algunos miembros, en su excitación, se habían subido a las mesas. El profesor Turnbull, de Glasgow, parecía amenazado de apoplejía. El doctor Cicogna, de Nápoles, había perdido la respiración. Sólo Lord Glandover conservaba la calma digna y serena que convenía a su categoría. Estaba convencido, por otra parte, de que el doctor Sarrasin bromeaba buenamente y no tenía la menor intención de realizar un programa tan extravagante.

—Si se me permite, no obstante —continuó el orador, cuando hubo obtenido un poco de silencio—, si se me permite sugerir un plan que sería fácil de desarrollar y de perfeccionar, propongo el siguiente.

La asamblea, después de haber recuperado su sangre fría, escuchaba con una atención religiosa.

—Señores: entre las causas de la enfermedad, de la miseria y de la muerte que nos rodean, existe una a la cual considero racional conceder una gran importancia, y es la de las condiciones higiénicas deplorables en que vive la mayor parte de los hombres. Se amontonan en las ciudades, en moradas faltas a menudo de aire y de luz, esos dos agentes indispensables de la vida. Tales aglomeraciones humanas constituyen a veces verdaderos focos de infección. Los que en ellas no encuentran la muerte, se resienten al menos en la salud; su fuerza productiva disminuye, y la sociedad pierde así grandes cantidades de trabajo que podrían ser aplicadas a usos más convenientes. ¿Por qué, señores, no empleamos el más poderoso medio de persuasión: el ejemplo...? ¿Por qué no reunimos todas las energías de nuestra imaginación para trazar el plano de una ciudad modelo, sobre bases rigurosamente científicas...? (*iSí! iSí! ¡Es verdad!*) ¿Por qué no consagramos después el capital de que disponemos a edificar esta ciudad y a presentarla ante el mundo como una práctica enseñanza...? (*iSí! iSí! Aplausos atronadores.*)

Los miembros del Congreso, presas de un transporte de locura contagiosa, se oprimían mutuamente las manos, se dirigieron hacia el doctor, lo levantaron en hombros y lo pasearon en triunfo por toda la sala.



—Señores —prosiguió el doctor, cuando pudo reintegrarse a su puesto—: invitaremos a todos los pueblos a que acudan a visitar esta ciudad que todos nosotros vemos ya con los ojos de la imaginación, que acaso dentro de unos meses esté convertida en una realidad; esta ciudad del bienestar y de la salud. Editaremos en todas las lenguas el plano y la descripción; invitaremos a que acudan a ella las familias honradas a las que la pobreza y la falta de trabajo hayan arrojado de los países poderosos. También aquéllas (no os extrañará que piense en ello) a quienes la conquista extranjera ha impuesto una cruel necesidad de destierro, y que encontrarían entre nosotros el empleo de su actividad, la aplicación de su inteligencia, y nos proporcionarían estas riquezas morales, más preciosas mil veces que las minas de oro y de diamantes. Edificaríamos allá vastos colegios donde la juventud, educada en sabios principios para desarrollar y equilibrar todas las facultades morales, físicas e intelectuales, nos prepararía generaciones fuertes para el porvenir.

Hay que renunciar a describir el tumulto entusiástico que siguió a aquella manifestación. Los aplausos, los hurras y las exclamaciones duraron más de un cuarto de hora.

Apenas había vuelto a sentarse el doctor Sarrasin, cuando Lord Glandover, inclinándose otra vez hacia él, murmuró a su oído, guiñando un ojo:

—¡Buena especulación...! Cuenta usted con el cobro del portazgo, ¿en...? Negocio seguro, siempre que sea bien lanzado y sea patrocinado con nombres escogidos... Todos los convalecientes y valetudinarios querrán habitar allí... Supongo que me reservará usted un buen trozo de terreno, ¿no es verdad...?

El pobre doctor, ofendido ante aquella obstinación en atribuir a sus acciones una finalidad egoísta, iba a responder esta vez a Su Señoría, cuando oyó al vicepresidente reclamar un voto de gracia, por aclamación, para el autor de la proposición filantrópica que acababa de ser sometida a la asamblea.

—Constituiría —dijo— el eterno honor del Congreso de Brighton que hubiera nacido en él una idea tan sublime. No faltaba más sino que la concibiese la más alta inteligencia unida al corazón más grande y a la generosidad más inaudita... Y, sin embargo, ahora que está sugerida la idea, asombra, casi, que no haya sido ya puesta en práctica... ¡Cuántos millones se han gastado en mantener locas guerras! ¡Cuántos capitales disipados en especulaciones ridículas hubieran podido consagrarse a un ensayo semejante...!

Al terminar, el orador solicitó para la nueva ciudad, como justo homenaje a su fundador, el nombre de «Sarrasina.»

Iba a ser ya aclamada su moción, cuando hubo de recurrirse a la votación, a propuesta del mismo doctor Sarrasin.

—No —dijo—; mi nombre nada tiene que ver con esto. Guardémonos también de designar a la futura ciudad con uno de esos nombres que, so pretexto de derivarse del griego o del latín, proporcionan al objeto o al ser que los ostenta una condición petulante... Será la Ciudad del Bienestar; pero yo solicito que su nombre sea el de mi patria, y que la llamemos France-Ville.

No se podía rehusar al doctor esta satisfacción, que le era bien merecida.

A partir de aquel instante, France-Ville estaba fundada de palabra; gracias a un acta que debía clausurar la sesión, iba a existir también sobre el papel. Inmediatamente se pasó a la discusión de los artículos generales del proyecto.

Pero conviene dejar al Congreso en esta ocupación práctica, tan diferente de las reservadas de ordinario a esta clase de asambleas, para seguir, paso a paso, en uno de sus itinerarios innumerables, la suerte de la noticia publicada por el Daily Telegraph.

Desde el 29 de octubre por la noche, aquel entrefilete, textualmente reproducido por los periódicos ingleses, comenzaba a irradiar sobre todas las ciudades del Reino Unido. Aparecían en un lugar visible de la *Gaceta de Hull*, y figuraba en la parte superior de la

segunda página correspondiente a un número de esa hoja modesta que el *Mary Queen*, barco de tres mástiles, con cargamento de carbón, transportó el 1º de noviembre a Rotterdam.

Inmediatamente recortado por las diligentes tijeras del redactor jefe y secretario único de *El Eco Neerlandés* y traducido a la lengua de Potter y de Cuyp, llegó la noticia el 2 de noviembre, trasladada por el vapor, al *Memorial de Brema*. De allí, envuelto, sin cambiar de cuerpo, en un vestido nuevo, no tardó en verse impresa en alemán. ¿Para qué habrá de hacerse constar aquí que el periodista teutón, después de haber escrito al comienzo de la traducción *Eine Übergroße Erbschaft*, no tuvo escrúpulo de recurrir a un mezquino subterfugio y a abusar de la credulidad de sus lectores añadiendo entre paréntesis Correspondencia especial de Brighton?

Así fue como, convertida en alemán, por derecho de anexión, la anécdota llegó a la redacción de la imponente Gaceta del Norte, que le concedió un puesto en la segunda columna de su tercera página, contentándose con suprimir el título, demasiado llamativo para tratarse de una persona tan seria.

Después de haber pasado por estos avatares sucesivos, hizo por fin su entrada, el 3 de noviembre por la noche, en las rollizas manos de un grueso ayuda de cámara sajón, en el gabinete-sala-comedor del profesor Schultze, de la Universidad de Jena.

Por muy alto que estuviese colocado semejante personaje en la escala de los seres, a primera vista no presentaba nada de extraordinario. Era un hombre de cuarenta y cinco a cuarenta y seis años, de estatura muy elevada; sus hombros cuadrados denotaban una constitución robusta; su frente estaba calva y el poco cabello que conservaba en el occipucio y junto a las sienes, recordaba al cañamo cardado. Sus ojos eran azules, de un azul vago que no dejaba traslucir la idea que los animaba. Ningún resplandor se escapaba de ellos, y, sin embargo, cualquiera que fuese mirado por aquel hombre se sentía al punto como fascinado. La boca del profesor Schultze era grande y estaba provista de una de esas dobles hileras de dientes formidables que no dejan nunca escapar su presa, aunque encerrados en unos delgados labios cuyo principal empleo debía ser el de contar las palabras que pudieran salir de entre ellos. Todo aquello componía un conjunto inquietante y molesto para los demás, del cual se hallaba el profesor visiblemente satisfecho.

Al oír el ruido que hizo su ayuda de cámara, levantó los ojos hacia la chimenea, miró la hora en un precioso reloj de Barbedienne, que se destacaba singularmente en medio de aquellos muebles vulgares que lo rodeaban, y dijo, con voz enérgica y áspera:

—Las seis y cincuenta y cinco. Mi correo llega a las seis y media, lo más tarde. Hoy me lo sube usted con veinticinco minutos de retraso. La próxima vez que no esté sobre mi mesa a las seis y media, quedará usted despedido a partir de las ocho.

—Señor, ¿quiere usted comer ahora? —preguntó el doméstico, antes de retirarse.

—Son las seis y cincuenta y cinco y como a las siete. Lo sabe usted desde esas tres semanas que está usted en mi casa. Tenga en cuenta también que nunca cambio una hora; y que no tenga que volver a repetir esta orden.

El profesor dejó el periódico junto al borde de la mesa, y continuó escribiendo una memoria que había de aparecer al día siguiente en los *Annalen für Physiologie*. Ninguna indiscreción supone el hacer constar que dicha memoria llevaba el siguiente título:

*¿Por qué todos los franceses presentan diferentes grados de degeneración hereditaria?*

Mientras el profesor continuaba su tarea, la comida, compuesta de un gran plato de salchicha con coles y un gigantesco bock de cerveza, había sido discretamente servida sobre un velador, junto al fuego. El profesor dejó su pluma para requerir la comida, que

saboreó con más complacencia de lo que era de esperar, tratándose de un hombre tan austero. Luego, llamó para que se le sirviera el café, encendió una gran pipa de porcelana y reanudó el trabajo.

Eran casi las doce de la noche cuando el profesor firmó la última hoja, e inmediatamente pasó a su alcoba para administrarse un reposo que tenía bien ganado. Cuando estuvo en su lecho, rompió la faja del periódico y comenzó su lectura, antes de dormirse. En el momento en que parecía acudir el sueño, la atención del profesor se fijó en un nombre extranjero, el de «Langévol», inscrito en la noticia relativa a la herencia monstruo. Por más que pretendía recordar aquel nombre, no lo lograba. Después de algunos minutos dedicados a aquella vana investigación, arrojó el periódico, dio un soplo a la bujía, y bien pronto se dejó oír un sonoro ronquido.

Entre tanto, merced a un fenómeno fisiológico que él mismo había estudiado y explicado con gran detenimiento, el nombre de Langévol persiguió al profesor Schultze en su sueño. Así, pues, al despertarse al día siguiente por la mañana, lo repitió sorprendido.

De pronto, en el momento en que iba a comprobar la hora en su reloj, quedó iluminado como por un relámpago súbito. Arrojándose entonces sobre el periódico, que encontró a los pies de la cama, leyó y releyó varias veces seguidas, pasándose la mano por la frente como para concentrar sus ideas, el párrafo que había dejado pasar inadvertido la víspera. Evidentemente, se hacía la luz en su cerebro, pues sin perder el tiempo en vestirse su bata de casa, corrió hasta la chimenea, descolgó un retratito en miniatura que pendía junto al espejo y, dándole la vuelta, pasó la manga por encima del cartón polvoriento que formaba el anverso.

El profesor no se había equivocado. Detrás del retrato se leía el siguiente nombre, escrito en tinta amarillenta, casi desvanecida por el transcurso de medio siglo:

*"Teresa Schultze eingeborene Langévol (Teresa Schultze, hija de Langévol).*

Aquella misma noche, el profesor tomó el tren directo para Londres.

## CAPÍTULO IV

## UNA PARTICIPACIÓN

EL 6 de noviembre, a las siete de la mañana, Herr Schultze llegaba a la estación de Charing-Cross. A las doce, se presentaba en el número 93 de Southampton Street, en un gran salón dividido en dos partes por una valla de madera —a un lado los señores empleados, y al otro el público—, amueblado con seis sillas, una mesa negra, innumerables carpetas verdes y un libro de direcciones. Dos jóvenes, sentados ante la mesa, se hallaban en disposición de ingerir apaciblemente el almuerzo, compuesto por el pan y queso tradicionales en todas las oficinas de los procuradores.

—¿Los señores Billows, Green y Sharp? —preguntó, con la misma voz con que pedía su comida.

—El señor Sharp está en su despacho. ¿Cuál es su nombre? ¿Qué desea?

—El profesor Schultze, de Jena, sobre el asunto Langévol.

El joven escribiente murmuró estas palabras junto al pabellón de un tubo acústico, y recibió como respuesta, por el pabellón que se hallaba al lado de su oído, una frase que se hubiera guardado muy bien de hacer pública. Podía traducirse así:

«¡Váyase al diablo el asunto Langévol...! ¡Otro loco que se creerá con derecho!»

Respuesta del joven escribiente:

—Es un caballero de aspecto «respetable». No tiene el aspecto de un individuo del país, sino que más bien parece un forastero...

Nueva exclamación misteriosa;

—«¿Y viene de Alemania?»

—Eso dice.

—Piso segundo, en la puerta del centro —dijo en voz alta el escribiente, señalando un pasillo interior.

El profesor se perdió en el pasillo, subió la escalera de los dos pisos y se encontró delante de una puerta almohadillada, donde el nombre del señor Sharp se destacaba en caracteres negros sobre un fondo de cobre.

Este personaje se hallaba sentado ante un gran pupitre de caoba, en un despacho vulgar alfombrado de fieltro, con sillas de cuero y amplias carpetas abiertas. Se levantó un poco de su sillón, y, siguiendo la costumbre, tan cortés, propia de la gente de oficina, estuvo hojeando unos expedientes durante cinco minutos, con el fin de aparecer sumamente ocupado. Por fin, volviéndose hacia el profesor Schultze, que se había colocado a su lado, le dijo:

—Caballero, ¿quiere explicarme brevemente lo que desea? Tengo el tiempo en extremo limitado, y no puedo concederle más que un corto número de minutos.

El profesor esbozó una sonrisa, dando a entender que le preocupaba muy poco la naturaleza de aquella acogida.

—Tal vez llegue a concederme algunos minutos suplementarios —dijo— cuando conozca el objeto de mi visita.

—Hable usted, pues, caballero.

—Se trata de la herencia de Juan Jacobo Langévol. Yo soy el nieto de su hermana mayor, Teresa Langévol, casada en 1792 con mi abuelo Martín Schultze, cirujano del ejército en Brunswich y muerto en 1814. Tengo en mi poder tres cartas dirigidas por mi pariente a su hermana, y numerosas tradiciones de su paso por la casa, después de la batalla de Jena, sin contar los documentos, debidamente legalizados, que constituyen mi filiación.

El profesor Schultze no pudo continuar dando explicaciones al señor Sharp. Contra su costumbre, casi había sido prolijo. Ciertamente es que aquello constituía el único asunto en el cual era inagotable. En efecto, se trataba para él de demostrar al señor Sharp, inglés, la necesidad de que predominase la raza germánica sobre todas las demás. Si insistía en la idea de reclamar aquella herencia, era, sobre todo, para arrancarla de las manos francesas, que sólo podrían hacer de ella un uso indebido... Lo que detestaba en su adversario era, más que nada, su nacionalidad... Ante un alemán, seguramente no insistiría, etc., etc.; pero la idea de que un pretendido sabio, de que un francés pudiese emplear aquel enorme capital en beneficio de las ideas francesas, le ponía fuera de sí y le obligaba a considerar como un deber el hacer valer sus derechos a todo trance.

A primera vista, la relación de aquellas ideas podía no ser evidente entre aquella digresión política y la cuantiosa herencia; pero el señor Sharp estaba lo suficientemente acostumbrado a aquella clase de asuntos para no apreciar la importante relación que existía entre las aspiraciones nacionales de la raza germánica en general y las aspiraciones particulares del individuo Schultze, referente a la herencia de la Según. Eran, en efecto, del mismo orden.

Además, no había duda posible. Era evidente que tan humillante podía ser para un profesor de la Universidad de Jena el tener relaciones de parentesco con gente de raza inferior, como evidente era que a un abuelo francés le cabía su parte de responsabilidad en la fabricación de aquel sin igual producto humano. Sólo que aquel parentesco, de un grado secundario para el doctor Sarrasin, no lo consideraba tanto como los derechos a dicha herencia. El «solicitor» vio, sin embargo, la posibilidad de sustentarlo con alguna apariencia de legalidad, y, ante semejante posibilidad, entrevistó otra ventaja para Billows, Green y Sharp: la de transformar el asunto Langévol, ya bueno, en un asunto magnífico, con una nueva representación del «Jarndyce contra Jarndyce», de Dickens. Un horizonte de papel timbrado, de actas, de documentos de todas clases apareció ante los ojos del hombre de leyes. O, lo que consideraba preferible, pensó en un compromiso cursado por él, por Sharp, en interés de sus dos clientes, y que reportaría a él, a Sharp, casi tanto honor como provecho.

Así, pues, hizo conocer a Herr Schultze los títulos del doctor Sarrasin; le presentó pruebas en su apoyo, y le insinuó que si Billows, Green y Sharp se encargaban, no obstante, de obtener una parte ventajosa para el profesor, dada la apariencia del derecho que le asistía —c<sup>a</sup> apariencia nada más, señor mío, y temo que no resista a un buen informe— que le atribuía su parentesco con el doctor, consideraba que el notable espíritu de justicia que caracterizaba a todos los alemanes, admitiría que Billows, Green y Sharp adquiriesen también, en aquella ocasión, derechos de orden diferente, si bien más imperiosos, para el reconocimiento del profesor.

Este se hallaba demasiado bien dotado para comprender la lógica del razonamiento del hombre de negocios. A este respecto, llevó la tranquilidad a su ánimo, aunque sin precisar nada. El señor Sharp le pidió permiso cortésmente para examinar su caso, y le despidió con toda clase de consideraciones. ¡Ya no se trataba de aquellos minutos estrictamente limitados, y de los cuales se mostraba tan avaro!

Herr Schultze se retiró, convencido de que no tenía derecho suficiente que alegar sobre la herencia de la Begún; pero persuadido, no obstante, de que una lucha entre la raza

sajona y la raza latina, a más de ser meritoria siempre, no podía, desarrollándose bien, sino otorgar la ventaja a la primera.

Lo importante era explorar la opinión del doctor Sarrasin. Un despacho telegráfico, inmediatamente expedido a Brighton, conducía, a eso de las cinco, al sabio francés al despacho del «solicitor».

El doctor Sarrasin acogió con una calma que admiró al señor Sharp el incidente que se había producido. A las primeras palabras del señor Sharp, le declaró con toda lealtad que, en efecto, recordaba haber oído hablar tradicionalmente, a su familia, de una parienta educada por una mujer rica y con título, que había emigrado con ella y debía haberse casado en Alemania. Por lo demás, no conocía el nombre ni el grado de parentesco de aquella allegada.

El señor Sharp tenía ya un recurso para sus filiaciones, cuidadosamente catalogadas en unas cartulinas que mostró con complacencia al doctor.

Allí había —el señor Sharp no lo disimuló— materia de proceso, y los procesos de este género pueden prolongarse fácilmente. A decir verdad, no se estaba obligado a confesar aquella tradición de familia a la parte adversa, tradición que el doctor Sarrasin acababa de confiar, dada su sinceridad, a su «solicitor»... Pero existían esas cartas de Juan Jacobo Langévol a su hermana, de las que Herr Schultze había hablado y que constituían una presunción en su favor. Presunción débil, a decir verdad, desprovista de todo carácter legal, pero presunción al fin... Otras pruebas serían, sin duda, exhumadas de entre el polvo de los archivos municipales... Acaso, incluso, la parte adversa, a falta de pruebas auténticas, no tuviese escrúpulo en presentarlas imaginarias. ¡Había que preverlo todo...! ¡Quién sabe si nuevas investigaciones llegarían, incluso, a atribuir a aquella Teresa Langévol, súbitamente surgida de dentro de la tierra, y a sus representantes actuales, derechos superiores a los del doctor Sarrasin...! Siendo, por tanto, considerables las probabilidades de superioridad de ambas partes, se constituiría con facilidad para cada una compañía en comandita, que adelantaría los gastos del proceso y agotaría todos los medios jurídicos... En todo caso, gestiones reiteradas, prolongadas comprobaciones y lejana solución... Un proceso célebre del mismo género había estado detenido durante ochenta y tres años consecutivos en el Consejo de la Cancillería y había terminado por falta de fondos: intereses y capital, todo había desaparecido... Informaciones, comisiones, procedimientos, consumirían un tiempo infinito... Transcurridos diez años, la cuestión podría aún permanecer indecisa, y el medio millar de millones continuaría durmiendo en el Banco...

El doctor Sarrasin escuchaba aquella verbosidad y se preguntaba cuándo acabaría. Sin aceptar como palabras del Evangelio todo cuanto oía, una especie de desaliento se iba infiltrando en su alma. Como un viajero asomado a la proa de un navío ve alejarse el puerto donde creía arribar y luego desvanecerse hasta desaparecer por completo, decíase que no era imposible que aquella fortuna, a la sazón tan próxima y destinada ya a un asunto, acabase por pasar al estado gaseoso y desaparecer.

—¿Y qué debo hacer? —preguntó al «solicitor».

—¿Qué debía hacer...? ¡Ah...! ¡Eso era lo difícil de determinar! Y más difícil de realizar aún. Pero, en fin; todo podía arreglarse todavía. El, Sharp, tenía la certidumbre de ello. La justicia inglesa era una excelente justicia. (Un poco lenta, quizá, lo cual convenía. Sí; decididamente, era un poco lenta, *pede claudó*...) ¡Ah...! Pero por eso mismo era más segura... Indudablemente, el doctor Sarrasin no podía verse en posesión de aquella hermosa herencia hasta dentro de algunos años... Sin embargo..., ¡ah...!, sus títulos eran suficientes...

El doctor salió del despacho de Southampton Street muy descorazonado, y convencido de que iba a ser preciso entablar una serie interminable de pleitos o renunciar

a su sueño. A la sazón, cuando pensaba en su buen proyecto filantrópico, no podía por menos de experimentar cierto pesar.

Entre tanto, el señor Sharp llamó al profesor Schultze, que le había dejado sus señas. Le hizo saber que el profesor Sarrasin no habla oído hablar nunca de Teresa Langévol; que reconocía formalmente la existencia de una rama alemana en la familia y se negaba a toda transacción. No le quedaba, pues, al profesor más remedio que pleitear, si consideraba bien fundamentado su derecho. El señor Sharp, que no tenía en aquel asunto más que un absoluto desinterés, una verdadera curiosidad de aficionado, no abrigaba la intención de hacerle desistir. ¿Qué podía pedir un «solicitar», sino un pleito, diez pleitos, treinta años de pleitos, como parecía llevar en sí la causa...? Él Sharp, personalmente, no se entusiasmaba con aquello... Si no tuviese inconveniente en hacer al profesor Schultze un ofrecimiento que pudiera parecer sospechoso, habría llegado, incluso, a indicarle, desinteresadamente, uno de sus colegas que hubiera podido encargarse de sus intereses... ¡Y en verdad que la elección era de importancia...! ¡La carrera de leyes se había convertido en una gran carrera...! ¡Abundaban en ella los aventureros y los ladrones...! ¡Lo confesaba, avergonzado hasta la raíz de los cabellos...!

—Si el doctor francés se aviniese a un arreglo, ¿cuánto costaría eso?

Como hombre sabio que era, las palabras no podían aturdirle. Como hombre práctico, iba directamente a su objeto, sin perder el tiempo en ambages. El señor Sharp se quedó un tanto desconcertado ante aquella manera de obrar. Contestó a Herr Schultze que los asuntos no caminaban tan deprisa; que no se podía prever el final cuando se estaba en el comienzo; que para hacer llegar a un arreglo al doctor Sarrasin, era preciso dejar correr un poco las cosas para no darle a entender que él, Schultze, se hallaba ya dispuesto a una transacción.

—Le ruego, caballero —concluyó—, que me deje obrar a mí; que confíe en mí, y yo le respondo de todo.

—Yo también —replicó Schultze; pero quisiera saber a qué atenerme.

Sin embargo, esta vez no pudo conseguir del señor Sharp que le dijese en qué cifra valuaba el «solicitor» el reconocimiento sajón, y tuvo que cederle carta blanca en el asunto.

Cuando el doctor Sarrasin, citado al día siguiente por el señor Sharp, le preguntó tranquilamente si tenía algunas noticias importantes que comunicarle, el «solicitor», inquieto por semejante tranquilidad, le informó que un examen detenido había llegado a convencerle de que quizá fuera lo mejor cortar el mal de raíz y proponer una transacción a aquel nuevo pretendiente: esto era lo que convendría al doctor Sarrasin, y ello constituía un consejo esencialmente desinteresado, que muy pocos «solicitores» hubieran dado, de hallarse en el caso del señor Sharp... Pero él ponía todo su amor propio en solucionar con rapidez aquel asunto que miraba con ojos casi paternos.

El doctor Sarrasin escuchaba aquellos consejos y los encontraba hasta cierto punto acertados. Se había ido acostumbrando, desde hacía algunos días, a la idea de realizar inmediatamente su sueño científico, y todo lo subordinaba a este proyecto.

Esperar diez años o sólo un año antes de poder ejecutarlo, hubiera constituido entonces para él una cruel decepción. Poco familiarizado, además, con las cuestiones de leyes y financieras, y no confiando mucho en las buenas palabras del señor Sharp, de buena gana hubiera cedido sus derechos mediante una buena suma pagada en el acto que le permitiese pasar de la teoría a la práctica. Así, pues, también él concedió carta blanca al señor Sharp, y se retiró.

El «solicitor» había obtenido lo que deseaba. Ciertamente era que otro, en su lugar, tal vez hubiera cedido a la tentación de entablar y prolongar un litigio por cuyo estudio hubiera podido obtener una gran renta vitalicia; pero el señor Sharp no era una de esas personas que realizan especulaciones en función del tiempo. Veía en todo su alcance cuál era el

medio más fácil de recoger de un solo golpe una abundante cosecha, y determinó aprovechar aquella ocasión que se le presentaba. Al día siguiente, escribió al doctor dejándole entrever que Herr Schultze tal vez no se opusiera de una manera rotunda a un intento de arreglo. En otras visitas, hechas por él, ora al doctor Sarrasin, ora a Herr Schultze, dijo alternativamente al uno y al otro que la parte contraria había resuelto no avenís se a razones, y que, para colmo de la desdicha, había en perspectiva un tercer pretendiente que había acudido atraído por el olor...

Este juego duró ocho días. Todo iba bien por la mañana, y por la tarde surgía súbitamente un incidente imprevisto que lo echaba todo a perder. Para el buen doctor ya no había más que entorpecimientos, vacilaciones y fluctuaciones. El señor Sharp no se atrevía ya a echar el anzuelo, por temor a que, llegado el último momento, el pez forcejease y rompiera la cuerda. Pero, en aquel caso, tantas precauciones eran superfluas. Desde el primer día, el doctor Sarrasin, como había dicho, se hallaba dispuesto a un arreglo, sobre todo por ahorrarse las enojosas molestias de un pleito. Cuando, por fin, el señor Sharp creyó que había llegado el momento psicológico, según la expresión célebre, o, empleando un lenguaje menos noble, consideró que su cliente estaba a «punto de caramelo», cambió de pronto la decoración y propuso una transacción inmediata.

Se presentaba un hombre bienhechor —el banquero Stilbing— que ofrecía partir la diferencia entre las dos partes, entregándole a cada una doscientos cincuenta millones, y quedándose sólo, a título de comisión, con el exceso del medio millar de millón, o sea, con veintisiete millones.

El doctor Sarrasin hubiera abrazado de buena gana al señor Sharp cuando fue a proponerle aquella oferta, que, en definitiva, parecíale soberbia. Se hallaba dispuesto en absoluto a firmar, no deseaba otra cosa más que firmar, y hubiera enviado al infierno al banquero Stilbing, al «solicitor» Sharp, a toda la alta banca y a toda la curia del Reino Unido.

Las actas estaban redactadas, los testigos reclutados y las máquinas de timbrar de Somerset House dispuestas a funcionar. Herr Schultze se había rendido. Puesto por el señor Sharp entre la espada y la pared, había podido darse cuenta, todo tembloroso, de que, con otro adversario de peor condición que el doctor Sarrasin, seguramente no hubiera tenido para los gastos. Aquello había terminado bien, por consiguiente. Ante el mandamiento formal y la aceptación de una parte igual, cada uno de los dos herederos recibió un cheque por valor de dos millones quinientas mil pesetas, pagadero a la vista, y la promesa del libramiento definitivo inmediatamente después del cumplimiento de las formalidades legales.

Así terminó, para la mayor gloria de la superioridad anglosajona, este extraordinario asunto.

Asegúrase que aquella misma noche, cenando en el Cobden-Club con su amigo Stilbing, el señor Sharp bebió una copa de champaña a la salud del doctor Sarrasin y otra a la salud del profesor Schultze, y, al acabar la botella, dejó escapar esta indiscreta exclamación :

—*iHurra...! iRule Britannia...!iNo hay nadie como nosotros...!*

Lo cierto es que el banquero Stilbing consideraba a su huésped como un pobre hombre que había dejado escapar por veintisiete millones un negocio que valía cincuenta, y, en el fondo, el profesor pensaba lo mismo, desde el momento en que él, Herr Schultze, se veía obligado, en efecto, a aceptar un arreglo cualquiera. ¿Y qué partido no hubiera podido sacarse de un hombre como el doctor Sarrasin, un celta débil, voluble y, seguramente, un iluso...?

El profesor había oído hablar del proyecto de su rival, consistente en fundar una ciudad francesa en condiciones de higiene moral y física propias para que se desarrollasen



todas las cualidades de la raza y se formasen nuevas generaciones fuertes y valerosas. Esta empresa le parecía absurda, y, en su opinión, debía fracasar, como opuesta que era a la ley del progreso que decretaba la anulación de la raza latina, su sometimiento a la raza sajona, y, por consiguiente, su desaparición total de la superficie del globo. Sin embargo, estos resultados debían evitarse si el programa del doctor tenía un comienzo de realización, y, con mayor motivo, si presentaba un probable éxito. Él se debía, pues, a los sajones, y en atención al interés de orden general y obedeciendo a una ley ineludible, debía reducir a la nada, si podía, una empresa tan descabellada. Y, en las circunstancias que se presentaban, estaba bien claro que él, Schultze, M. D. «privat docent» de química en la Universidad de Jena, conocido por sus numerosos trabajos comparativos sobre las diferentes razas humanas —trabajos en los cuales había demostrado que la raza germánica debía absorber a todas—; estaba claro que era él particularmente designado por la gran fuerza siempre creadora y destructora de la naturaleza para aniquilar a los pigmeos que se rebelaban contra ella. Desde tiempo inmemorial, había sido decretado que Teresa Langévol se casase con Martín Schultze, para que un día las dos nacionalidades se pusieran la una enfrente de la otra, por medio de las personalidades del doctor francés y del profesor alemán, y éste aplastara a aquél. Ya tenía en sus manos la mitad de la fortuna del doctor: éste era el instrumento que él necesitaba.

Por otra parte, aquel proyecto era para Schultze muy secundario; no hacía más que agregarlo a aquéllos, mucho más vastos, que había formado para la destrucción de todos los pueblos que se negasen a fusionarse con el pueblo germánico y unirse al Vaterland. No obstante, deseando conocer a fondo —si era posible que tuviesen fondo— los planes del doctor Sarrasin, de los cuales se declaraba él ya implacable enemigo, se hizo admitir en el Congreso de Higiene, y asistió con asiduidad a las sesiones. Al salir de aquella asamblea, algunos miembros, entre los cuales se contaba el propio doctor Sarrasin, le oyeron un día hacer la declaración de que se fundaría al mismo tiempo que France-Ville una ciudad fuerte que no dejaría subsistir a aquel hormiguero absurdo y anormal.

—Espero —añadió— que esta experiencia que llevaremos a cabo servirá de ejemplo al mundo.

El buen doctor Sarrasin, aunque sentía un gran amor a la humanidad, no se hallaba en la necesidad de saber que no todos sus semejantes merecían el calificativo de filántropos. Recogió con cuidado las palabras de su adversario, considerando, como un hombre sensato que era, que ninguna amenaza debía ser echada en olvido. Algún tiempo después, escribiendo a Marcelo para invitarle a que le ayudase en su empresa, le refirió aquel incidente y le trazó el retrato de Herr Schultze, retrato que hizo pensar al joven alsaciano que el buen doctor tendría en aquel hombre un formidable adversario.

El doctor decía;

«Necesitaremos hombres fuertes y enérgicos y sabios activos, no sólo para edificar, sino para que nos defiendan.»

Y Marcelo respondió;

«Si no puedo ofrecerle de momento mi concurso para la fundación de su ciudad, cuente, no obstante, conmigo para cuando pueda serle útil. No perderé de vista por un solo día a ese Herr Schultze, al cual describe usted tan bien. Mi cualidad de alsaciano me da derecho a ocuparme en sus asuntos. De cerca o de lejos, seguiré a usted incondicionalmente. Si, por acaso, se queda usted durante algunos meses o algunos años sin oír hablar de mí, no se inquiete por ello. De lejos como de cerca, sólo una idea me animará: la de trabajar para usted, y, por consiguiente, servir a Francia.»

## CAPÍTULO V

## LA CIUDAD DEL ACERO

El lugar y el tiempo han cambiado. Hace cinco años que la herencia de la Begún está en manos de sus dos herederos, y la escena se ha trasladado ahora a los Estados Unidos, en el sur de Oregón, a diez leguas del litoral del Pacífico. Allá se extiende un territorio, poco explorado aún, mal delimitado entre sus dos poderosos limítrofes y que viene a ser como una especie de Suiza americana.

Suiza era, en efecto, si sólo se atiende a la superficie, a los picos abruptos que se elevan hacia el cielo, a los valles profundos que separan sus largas cadenas de montañas, al aspecto grandioso y salvaje de todos sus parajes vistos a vuelo de pájaro.

Pero esta falsa Suiza no está dedicada, como la Suiza europea, a las pacíficas industrias del pastor, del guía y del fondista. No es más que un decorado alpino, un conglomerado de rocas, de tierra y de pinos seculares, puesto sobre un bloque de hierro y de hulla.

Si el turista, detenido en estas soledades, presta oído a los ruidos de la naturaleza, no oye, como en los senderos del Oberland, el murmullo armonioso de la vida unido al gran silencio de la montaña, sino que percibe, a lo lejos, los sordos golpes del martillo pilón, y, bajo sus pies, las ahogadas detonaciones de la pólvora. Parece que el suelo está lleno de maquinaria como los fosos de un teatro, que aquellas rocas gigantescas están huecas, y que pueden, de un momento a otro, abismarse en profundidades misteriosas.

Los caminos, macadamizados de cenizas y de cok, se enrollan a los flancos de las montañas. Bajo los macizos de hierbas amarillentas, montoncitos de escorias, refulgentes con todos los colores del prisma, brillan como ojos de basilisco. Aquí y allá, antiguos pozos de mina abandonados, resquebrajados por las lluvias, desfigurados por las zarzas, abren sus grandes bocas —abismos sin fondo— semejantes a cráteres de volcanes extintos. El aire está cargado de humo, y pesa como un manto sobre la tierra. Ni un pájaro lo atraviesa; los mismos insectos parecen huirle, y el hombre no recuerda haber visto en el espacio una mariposa.

¡Falsa Suiza...! En su límite norte, en el punto en que los contrafuertes van a confundirse con el llano, se abre, entre dos cadenas de pequeñas colinas, lo que hasta 1871 se llamaba «el desierto rojo», a causa del color del sol, completamente impregnado de óxido de hierro, hoy llamado Stahlfield, «campo de acero...»

Imagínese una llanura de cinco a seis leguas cuadradas de suelo arenoso, salpicado de guijarros, árido y desolado, como el lecho de cualquier antiguo mar interior. Para animar este páramo, para darle vida y movimiento, la naturaleza no había hecho nada; pero el hombre ha desplegado de pronto una energía y un vigor sin límite.

En el transcurso de cinco años, han surgido dieciocho aldeas de obreros, con casitas de madera uniformes y grises, procedentes de Chicago, y que encierran una numerosa población de rudos trabajadores.

En el centro de estas aldeas, al mismo pie del Coals-Butts, hay inagotables montañas de carbón de piedra, y se eleva una masa sombría, colosal, extraña; una aglomeración de edificios regulares, llenos de ventanas simétricas, cubiertos de tejados rojos, rematados por una selva de chimeneas cilíndricas que vomitan por sus mil bocas continuos vapores

fuliginosos. El cielo está velado por una gasa negra, sobre la cual pasan por instantes rápidos relámpagos rojos. El viento lleva un gruñido lejano semejante al de un trueno o al de una gran sirena, aunque más regular y más grave.

Esta masa es Stahlstadt, la Ciudad del Acero, la ciudad alemana, la propiedad personal de Herr Schultze, el ex profesor de química de Jena, que se ha convertido, gracias a los millones de la Begún, en el trabajador más formidable del hierro, y, especialmente, en el más terrible forjador de cañones de ambos mundos.

Los forja, por supuesto, de todas las formas y de todos los calibres, de hierro liso y rayado, de cureña móvil y de cureña fija, para Rusia y para Turquía, para Rumania y para el Japón, para Italia y para China; pero, sobre todo, para Alemania.

Gracias al poder de un capital enorme, ha surgido de la tierra, como al golpe de una varita mágica, un establecimiento monstruo, una verdadera ciudad que es a la vez una fábrica modelo. Treinta mil obreros, la mayor parte de origen alemán, han ido a agruparse a su alrededor y a formar sus arrabales. En el transcurso de algunos meses, sus productos han adquirido, dada su imponderable superioridad, una celebridad universal.

El profesor Schultze extrae el mineral de hierro y la hulla de sus propias minas. Inmediatamente lo transforma en acero fundido. Enseguida hace con él cañones. Lo que ninguno de sus competidores puede hacer, él llega a realizarlo. En Francia se obtienen lingotes de acero de cuarenta mil kilogramos. En Inglaterra se ha fabricado un cañón de hierro forjado de cien toneladas. En Essen, el señor Krupp ha llegado a fundir bloques de acero de quinientos mil kilogramos. Herr Schultze no conoce límites: pedidle un cañón de cualquier peso que sea, y os servirá ese cañón, brillante como una moneda nueva, en el plazo convenido.

Desde luego, que os lo hará pagar bien. Parece que los doscientos cincuenta millones de 1871 no han hecho otra cosa que abrirle el apetito.

Fabricando cañones, como en todas las cosas, se es fuerte cuando se puede hacer lo que los demás no pueden. No hay para qué decir que los cañones de Herr Schultze no solamente alcanzan dimensiones sin precedentes, sino que, aunque son susceptibles de deteriorarse por el uso, no estallan jamás. El acero de Stahlstadt parece tener propiedades especiales. A este respecto, corren leyendas de aleaciones misteriosas, de secretos químicos... Lo cierto es que nadie sabe nada en concreto.

Lo cierto también es que en Stahlstadt el secreto se conserva con excepcional cuidado.

En este rincón apartado de la América septentrional, rodeado de desiertos, aislados del mundo por una muralla de montañas, situado a quinientas millas de las pequeñas aglomeraciones humanas más próximas, buscaríase en vano un vestigio de esa libertad que constituye el poder de la república de los Estados Unidos.

Cuando lleguéis a los alrededores de Stahlstadt, no tratéis de franquear ninguna de las puertas macizas que, de trecho en trecho, cortan la línea de los fosos y de las fortificaciones. La más despiadada consigna os rechazaría. Hay que descender a uno de los arrabales. No entraréis en la Ciudad del Acero sino cuando hayáis obtenido la fórmula mágica, la palabra de orden, o, por lo menos, una autorización debidamente sellada, firmada y rubricada.

Un joven obrero que llegaba a Stahlstadt una mañana de noviembre, poseía, sin duda, esta autorización, pues, después de haber dejado en la posada una maletita de cuero muy usada, se dirigió a pie hacia la puerta más próxima de la aldea.

Este obrero era un muchacho de complexión robusta, negligentemente vestido a usanza de los «pionniers» americanos, con una blusa suelta, una camisa de lana sin cuello y un pantalón de pana sepultado por los extremos dentro de grandes botas. Sobre su rostro se abatía un amplio sombrero de fieltro, como para mejor disimular el polvo de carbón de

que estaba impregnada su piel, y caminaba con paso elástico, resoplando sobre su barba negra.

Cuando llegó a la reja, aquel joven exhibió ante el jefe del puesto una hoja impresa, e inmediatamente fue admitido.

—Su orden trae la dirección del contraamaestre Seligmann, sección K, calle IX, taller 743 —dijo el suboficial—. No tiene usted más que seguir el camino de la derecha, hasta el límite K, y presentarse al portero... ¿Conoce usted el reglamento...? Será expulsado si entra en otro sector que no sea el suyo —añadió, en el momento en que el recién llegado se alejaba.

El joven obrero siguió la dirección que le había sido indicada, por el camino marcado. A su derecha se abría un foso junto al cual se paseaban unos centinelas. A su izquierda, entre la amplia carretera circular y el conjunto de los edificios, aparecía en primer término la doble línea de un ferrocarril de circunvalación; luego se elevaba una segunda muralla, semejante a la muralla exterior, la cual determinaba la configuración de la Ciudad del Acero.

Ésta era la de una circunferencia cuyos sectores, limitados a manera de radios por una línea fortificada, quedaban perfectamente independientes los unos de los otros, aunque envueltos por un muro y por un foso comunes.

El joven obrero llegó bien pronto al límite K, situado a la orilla del camino, frente a una puerta monumental que ostentaba dicha letra esculpida en la piedra, y se presentó al portero.

Esta vez, en lugar de habérselas con un soldado, se encontraba en presencia de un inválido, con una pierna de madera y el pecho condecorado.

El inválido examinó la hoja, estampó en ella un nuevo sello, y dijo:

—Siga usted en línea recta y tuerza por la novena calle a la izquierda.

El joven franqueó aquella segunda línea atrincherada, y se halló, por fin, en el sector K. El camino que desembocaba a la puerta era el central. A uno y otro lado se alineaban, formando ángulo recto, unas hileras de construcciones uniformes.

El ruido de las máquinas era entonces ensordecedor. Aquellos edificios grises, recibiendo la luz por millares de ventanas, parecían más bien monstruos vivos que cosas inertes. Pero, sin duda, el recién llegado se hallaba familiarizado con aquel espectáculo, pues no prestó a él la menor atención.

En cinco minutos encontró la calle IX y el taller 743, y llegó a una pequeña oficina llena de carpetas y de registros, presentándose al capataz Seligmann.

Éste tomó la hoja, provista de todos sus refrendos, la examinó, y, mirando al joven obrero, le preguntó:

—¿Contratado como pudelador...? Parece usted muy joven...

—La edad no hace al caso —respondió el otro—. Tengo cerca de veintiséis años, y llevo pudelando siete meses... Si lo desea, puedo enseñarle los certificados que presenté cuando fui contratado en Nueva York por el jefe del personal.

El joven hablaba el alemán con facilidad, pero con un ligero acento que pareció despertar la desconfianza en el capataz.

—¿Es usted alsaciano? —le preguntó.

—No; soy suizo... De Schaffusa... Examine usted todos mis documentos, que están en regla.

Sacó una cartera de cuero, y mostró al capataz un pasaporte, una cartilla y unos certificados.

—Está bien. Después de todo, ya está usted contratado, y a mí sólo me resta asignarle puesto —respondió Seligmann, tranquilizado ante aquella exhibición de documentos oficiales.

Escribió en un registro el nombre de Johann Schwartz, que copió en el contrato, entregó al joven una tarjeta azul con su nombre y el número 57.938, y añadió:

—Deberá usted estar en la puerta K todas las mañanas a las siete, presentar esta tarjeta para que le sea permitido franquear el cercado exterior, y proveerse en el taller del distrito de una ficha con su número de matrícula que me presentará al llegar. A las siete de la tarde, al salir, la depositará usted en un cajón que hay colocado a la puerta del taller y que sólo se abre en ese instante.

—Conozco el sistema... ¿Puedo alojarme en este recinto? —preguntó Schwartz.

—No. Deberá buscarse una vivienda en el exterior; pero puede usted comer en la cantina del taller por un precio muy moderado... Su jornal será, por ahora, de cinco pesetas diarias. Aumentará en una vigésima parte al trimestre... La expulsión constituye la única pena. Es pronunciada por mí en primera instancia, y por el ingeniero en una apelación, ante cualquier infracción del reglamento... ¿Va usted a comenzar hoy?

—¿Por qué no?

—Sólo se le abonará medio día —objetó el capataz, guiando a Schwartz hacia una galería interior.

Ambos siguieron un amplio corredor, atravesaron un patio, y penetraron en un extenso vestíbulo, semejante, tanto por sus dimensiones como por la disposición de su ligero conjunto, al andén de una estación de primer orden. Al examinarla con una breve ojeada, Schwartz no pudo contener un movimiento de admiración profesional.

A uno y otro lado de aquella ancha sala, dos hileras de enormes columnas cilíndricas, tan grandes, en diámetro y en altura, como las de San Pedro de Roma, se elevaban desde el suelo hasta la bóveda de vidrio que traspasaban de parte a parte. Eran las chimeneas de otros tantos hornos de pudelar, contruidos de mampostería en su base. Había cincuenta en cada hilera.

En una de las extremidades, unas locomotoras conducían continuamente convoyes repletos de lingotes de fundición que iban a alimentar los hornos. En la otra extremidad, unos trenes de vagones vacíos recibían y se llevaban la fundición transformada en acero.

La operación del pudelador tiene por objeto efectuar esa metamorfosis. Unos equipos de cíclopes semidesnudos, armados de largos ganchos de hierro, se dedicaban a ella con actividad.

Los lingotes de fundición, arrojados a un horno recubierto por una capa de escorias, eran sometidos a una temperatura elevada. Para obtener el hierro, se comenzaba por batir la fundición hasta que se hiciera pastosa. Para obtener el acero —ese carburo de hierro, tan semejante a su congénere y, sin embargo, tan distinto por sus propiedades—, se esperaba a que la fundición estuviese fluida, y se tenía cuidado de mantener los hornos a mayor temperatura. El pudelador entonces, con el extremo de su gancho, amasaba y batía en todos sentidos la masa metálica; la volvía y revolvía en medio de la llama. Luego, en el momento preciso en que alcanzaba un cierto grado de resistencia, debido a su mezcla con las escorias, la dividía en cuatro bolas o «lupas» esponjosas, que iba entregando, una por una, a los martilladores.

En el centro mismo del local se llevaba a efecto la operación. Enfrente de cada horno, y correspondiendo con él, un martillo pilón puesto en movimiento por el vapor de una caldera vertical emplazada en la misma chimenea, estaba a cargo de un obrero forjador. Provisto de botas y manguitos de palastro, protegido por un grueso delantal de cuero y enmascarado con una tela metálica, este coracero de la industria cogía con las puntas de sus largas tenazas la lupa incandescente y la sometía al martillo. Vapuleada así bajo el

peso de aquella enorme maza, eliminaba de ella, como de una esponja, todas las materias impuras de que estaba impregnada, en medio de un diluvio de chispas y ascuas.

El coracero la devolvía a los ayudantes para que fuera introducida de nuevo en el horno, y, otra vez encendida, volver a golpearla.

En la inmensidad de aquella monstruosa forja, se apreciaba un incesante movimiento, un sinfín de correas, una cascada de sordos golpes acompañados por un resoplido continuo, una profusión de fuegos artificiales, un vuelo constante de rojas lentejuelas y los deslumbrantes resplandores de los hornos calentados al rojo. En medio de aquellos rugidos y de aquellas iras de la materia dominada, el hombre parecía casi un niño.

¡Rudos muchachos, no obstante, aquellos pudeladores! ¡Amasar casi con los brazos, envueltos por una temperatura tórrida, una masa metálica de doscientos kilogramos, permanecer varias horas con la mirada fija en aquel hierro incandescente que cegaba, constituye un régimen terrible que estropea a un hombre en diez años!

Schwartz, como para demostrar al capataz que era capaz de soportarlo, se despojó de su blusa y de su camisa de lana, y, exhibiendo un torso de atleta, en el cual destacaban los músculos todas sus ligazones, tomó el gancho que manejaba uno de los pudeladores y comenzó a maniobrar.

Viendo que desempeñaba a la perfección su tarea, el capataz no tardó en abandonarle para volver a su despacho.

El joven obrero continuó, hasta la hora de la comida, pudelando bloques de fundición. Pero bien porque pusiese demasiado ardor en su obra, bien porque no hubiera ingerido aquella mañana la comida reparadora que exige semejante derroche de fuerza física, pronto quedó cansado y desfallecido. Desfallecido, hasta el punto de que el jefe del equipo se dio cuenta de ello.

—Usted no sirve para pudelar, muchacho— le dijo—. Más le valiera pedir inmediatamente un cambio de sector, puesto que, al fin, va a ser necesario.

Schwartz protestó. Aquello no era más que un cansancio pasajero. Él podía pudelar como cualquier otro.

El jefe del equipo no dejó de emitir por eso su correspondiente informe, y el joven fue llamado inmediatamente a presencia del ingeniero en jefe.

Este personaje examinó sus documentos, movió la cabeza y le preguntó, con un tono inquisitorial:

—¿Acaso era usted pudelador en Brooklyn?

Schwartz bajó los ojos, todo confuso.

—Ya veo que es preciso que lo confiese —dijo—. Estaba destinado al colado, y, con la esperanza de ver aumentado el jornal, he querido intentar el pudelado...

—¡Todos ustedes son lo mismo! —respondió el ingeniero, encogiéndose de hombros—. A los veinticinco años quieren ustedes saber hacer lo que difícilmente hace un hombre de treinta y cinco... ¿Es usted buen fundidor, entonces?

—Hace dos años, lo era de primera clase —contestó Schwartz.

—En ese caso, debería usted seguir siéndolo. Aquí, va usted a comenzar por ser incluido entre los de tercera. ¡Y todavía puede darse por satisfecho con que le proporcione un cambio de sector!

El ingeniero escribió algunas palabras en un papel, cursó un telegrama y dijo:

—Devuelva su ficha, salga de la división y vaya directamente al sector O, al despacho del ingeniero en jefe. Ya está prevenido.

Las mismas formalidades que habían detenido a Schwartz a la puerta del sector K le acogieron en el sector O. Allí, como por la mañana, fue interrogado, aceptado y entregado a

un jefe de taller que le introdujo en una sala de colado. Pero aquí el trabajo era más silencioso y más metódico.

—Esto no es más que una pequeña galería para el fundido de las piezas de 42 —le dijo el capataz—. Los obreros de primera clase sólo son admitidos en las salas de colado de los grandes cañones.

La pequeña galería no tenía menos de ciento cincuenta metros de largo por sesenta y cinco de ancho. Según la apreciación de Schwartz, debía contener por lo menos seiscientos crisoles colocados de cuatro en cuatro, de ocho en ocho o de doce en doce, según sus dimensiones, en los hornos laterales.

Los moldes destinados a recibir el acero en fusión estaban alineados en el centro de la galería. A uno y otro lado de la zanja, unos rieles sustentaban una grúa móvil que, evolucionando a voluntad, trasladaba adonde era necesario aquellos enormes pesos. Como en las salas de pudelado, por un extremo desembocaba el ferrocarril que transportaba los bloques de acero fundido al otro extremo, donde se hallaban los cañones que salían de los moldes.

Junto a cada molde, un hombre, provisto de una barra de hierro, vigilaba la temperatura para mantener el estado de fusión en los crisoles.

Los procedimientos que Schwartz había visto poner en práctica en otras partes, eran llevados allí a un grado singular de perfección.

Llegado el momento de efectuar un colado, un timbre avisador daba la señal a todos los vigilantes de la fusión. Inmediatamente, con paso igual y rigurosamente medido, unos obreros de la misma estatura, sustentando sobre sus hombros unas barras de hierro en sentido horizontal, iban a colocarse de dos en dos delante de cada horno.

Un oficial, provisto de un silbato, con su cronómetro, que marcaba fracciones de segundo, en la mano, se trasladaba junto al molde, convenientemente situado a cierta proximidad de todos los hornos en acción. A uno y otro lado, unos conductos de tierra refractaria, recubiertos de palastro, convergían, descendiendo por pendientes suaves, hasta una cubeta en forma de embudo que estaba colocada precisamente encima del molde. El oficial daba un silbido. Enseguida, un crisol, sacado del fuego con la ayuda de unas tenazas, era suspendido en la barra de hierro de los dos obreros que se habían detenido delante del primer horno.

El silbato producía entonces una serie de modulaciones continuadas, y los dos iban vaciando reposadamente el contenido del crisol en el conducto correspondiente. Luego, arrojaban a una tina el recipiente vacío y abrasando.

Sin interrupción, a intervalos exactamente medidos con el fin de que el colado fuese absolutamente regular y constante, los equipos de los demás hornos obraban del mismo modo.

La precisión era tan extraordinaria, que en una décima de segundo, fijada para el último movimiento, el último crisol estaba ya vacío y había sido precipitado en la tina. Aquella perfecta maniobra parecía más bien el resultado de un mecanismo ciego que el del concurso de cien voluntades humanas.

Una disciplina inflexible, la fuerza de la costumbre y el poder de una medición musical realizaban, sin embargo, el milagro.

Schwartz parecía familiarizado con semejante espectáculo. Bien pronto fue emparejado con un obrero de su talla, experimentado en una colada poco importante y reconocido como un excelente práctico. Su jefe de equipo, al final de la jornada, le prometió un rápido ascenso.

Después, él, apenas hubo salido a las siete de la noche del sector O y del recinto exterior, fue a la posada a recoger su maleta. Siguió entonces uno de los caminos

exteriores, y, al llegar a un grupo de viviendas que había visto por la mañana, buscó y encontró con facilidad alojamiento en casa de una buena mujer que «recibía huéspedes».

Y a aquel joven obrero no se le vio salir, después de cenar, en busca de una cervecería. Se encerró en su habitación, sacó de su bolsillo un fragmento de acero, recogido sin duda en la sala de pudelado, y un fragmento de barro de crisol, recogido en el sector O, y luego los examinó con singular cuidado a la luz de una lámpara humeante.

Extrajo después de su maleta un gran cuaderno, repasó sus páginas, repletas de notas, de fórmulas y de cálculos, y escribió lo que sigue en buen francés, aunque, para mayor precaución, en un lenguaje cifrado cuya clave sólo él conocía:

«10 de noviembre. —*Stahlstadt*—. Nada de particular existe en la forma del pudelado, como no sea la elección de dos temperaturas diferentes y relativamente bajas para el primer horno y el recalentamiento, según las reglas determinadas por Chernoff. En cuanto al colado, se realiza de acuerdo con el procedimiento Krupp, pero con una igualdad de movimientos admirable. Esta precisión en las maniobras constituye la gran fuerza alemana. Procede aprovechando el sentimiento musical que es innato en la raza germánica. Jamás podrán los ingleses alcanzar esta perfección: les falta el oído, ya que no la disciplina. Los franceses pueden obtenerla con facilidad, ya que son los primeros danzarines del mundo. Hasta aquí, pues, nada de misterioso hay en el éxito tan notable de esta fabricación. Las muestras de mineral que he recogido en la montaña, son análogas a nuestros buenos hierros. Los especímenes de hulla son, sin duda, magníficos y de calidad eminentemente metalúrgica, pero no presentan ninguna anormalidad. Es indudable que la fabricación Schultze pone un especial cuidado en separar las primeras materias de toda mezcla extraña, y sólo las emplea en estado de perfecta pureza. Pero esto constituye también un resultado fácil de obtener. Sólo falta, pues, para quedar en posesión de todos los elementos del problema, determinar la composición de la tierra refractaria de que están hechos los crisoles y los tubos de colado. Conseguido esto y convenientemente disciplinados nuestros equipos de fundidores, no veo inconveniente en que hiciéramos lo que se hace aquí. Con todo, no he visto aún más que dos sectores, y existen por lo menos veinticuatro, sin contar el organismo central, el departamento de planos y modelos y el gabinete secreto. ¿Qué podrá tramarse en esa caverna? ¿Qué no habrán de temer nuestros amigos como consecuencia de las amenazas formuladas por Herr Schultze cuando entró en posesión de su herencia?»

Estampado el último signo de interrogación, Schwartz, bastante fatigado de la jornada, se desnudó y se metió en una camita confortable como puede serlo una cama alemana —que es mucho decir—, encendió la pipa y empezó a fumar, mientras leía un libro viejo. Pero su pensamiento parecía estar en otra parte. Las breves bocanadas de humo se sucedían en sus labios y hacían con cadencia:

«¡Psé...! ¡Psé...! ¡Psé...! ¡Psé...!»

Acabó por dejar el libro, y se quedó pensativo durante mucho tiempo, como absorto en la solución de un problema difícil.

—¡ Ah! —exclamó, por fin—. Aunque el diablo haya tomado parte en ello, descubriré el secreto de Herr Schultze y, sobre todo, lo que pueda urdir contra France-Ville.

Schwartz se durmió pronunciando el nombre del doctor Sarrasin; pero, en sueños, el nombre de Juana fue el que acudió a sus labios. El recuerdo de la niña había permanecido en él, si bien desde que él la había abandonado Juana se había convertido en una mujer. Este fenómeno se explica fácilmente por las leyes ordinarias de la asociación de ideas. La imagen del doctor llevaba consigo la de su hija, asociación por contigüidad.

Así, pues, cuando Schwartz, o más bien Marcelo Bruckmann, se despertó, todavía con el nombre de Juana en su memoria, no se asombró por ello, y vio en este hecho una nueva prueba de la excelencia de los principios psicológicos de Stuart Mili.





## CAPÍTULO VI

## EL POZO ALBRECHT

La señora Bauer, la buena mujer que proporcionaba hospitalidad a Marcelo Bruckmann, suiza de nacimiento, era la viuda de un minero que había muerto hacía cuatro años en uno de esos cataclismos que hacen de la vida del hullero una continua batalla. La fábrica le pasaba una corta pensión anual de treinta dólares, a la cual agregaba ella lo poco que le producía una habitación amueblada y el jornal que le entregaba todos los domingos su pequeño Carl.

Aunque apenas tenía trece años, Carl estaba empleado en la hullera para abrir y cerrar, al paso de las vagonetas de carbón, una de esas puertas de aire que son indispensables para la ventilación de las galerías, obligando a la corriente a que siga una dirección determinada. Estando la casa que tenía alquilada su madre demasiado alejada del pozo Albrecht, desde donde tenía que regresar todas las noches a su aposento, le habían asignado, además, otra tarea nocturna en el fondo de la misma mina. Estaba encargado de cuidar y limpiar seis caballos en su cuadra subterránea, en tanto que el palafrenero había subido afuera.

La vida de Carl se deslizaba, pues, casi por completo a quinientos metros bajo la superficie terrestre. Durante el día, estaba de centinela junto a la puerta de aire; por la noche, dormía sobre la paja, junto a los caballos. Sólo el domingo por la mañana volvía a la luz y podía aprovechar por algunas horas este patrimonio común a todos los hombres: el sol, el cielo azul y la sonrisa maternal.

Como podrá suponerse, después de una semana semejante, cuando salía del pozo, su aspecto no era el de un «gomoso» precisamente. Parecía más bien un gnomo de hechicería, un deshollinador o un negro papú. Entonces, la señora Bauer empleaba generalmente una hora larga en lavarlo a conciencia con agua caliente y jabón. Luego le hacía que se pusiera un buen traje de paño verde, confeccionado con un desecho paterno que extraía de las profundidades de su gran armario de abeto, y, desde aquel instante hasta la noche, no dejaba de admirar a su hijo, que le parecía el más hermoso del mundo.

Despojado de su sedimento de carbón, Carl no era, en verdad, más feo que cualquier otro. Sus cabellos rubios y sedenos, sus ojos azules y dulces hacían buen contraste con su tez, de una blancura excesiva; pero su cuerpo era demasiado exiguo para su edad. Aquella vida sin sol le estaba dejando tan anémico que parecía una lechuga, hasta el extremo de que el cuenta-glóbulos del doctor Sarrasin, aplicado a la sangre del pequeño, hubiera acusado una cantidad más que insuficiente de caudal hemático.

En el orden moral, era un niño silencioso, flemático, tranquilo, con un asomo de ese orgullo que el sentimiento del continuo peligro, la costumbre del trabajo regularizado y la satisfacción de la dificultad vencida, proporcionan a todos los mineros, sin excepción.

Su gran felicidad consistía en sentarse junto a su madre, ante la mesa cuadrada que ocupaba el centro de la reducida habitación y clavar en un cartón una multitud de insectos horribles que llevaba de las entrañas de la tierra. La atmósfera tibia e igual de las minas tiene su fauna especial, poco conocida por los naturalista, como las húmedas paredes de la hullera poseen su flora extraña de musgos verdosos, de setas no clasificadas y de plantas amorfas. El ingeniero Maulesmülhe, aficionado a la entomología, había observado todo

esto, y había prometido cinco pesetas por cada especie nueva de la que Carl pudiera llevarle un espécimen. Perspectiva brillante que había llevado primero al muchacho a explorar cuidadosamente todos los rincones de la hullera, y que, poco a poco, había hecho de él un coleccionista. Así, pues, a la sazón, buscaba los insectos por su propia cuenta.

Además, no limitaba sus aficiones a las arañas y a las correderas. En su soledad, entraba en íntimas relaciones con dos murciélagos y un gran musgaño. Y, si había de creérsele a él, aquellos tres animales eran las bestias más inteligentes y amables del mundo; más espirituales aún que sus caballos de largas crines sedosas y de luciente grupa, y de los cuales sólo hablaba Carl con admiración.

Había uno, sobre todo, *Blair-Athol*, el decano de la cuadra, un viejo filósofo que hacía seis años había descendido a quinientos metros bajo el nivel del mar y que nunca había vuelto a ver la luz del día. A la sazón, estaba casi ciego. Sin embargo, ¡cómo conocía su subterráneo laberinto! ¡Cómo sabía volver a la derecha o a la izquierda, tirando de su vagón y sin equivocarse nunca! ¡Cómo se detenía oportunamente delante de las puertas de aire con el fin de dejar el sitio necesario para abrirlas! ¡Cómo relinchaba jovialmente, por la mañana y por la tarde, en el preciso momento en que le era servido su condumio...! ¡Y era tan bueno, tan simpático, tan cariñoso...!

—Le aseguro, madre, que realmente me da un beso rozando su mejilla contra la mía cuando adelanto la cabeza hacia él —decía Carl—. Y resulta muy cómodo que *Blair-Athol* tenga un reloj en la cabeza, ¿sabe usted...? Si no fuera por él, no sabríamos, en toda la semana, si es de noche o de día, por la tarde o por la mañana.

Así charlaba el niño, y la señora Bauer le escuchaba con arrobamiento. También ella quería a *Blair-Athol* con todo el afecto que le comunicaba el chico, y apenas dejaba pasar una ocasión de enviarle un terrón de azúcar. ¡Cuánto no hubiera dado por ir a ver a aquel viejo servidor al que su hombre había conocido, y, al mismo tiempo, visitar el siniestro emplazamiento donde el cadáver del pobre Bauer, negro como la tinta, carbonizado por el fuego del grisú, había sido encontrado después de la explosión...! Pero las mujeres no son admitidas en la mina, y era preciso contentarse con las incesantes descripciones que de ella le hacía su hijo.

¡Ah! Conocía bien aquella hullera, aquel gran agujero oscuro donde se había quedado su marido... ¡Cuántas veces había esperado junto a aquella boca enorme, de dieciocho pies de diámetro; había seguido con la mirada, a lo largo del muro de piedra tallada, la doble jaula de roble, en la que se transportaban los cubetos, enganchados en su cable y suspensos de las poleas de acero, y había visitado la elevada armadura exterior, el edificio de la máquina de vapor, la cabina del marcador y todo lo demás! ¡Cuántas veces se había calentado en el brasero, siempre encendido, de aquella inmensa cesta de hierro donde los mineros secan sus ropas al salir del abismo y donde los fumadores impacientes encienden sus pipas! ¡Cuan familiarizada estaba con la actividad y el ruido de aquella puerta infernal! Los recibidores que desenganchan los vagones cargados de hulla, los enganchadores, los escogedores, los lavadores, los mecánicos, a todos los había visto reiteradas veces entregados a sus tareas.

Lo que ella no había podido ver, y lo que veía, no obstante, con los ojos del corazón, es lo que pasaba cuando se había hundido el cubeto llevándose el humano racimo de obreros, entre los cuales estaba su marido en otro tiempo; y a la sazón su único hijo...

Oía alejarse en la profundidad sus risas y sus voces, debilitarse y desaparecer... Seguía con el pensamiento aquella jaula que se hundía en el intestino prolongado y vertical, a quinientos o seiscientos metros —cuatro veces la altura de la gran pirámide...—. La veía, por fin, llegar al término de su carrera, y a los hombres apresurarse a echar pie a tierra.

Se dispersaban por la ciudad subterránea, dirigiéndose unos hacia la derecha y otros hacia la izquierda. Los arrastradores, hacia sus vagones; los picadores, con los picos de hierro, a los que deben su nombre, dirigiéndose hacia el bloque de hulla al cual se ha de

atacar; los acarreadores, ocupándose en remplazar por materiales sólidos los tesoros de carbón que han sido extraídos; los carpinteros, construyendo los andamiajes que sustentan las galerías no muradas; los camineros, reparando las vías y colocando los rieles; los albañiles, construyendo las bóvedas...

Una galería central parte del pozo y desemboca como un ancho paseo en otro pozo, alejado del primero tres o cuatro kilómetros. De allí irradian, formando ángulos rectos, otras galerías secundarias, y, paralelas a éstas, las galerías de tercer orden. Entre estas vías, se levantan muros y pilares formados por la hulla misma o por la roca. Todo esto es simétrico, sólido y magnífico, a pesar de la oscuridad...

¡Y en este dédalo de calles, iguales en anchura y en longitud, todo un ejército de mineros semidesnudos agitándose, hablando y trabajando al resplandor de sus lámparas de seguridad...!

He aquí lo que la señora Bauer se representaba con frecuencia en la imaginación cuando se hallaba sola y pensativa, junto al fuego.

En aquel entrecruzamiento de galerías, veía una sobre todo, una que conocía mejor que las demás, y cuya puerta abría y cerraba su pequeño Carl.

Llegada la noche, la guardia de día subía para ser remplazada por la guardia nocturna; pero su hijo no recuperaba el puesto en el cubeto. Se dirigía a la cuadra, buscaba a su querido Blair-Athol y le servía su ración de avena y su provisión de heno; luego se comía su cena de fiambre que le entregaban desde arriba, jugaba un instante con su musgáño, que permanecía inmóvil a sus pies, y con sus dos murciélagos, que revoloteaban pesadamente a su alrededor, y se dormía sobre el montón de paja.

¡Qué bien conocía la señora Bauer todo esto, y cómo comprendía con medias palabras todos los detalles que le proporcionaba Carl!

—¿Sabe usted, madre, lo que me dijo ayer el ingeniero señor Maulesmülhe...? Me dijo que si contestaba bien a sus preguntas de aritmética, que me formularía uno de estos días, me emplearía para sostener la cadena del arreo cuando él levante sus planos en la mina sirviéndose de la brújula. Parece ser que van a horadar una galería para comunicar con el pozo Weber, y habrá que hacer todo lo posible por quedar bien...

—¿De veras? —exclamaba, encantada, la señora Bauer—. ¿El ingeniero señor Maulesmülhe ha dicho eso...?

Y se representaba ya a su hijo teniendo la cadena, a lo largo de las galerías, en tanto que el ingeniero, con su cuaderno en la mano, hacía anotaciones, y, con la mirada fija en la brújula, determinaba la dirección del taladro.

—Desgraciadamente —continuó Carl— no tengo a nadie que me explique lo que no comprendo en mi aritmética, y temo contestar mal...

Entonces, Marcelo, que fumaba silenciosamente junto al fuego, amparado en el derecho que su calidad de huésped le confería, intervino en la conversación para decir al niño:

—Si quieres indicarme qué es lo que no entiendes, acaso pueda yo explicártelo.

—¿Usted? —preguntó la señora Bauer, con cierta incredulidad.

—Desde luego —respondió Marcelo—. ¿Cree usted que no aprendo nada en el transcurso de la tarde donde voy regularmente después de cenar...? El profesor está muy contento de mí, y dice que podré servir de instructor...

Establecidos estos principios, Marcelo fue a su habitación para proveerse de un cuaderno en blanco, se colocó junto al muchacho, le preguntó dónde estaba la dificultad de su problema y se lo explicó con tanta claridad, que Carl, maravillado, no volvió a tener ningún tropiezo.

A partir de aquel día, la señora Bauer guardó más consideración a su huésped, y Marcelo se encariñó con su pequeño camarada.

Por otra parte, Marcelo se portaba como un obrero ejemplar, y no había tardado en ser ascendido, primeramente a la segunda clase y luego a la primera. Todas las mañanas, a las siete, estaba en la puerta o. Todas las noches, después de cenar, asistía a la conferencia que explicaba el ingeniero Trubner. Geometría, álgebra, dibujo de figura y de máquinas: todo lo intentaba con igual ardor, y sus progresos eran tan rápidos que el profesor quedó impresionado vivamente. Dos meses después de haber ingresado en la fábrica de Schultze, el joven obrero estaba ya considerado como una de las inteligencias más despiertas, no sólo del sector O, sino de toda la Ciudad del Acero. Un informe de su jefe inmediato, expedido al final del trimestre, contenía esta mención formal:

«Schwartz (Johann), de veintiséis años, obrero fundidor de primera clase. Debo notificar a la administración central que este individuo es excepcional, en el triple aspecto de los conocimientos teóricos, de la habilidad práctica y del espíritu de invención más caracterizado.»

Se necesitaba, sin embargo, una circunstancia extraordinaria para que Marcelo acabase de llamar la atención de sus jefes. Esta circunstancia no dejó de producirse —como ocurre siempre, tarde o temprano—. Desgraciadamente, fue en las condiciones más trágicas.

Un domingo por la mañana, Marcelo, bastante extrañado de oír dar las diez sin que su amiguito Carl hubiese aparecido, bajó a preguntar a la señora Bauer si ella conocía la causa de aquel retraso. La encontró muy inquieta. Carl debía estar en la casa a las diez lo más tarde. Viendo su ansiedad, Marcelo se ofreció a ir en busca de noticias, y partió en dirección al pozo Albrecht.

En el camino, encontró a varios mineros, y no dejó de preguntar a uno solo si habían visto al muchacho. Después de haber recibido una respuesta negativa y de haber cambiado con ellos el *Glück auf!* —buena suerte!— que constituye el saludo de los hulleros alemanes, Marcelo prosiguió su camino.

Llegó a eso de las once al pozo Albrecht. Su aspecto no era tumultuoso y animado como en el resto de la semana. Sólo una joven «modista» —tal es el nombre que dan los mineros a las escogedoras de carbón— charlaba con el marcador, a quien retenía su deber, aun en aquel día festivo, a la boca del pozo.

—¿Ha visto usted salir al pequeño Carl Bauer, número 41.902? —preguntó Marcelo a aquel funcionario.

Éste consultó su lista y sacudió la cabeza.

—¿Acaso tiene alguna otra salida la mina?

—No; sólo ésta —respondió el marcador—. La «hendidura» que está en dirección norte no ha sido acabada aún.

—¿Entonces el muchacho está abajo?

—Necesariamente; y, en efecto, es muy raro, porque en domingo sólo deben permanecer los cinco guardianes especiales.

—¿Puedo bajar para enterarme?

—Sin permiso, no.

—Puede haber ocurrido un accidente —dijo entonces la «modista».

—¡No hay accidente posible en domingo!

—¡Pero es preciso que me entere de lo que le ha pasado a ese muchacho!

—Diríjase al capataz de la máquina, que está en su despacho..., si es que está todavía...

El capataz, con su magnífico traje de domingo, ostentando una camisa de cuello tan duro como el hierro, se había retrasado, afortunadamente, haciendo cuentas. Hombre inteligente y humanitario, participó al punto de la inquietud de Marcelo.

—Vamos a ver de qué se trata —dijo.

Y dando orden al mecánico de servicio de que se dispusiese a hacer funcionar el cable, determinó bajar a la mina con el joven obrero.

—¿No lleva usted los aparatos Galibert? —preguntó éste—. Podrían ser útiles...

—Tiene usted razón. Nunca se sabe lo que puede pasar en el fondo del agujero...

El contraamaestre sacó de un armario dos receptáculos de cinc, semejantes a las cántaras que llevan a la espalda en París los vendedores de «coco». Eran unos depósitos de aire comprimido que se ponían en comunicación con los labios por medio de dos tubos de caucho, cuya embocadura de asta se afianzaba entre los dientes. Se llenaban con la ayuda de fuelles especiales, contruidos de manera que pudieran vaciarse por completo. Con la nariz oprimida entre unas pinzas de madera, se puede penetrar impunemente, con una provisión de aire, en la atmósfera más irrespirable

Acabados los preparativos, el capataz y Marcelo se introdujeron en el cubeto, el cable se deslizó por las poleas y comenzó el descenso. Alumbrados por dos lamparitas eléctricas, ambos hablaban mientras se hundían en las profundidades de la tierra.

—Para no ser un hombre del oficio, tiene usted bastante sangre fría —decía el capataz—. He conocido personas que no pueden decidirse a bajar y quedarse acurrucados como conejos en el fondo del cubeto.

—¿De veras? —respondió Marcelo—. Pues a mí no me causa sensación ninguna... Verdad es que he descendido dos o tres veces a las hulleras...

Bien pronto estuvieron en el fondo del pozo. Un guardián que se hallaba en la rotonda de llegada no había visto tampoco al pequeño Carl.

Se dirigieron a la cuadra. Los caballos estaban solos y parecía que se aburrían lamentablemente. Tal era, por lo menos, la conclusión que podía obtenerse al oír el relincho de bienvenida con que Blair-Athol recibió a aquellas tres figuras humanas. De un clavo pendía el bolso de Carl, y en su rinconcito, junto a una almohaza, yacía su libro de aritmética.

Marcelo observó al punto que su linterna no estaba allí, nueva prueba de que el niño debía de hallarse en la mina.

—Puede haber sido sorprendido por un derrumbamiento —dijo el capataz—, aunque no es probable... ¿Qué tendría que hacer en las galerías de explotación, en un domingo...?

—¡Ah! Acaso haya ido a buscar insectos, antes de salir —respondió el guardián—. Siente por ellos una verdadera pasión.

El mozo de cuadra, que habla llegado entre tanto, confirmó esta suposición. Había visto salir a Carl, antes de las siete, con su linterna.

Sólo quedaba, pues, dedicarse a efectuar minuciosas pesquisas.

Se llamó a silbidos a los demás guardianes, se distribuyó la tarea teniendo a la vista un gran plano de la mina, y cada uno, provisto de su lámpara, comenzó la exploración de las galerías de segundo y de tercer orden que le habían sido asignadas.

Al cabo de dos horas se había pasado revista a todas las regiones de la hullera, y los siete hombres se encontraban de nuevo en la rotonda. En ninguna parte había el menor indicio de derrumbamiento, y tampoco en ninguna parte se advertía la menor huella de Carl. El capataz, dominado, quizá, por el apetito, opinaba que el niño podía haber pasado inadvertido y encontrarse, sencillamente, en la casa; pero Marcelo, convencido de lo contrario, insistió en que se hiciesen nuevas pesquisas.

—¿Qué es esto? —dijo, señalando en el plano una región punteada que, en medio de la precisión de los detalles próximos, se parecía a esas *terreae ignotae* que los geógrafos señalan en los confines de los continentes árticos.

—Es la zona provisionalmente abandonada, a causa del enrarecimiento de la capa explotable —respondió el capataz.

—¿Hay una zona abandonada...? Entonces, es preciso buscar allí —dijo Marcelo, con una autoridad que produjo su efecto en los demás hombres.

No tardaron en llegar al orificio de las galerías que, a juzgar por el aspecto viscoso y enmohecido de sus paredes, debían, en efecto, haber sido abandonadas desde hacía varios años.

Hacia ya algún tiempo que transitaban por ellas sin descubrir nada sospechoso, cuando Marcelo los detuvo y les dijo:

—¿No se sienten mareados y con dolor de cabeza?

—¡Sí! ¡Es verdad! —respondieron sus acompañantes.

—Por lo que a mí respecta, hace un instante que me siento medio aturdido. Seguramente, aquí hay ácido carbónico... ¿Me permite usted que encienda una cerilla? —preguntó al capataz.

—Encienda, muchacho; no tenga inconveniente en ello.

Marcelo sacó del bolsillo una fosforera, frotó en ella una cerilla, y, agachándose, acercó la llamita al suelo. Inmediatamente se apagó.

—Estaba seguro —dijo—. Como es más pesado que el aire, el gas se mantiene a ras del suelo... No se queden ustedes aquí (me refiero a los que no traen aparatos Galibert). Si usted quiere, maestro, nosotros solos continuaremos buscando.

Establecido el convenio en tal sentido, Marcelo y el capataz se colocaron entre los dientes la embocadura de sus cajas de aire, se pusieron las pinzas en las narices y se internaron en una serie de viejas galerías. Al cabo de un cuarto de hora, volvían a salir para renovar el aire de los receptáculos. Realizada esta operación, entraron de nuevo.

A la tercera vez, sus esfuerzos fueron, por fin, coronados por el éxito. Un débil resplandor azulado —el de una lámpara eléctrica— apareció a lo lejos, en la sombra. Acudieron allí...

Junto a la húmeda pared, yacía, inmóvil y ya frío, el pobrecito Carl. Sus labios amoratados, su faz inyectada, su pulso enmudecido, explicaban, a más de su actitud, lo que había pasado.

Habría querido recoger algo del suelo, se había agachado, y se había ahogado materialmente en el gas ácido carbónico.

Fueron inútiles cuantos esfuerzos se hicieron para volverle a la vida. Había sobrevenido la muerte hacía ya cuatro o cinco horas. Al día siguiente, por la tarde, existía una tumba más en el cementerio nuevo de Stahlstadt, y la señora Bauer, la pobre mujer, se quedaba sin su hijo, como se había quedado también sin marido...

## CAPÍTULO VII

## EL BLOQUE CENTRAL

Una luminosa certificación del doctor Echternach, médico jefe de la sección del pozo Albrecht, confirmó que la muerte de Carl Bauer, número 41.902, de trece años de edad, «portero» de la galería 228, había sido debida a la asfixia, como consecuencia de la absorción por los órganos respiratorios de una gran cantidad de ácido carbónico.

Otra certificación, no menos luminosa, del ingeniero Maulesmülhe, exponía la necesidad de someter a un sistema de aireación la zona B del plano XIV, cuyas galerías dejaban transpirar gas deletéreo por una especie de destilación lenta e insensible.

Por último, una nota del mismo funcionario ponía de manifiesto ante la autoridad competente la abnegación del capataz Rayer y del fundidor de primera clase Johann Schwartz.

Ocho o diez días después, cuando llegó a la caseta del portero para obtener su ficha de presencia, encontró una orden impresa con su dirección, y que decía así:

«El llamado Schwartz se presentará hoy a las diez en el despacho del director general. Bloque central, puerta y camino A. Permanencia en el exterior.»

«¡Por fin! —pensó Marcelo—. Es función del tiempo, pero todo llega.»

A la sazón, había adquirido, en sus conversaciones con los camaradas y en sus paseos de los domingos por los alrededores de Stahlstadt, cierto conocimiento de la organización general de la ciudad, suficiente para comprender que la autorización para penetrar en el Bloque central no era cosa corriente. A este respecto, se habían divulgado verdaderas



leyendas. Se decía que unos indiscretos, al pretender introducirse por sorpresa en aquel recinto reservado, no habían vuelto a aparecer; que los obreros y empleados habían sido sometidos, antes de su admisión, a toda una serie de ceremonias masónicas, habían sido obligados a prestar juramento solemne comprometiéndose a no revelar nada de cuanto allí pasase, y serían castigados despiadadamente con la muerte, por un tribunal secreto, los que violasen su juramento... Un ferrocarril subterráneo ponía a aquel santuario en comunicación con la línea de circunvalación... Unos trenes nocturnos conducían a visitantes desconocidos... A veces, se celebraban consejos supremos a los que acudían unos personajes misteriosos para tomar parte en las deliberaciones...

Sin dar demasiado crédito a todos estos relatos, Marcelo sabía que, en suma, eran la expresión popular de un hecho perfectamente real: la extremada dificultad que había para penetrar en la división central. De todos los obreros a quienes conocía —tenía algunos amigos entre los mineros del hierro y entre los carboneros, entre los afinadores y entre los empleados de los altos hornos, entre los brigadieres, los carpinteros y los forjadores— ni uno solo había franqueado nunca la puerta A.

Aquello, pues, constituía para él una curiosidad profunda y un placer íntimo que a la sazón iba a satisfacer. Bien pronto pudo asegurarse de que las precauciones no podían ser más severas.

Desde luego, Marcelo era esperado. Dos hombres vestidos con uniforme gris, y con sable al costado y revólver a la cintura, se hallaban en la caseta del portero. Esta caseta, como la de la hermana tornera de un convento, tenía dos puertas, una al exterior y otra al interior, que no se abrían nunca al mismo tiempo.

Examinado y visado el pasaporte, Marcelo, sin manifestar sorpresa alguna, vio que le presentaban un pañuelo blanco, con el que los dos acólitos de uniforme le vendaron cuidadosamente los ojos.

Cogiéndole después de un brazo, echaron a andar sin pronunciar una palabra.

Después de haber andado unos dos o tres mil pasos, subieron una escalera, se abrió una puerta y se volvió a cerrar, y Marcelo fue autorizado para quitarse la venda.

Se encontraba entonces en una sala muy sencilla, amueblada con algunas sillas, una mesa negra y una amplia tabla de dibujo de monte, provista de todos los instrumentos necesarios para el dibujo lineal. La luz entraba por altas ventanas de vidrieras esmeriladas.

Casi inmediatamente, dos personajes de aspecto universitario entraron en la estancia.

—Está usted considerado como un individuo distinguido —dijo uno de ellos—. Vamos a examinarle, para ver si puede admitírsele en la división de modelos. ¿Está usted dispuesto a responder a nuestras preguntas?

Marcelo contestó diciendo con modestia que estaba dispuesto a sufrir el examen.

Los dos examinadores le hicieron entonces algunas preguntas sobre química, geometría y álgebra. El joven obrero les satisfizo en todo por la claridad y precisión de sus respuestas. Las figuras que trazaba con la tiza en la pizarra eran claras, fáciles y elegantes. Sus ecuaciones se alineaban, menudas y apretadas, formando renglones iguales como columnas de un regimiento de elegidos. Una de sus demostraciones fue, incluso, tan notable y tan nueva para sus jueces, que le expresaron su asombro preguntándole dónde la había aprendido.

—En Schaffusa, que es mi país; en la escuela primaria.

—Parece que es usted buen dibujante.

—Esa era mi mejor habilidad.

—Decididamente, la educación que se da en Suiza es muy notable —dijo uno de los examinadores al otro—. Vamos a dejarle a usted por dos horas para que ejecute este dibujo —prosiguió, entregando al candidato un corte de máquina de vapor bastante complicado—.

Si lo hace usted bien, será admitido con la calificación de *Perfectamente satisfecho y fuera de línea...*

Cuando se quedó solo, Marcelo se entregó con ardor a la tarea.

Cuando volvieron sus jueces al expirar el plazo de rigor, se quedaron maravillados del dibujo y otorgaron la calificación prometida: *No poseemos otro dibujante de tanto talento.*

El joven obrero fue recuperado entonces por los acólitos vestidos de gris, y, mediante el mismo ceremonial, esto es, con los ojos vendados, fue conducido al despacho del director general.

—Ha sido usted propuesto para uno de los talleres de dibujo de la división de modelos —le dijo aquel personaje—. ¿Está usted dispuesto a someterse a las condiciones del reglamento?

—No las conozco —contestó Marcelo—; pero supongo que serán aceptables.

—Son éstas: Primera. Quedará usted obligado, mientras dure su contrato, a residir en la misma división, sin que pueda salir de ella, como no sea con autorización especial y completamente excepcional. Segunda. Quedará usted sometido al régimen militar, y guardará obediencia absoluta a sus superiores, bajo las penas militares. Asimismo, quedará usted asimilado a los suboficiales de un ejército en activo, y podrá alcanzar, mediante sucesivos ascensos, los más altos cargos. Tercera. Se comprometerá, mediante juramento, a no revelar nunca a nadie lo que vea en el departamento de la división a que se le destine. Cuarta. Su correspondencia será abierta por sus jefes jerárquicos, tanto a la salida como a la llegada, y deberá limitarse a su familia.

«Sencillamente, que quedará preso», pensó Marcelo.

Luego respondió con naturalidad:

—Me parecen justas esas condiciones, y estoy dispuesto a someterme a ellas.

—Bien. Levante la mano... Preste juramento... Queda usted nombrado dibujante del cuarto taller... Se le asignará alojamiento, y, en cuanto a la comida, aquí tiene usted una cantina de primer orden... ¿No se ha traído usted sus enseres?

—No, señor; ignorante de lo que se quería de mí, los dejé en la casa de huéspedes.

—Se irá a buscarlos, pues ya no debe usted saludar la división.

«He hecho bien en escribir mis notas en lenguaje cifrado —pensó Marcelo—. Ahora no tendrían más que encontrarlas, y...»

Antes de finalizar el día, Marcelo estaba instalado en una linda habitacioncita, en el cuarto piso de un edificio con un amplio patio, y había podido adquirir una idea preliminar de lo que iba a ser su nueva vida.

No parecía que iba a ser tan triste como creyó en un principio. Sus compañeros —los conoció en el restaurante— eran, en general, tranquilos y pacíficos, como todos los hombres de trabajo. Para procurar alegrarse un poco —pues faltaba la alegría en aquella vida automática— varios de ellos habían formado una orquesta, y todas las tardes daban buenos conciertos. Una biblioteca y un salón de lectura ofrecían al espíritu preciosos recursos, desde el punto de vista científico, durante las escasas horas de descanso. Unos cursos especiales, explicados por profesores de gran mérito, eran obligatorios para todos los empleados, que, además, eran sometidos a exámenes y a concursos frecuentes. Pero la libertad y el aire faltaban en aquel reducido ambiente. Aquello era como un colegio para hombres hechos y derechos y con muchas más severidades. La atmósfera no dejaba, pues, de pesar sobre aquellos espíritus, aunque estaban muy acostumbrados a una férrea disciplina.

Acabó el invierno con aquellos trabajos, a los cuales se había entregado Marcelo en cuerpo y alma. Su asiduidad, la perfección de sus dibujos y los progresos extraordinarios de su instrucción, reconocidos unánimemente por todos los profesores y todos los

examinadores, le habían valido ser considerado en poco tiempo, entre aquellos hombres laboriosos, como una celebridad relativa. Con el consentimiento general, él era el dibujante más hábil, más ingenioso y más fecundo en recursos. Si existía alguna dificultad, se recurría a él. Los mismos jefes acudían a su experiencia con el respeto que el mérito obtiene siempre de la envidia más arraigada.

Mas aunque el joven, cuando llegó a lo más recóndito de la división de modelos, creyó poder penetrar sus secretos íntimos, nada estaba más lejos de ello.

Se pasaba la vida encerrado tras una reja de hierro de trescientos metros de diámetro, que estaba rodeada por el segmento del Bloque central, al que había sido destinado. Intelectualmente, su actividad podía y debía extenderse a las ramas más lejanas de la industria metalúrgica.

En la práctica, se había limitado a los dibujos de máquinas de vapor. Las construía de todas las dimensiones y de todos los procedimientos, para toda clase de industrias y de usos, para buques de guerra y para prensas de imprimir... Pero no salía de esta especialidad. La distribución del trabajo, llevado al extremo límite, le encerraba en un círculo vicioso.

Después de transcurridos cuatro meses en la sección A, Marcelo no sabía más acerca del conjunto de las obras realizadas en la Ciudad del Acero que antes de entrar en ella. Cuando más, había obtenido algunos detalles generales acerca de la organización, de la cual —a pesar de sus méritos— no era más que un engranaje casi ínfimo. Sabía que el centro de la tela de araña formada por Stahlstadt era la Torre del Toro, especie de construcción ciclópea que dominaba todos los edificios próximos. Se había enterado también —todo ello mediante los relatos legendarios de la cantina— de que la habitación personal de Herr Schultze se encontraba en la base de aquella torre, y de que el famoso gabinete secreto ocupaba el centro. Decíase, además, que aquella sala abovedada, garantizada contra todo peligro de incendio y blindada interiormente como lo está exteriormente un monitor, se cerraba mediante un sistema de puertas de acero con cerraduras ametralladoras, dignas de la más custodiada banca. La opinión generalizada era, además, la de que Herr Schultze trabajaba en el perfeccionamiento de una máquina de guerra terrible y de un efecto sin precedente, destinada a asegurar bien pronto a Alemania la dominación universal.

Para acabar de penetrar el misterio, Marcelo había ideado en vano los proyectos más audaces de escalo y de disfraz. Había tenido que reconocer que no podían practicarse. Aquellas líneas de murallas sombrías y macizas, iluminadas durante la noche por oleadas de luz y vigiladas por centinelas experimentados, opondrían siempre a sus esfuerzos un obstáculo infranqueable. ¿Llegaría siquiera a poder relacionar todo cuanto viese...? ¡Detalles, sólo detalles, y jamás su conjunto...!

No importaba. Se había propuesto no ceder, y no cedería. Si era preciso estar allí diez años, esperaría los diez años: ya llegaría la hora en que se apoderara del secreto. Lo necesitaba. France-Ville prosperaría entonces, hermosa ciudad cuyas instituciones bienhechoras favorecían a todos y cada uno de sus habitantes, mostrando un horizonte nuevo a los pueblos desalentados... Marcelo no dudaba que, ante semejante éxito de la raza latina, Schultze no conseguiría nunca convertir en realidades sus amenazas. La misma Ciudad del Acero y los trabajos que en ella se realizaban eran una prueba de aquello.

Transcurrieron algunos meses.

Un día, en marzo, volvía Marcelo, por milésima vez, de renovar aquel juramento de Aníbal, cuando uno de los acólitos vestidos de gris le informó de que el director general tenía que hablarle.

—He recibido de Herr Schultze —le dijo este alto funcionario— la orden de que le envíe a nuestro mejor dibujante. Ese es usted. ¿Quiere recoger sus enseres para pasar al círculo interno...? Ha sido usted promovido al grado de teniente.

Así, pues, en el mismo momento en que desconfiaba de su éxito, el efecto lógico y natural de un trabajo heroico le otorgaba aquella admisión tan deseada... Quedó Marcelo tan embargado por el júbilo, que no pudo contener la expresión de este sentimiento en su fisonomía.

—Tengo la satisfacción de haberle anunciado esta inmejorable noticia —prosiguió el director—, y no puedo por menos de animarle a que continúe por el camino que ha emprendido tan valerosamente. Le espera a usted un porvenir brillantísimo. ¡Vaya usted con Dios!

Por fin, después de tan prolongada espera, entreveía Marcelo que iba a lograr el objeto que se había propuesto alcanzar.

Introducir en su maleta todos sus vestidos, seguir a los hombres vestidos de gris y franquear, por último, aquel recinto cuya única entrada en el camino A hubiera podido quedarle prohibida por mucho tiempo, fue para Marcelo cosa de algunos minutos.

Estaba al pie de aquella inaccesible Torre del Toro, de la que sólo había visto hasta entonces la altiva cabeza, perdida a lo lejos entre las nubes...

El espectáculo que se extendía ante él era uno de los más extraños. Imagínese a un hombre transportado súbitamente, sin transición, del ambiente de un taller europeo, ruidoso y frívolo, al fondo de la selva virgen de la zona tórrida. Tal era la sorpresa que esperaba a Marcelo en el centro de Stahlstadt.

Por supuesto, que una selva virgen puede haber sido vista a través de las descripciones hechas por los escritores célebres, en tanto que el parque de Herr Schultze era el jardín más especial que pueda idearse. Las palmeras más esbeltas, los plátanos más frondosos, los cactus más desarrollados formaban la espesura. Las lianas se enrollaban elegantemente a los finos eucaliptos, formando verdes festones o cayendo como cabelleras opulentas. Las plantas más inverosímiles florecían en aquel terreno. Los ananás y las guayabas maduraban junto a las naranjas. Los colibríes y las aves del paraíso exultaban en pleno aire las riquezas de sus plumajes. Por último, hasta la temperatura era allí tan tropical como la vegetación.

Marcelo buscaba con los ojos las estufas y los caloríferos que producían aquel milagro, y, asombrado de no ver más que el cielo azul, permaneció estupefacto por un instante.

Luego, recordó que no lejos de allí había una hullera en combustión permanente, y comprendió que Herr Schultze había utilizado ingeniosamente aquellos tesoros de calor subterráneo para proporcionarse, por medio de tubos metálicos, una temperatura constante de invernáculo.

Pero esta explicación, procedente de la inteligencia del joven alsaciano, no impidió que sus ojos quedasen deslumbrados y encantados ante el verdor de los crecidos musgos, y su olfato maravillado con la delicia de los aromas que saturaban la atmósfera. Después de haber pasado seis meses sin haber visto una brizna de hierba, se tomaba el desquite. Una avenida arenada le condujo por una pendiente insensible al pie de una magnífica escalinata de mármol, dominada por un majestuoso columnario. Detrás, se erguía la enorme mole de un gran edificio cuadrangular, que era como el pedestal de la Torre del Toro. Bajo aquel peristilo, Marcelo distinguió a siete u ocho criados con librea roja y a un portero con tricornio y alabarda. Entre las columnas, vio ricos candelabros de bronce, y, cuando subía la escalinata, un a modo de ligero gruñido le reveló que el ferrocarril subterráneo pasaba bajo sus pies.

Llamó Marcelo, y fue inmediatamente admitido en un vestíbulo que era un verdadero museo de escultura. Sin tener tiempo de detenerse ante él, atravesó un salón de rojo y oro, luego un salón de negro y oro, y llegó a un salón de amarillo y oro, donde el lacayo que le acompañaba le dejó solo cinco minutos. Por último, fue introducido en un espléndido gabinete de trabajo de verde y oro.

Herr Schultze en persona, fumando en una larga pipa de barro, junto a un bock de cerveza, hacía, en medio de aquel lujo, el efecto de una mancha de barro sobre una bota embetunada.

Sin levantarse, sin volver siquiera la cabeza, el Rey del Acero dijo fríamente y con naturalidad:

—¿Es usted el dibujante?

—Sí, señor.

—He visto sus trabajos. Están muy bien. Pero, ¿no sabe usted hacer más que máquinas de vapor?

—Nunca me han mandado hacer otra cosa.

—¿Conoce usted algo de balística?

—La he estudiado por gusto durante mis ratos de ocio.

Esta respuesta le llegó al corazón a Herr Schultze. Entonces se dignó mirar a su empleado.

—Se encargará usted de dibujar un cañón con mi ayuda... ¡Veremos cómo lo hace usted...! ¡Ah...! Se tomará el trabajo de substituir a ese imbécil de Shone, que se ha matado esta mañana, manejando un saquito de dinamita... ¡El muy animal podía habernos hecho volar a todos!

Hay que reconocerlo: aquella falta de consideración en boca de Herr Schultze, no resultaba demasiado indignante.

## CAPÍTULO VIII

## LA CAVERNA DEL DRAGÓN

El lector que siga los progresos de la suerte del joven alsaciano no quedará sorprendido, probablemente, al encontrarle perfectamente situado, al cabo de algunas semanas, en familiaridad con Herr Schultze. Ambos se habían hecho inseparables. Juntos hacían sus trabajos y sus comidas, daban sus paseos por el parque y fumaban en sus respectivas pipas, ante sendos bocks de cerveza. Jamás el ex profesor de Jena había encontrado un colaborador que estuviese tan de acuerdo con él, que le comprendiese, por decirlo así, con medias palabras y que supiese utilizar con tanta rapidez sus explicaciones teóricas.

No sólo poseía Marcelo un mérito trascendental en todas las ramas del oficio; era también el mejor compañero, el trabajador más asiduo y el inventor más modestamente fecundo.

Herr Schultze estaba encantado con él. Diez veces al día se decía, *in petto*:  
«¡Qué hallazgo...! ¡Qué perla es este muchacho!»

La verdad es que Marcelo se había penetrado desde el primer momento del carácter de su terrible patrón. Había visto que su facultad primordial era el egoísmo, un egoísmo inmenso, omnívoro, que se manifestaba exteriormente en una vanidad feroz, y se consagraba con toda religiosidad a regularizar su conducta en todo instante y por encima de todo.

En pocos días el joven alsaciano se había adueñado de tal modo del manejo de aquel teclado, que había llegado a pulsar a Schultze como se pulsa un piano. Su táctica consistía, sencillamente, en poner de manifiesto, siempre que le era posible, su propio mérito, pero de manera que le quedase siempre al otro una ocasión para establecer su superioridad sobre él.

Por ejemplo: Acababa un dibujo, que había salido perfecto, menos en un detalle tan fácil de ver como de corregir y que el ex profesor señalaba inmediatamente con exaltación.

Cuando concebía una idea teórica, procuraba hacerla nacer en la conversación, de suerte que Herr Schultze pudiese creer haberla descubierto. Algunas veces, incluso, iba más lejos, diciendo, por ejemplo:

—He trazado el plano de ese buque de tajamar practicable que me encargó usted.

—¿Yo? —preguntaba Herr Schultze, que no había pensado siquiera en semejante cosa.

—Sí... ¿Ya lo había usted olvidado...? Un tajamar desmontable, que deje en el blanco del enemigo un torpedo fusiforme, el cual deberá estallar después de transcurrido un intervalo de tres minutos...

—Lo había olvidado en absoluto... ¡Tengo tantas ideas en el cerebro...!

Y Herr Schultze se embolsaba conscientemente la paternidad del nuevo invento.

Después de todo, quizá sólo fuese hecha a medias esta maniobra. En el fondo, es probable que considerase a Marcelo más fuerte que él; pero, por una de esas misteriosas fermentaciones que se operan en los cerebros humanos, le ocurría que se contentaba

cómodamente con «parecer» superior, y, sobre todo, con hacerle creer que lo era a su subordinado.

«¡Qué torpe está, a pesar de su inteligencia, esta mañana!», se decía, algunas veces en silencio, dejando al descubierto, en una muda carcajada, las treinta y dos «fichas de dominó» de sus mandíbulas.

Por otra parte, su vanidad encontraba bien pronto una escala de compensación: ¡Sólo él en el mundo podía realizar aquella especie de sueños industriales...! ¡Aquellos sueños sólo tenían valor por él y para él! Después de todo, Marcelo no era más que un engranaje del organismo que él, Schultze, había sabido crear, etcétera...

Con todo, no «desembuchaba», como suele decirse. Después de cinco meses de estancia en la Torre del Toro, Marcelo no sabía más de lo que sabía antes, acerca de los misterios del Bloque central. En verdad, sus sospechas se habían convertido casi en certidumbre. Cada vez estaba más convencido de que Stahlstadt ocultaba un secreto, y de que a Herr Schultze le guiaba otra finalidad bien distinta de la del lucro. La naturaleza de sus preocupaciones y la de su misma industria, hacían infinitamente verosímil la hipótesis de que habría inventado cualquier nueva máquina de guerra.

Pero la palabra del enigma continuaba siempre oscura...

Marcelo se dijo bien pronto que no la obtendría sino mediante una crisis, y, no viéndola llegar, se decidió a provocarla.

Era el 5 de setiembre por la tarde, después de la comida. Un año antes, por aquella misma fecha, había encontrado en el pozo Albrecht el cadáver de su amiguito Carl.

A lo lejos, el prolongado y rudo invierno de aquella Suiza americana cubría aún todo el campo con su manto blanco. Pero, en el parque de Stahlstadt, la temperatura era tan tibia como en junio, y la nieve, deshecha antes de tocar al suelo, se depositaba en forma de rocío, en vez de caer en copos.

—Estas salchichas con berzas están deliciosas, ¿no es verdad? —hizo observar Herr Schultze, a quien los millones de la Begún no habían hartado de su manjar favorito.

—Deliciosas —respondió Marcelo, que comía heroicamente todas las tardes, si bien había acabado por tomar horror a aquel plato.

Las intolerancias de su estómago terminaron por decidirle a intentar la prueba que estaba ideando.

—Yo me pregunto cómo los pueblos que no tienen salchichas, ni berzas, ni cerveza pueden tolerar la existencia —añadió Schultze, exhalando un suspiro.

—La vida debe constituir para ellos un prolongado suplicio —respondió Marcelo—. Verdaderamente, constituirá una prueba de humanitarismo el reunirlos a todos en el Vaterland...

—¿Eh...? ¡Todo llegará, todo llegará! —exclamó el Rey del Acero—. Ya estamos aquí, instalados en el corazón de América... Que nos dejen tomar una isla o dos por los alrededores del Japón, y verá usted cómo sabremos hacernos dueños del globo...

El lacayo había llevado las pipas. Herr Schultze llenó la suya y la encendió. Marcelo había escogido con premeditación aquel momento cotidiano de completa beatitud.

—He de confesar —añadió, después de un instante de silencio— que no creo mucho en esa conquista...

—¿Qué conquista? —preguntó Herr Schultze, que no estaba ya al tanto de la conversación.

—La conquista del mundo hecha por los alemanes.

El ex profesor de Jena creyó que había entendido mal.

—¿No cree usted en la conquista del mundo hecha por los alemanes?

—No.

—¡Ah, caramba, qué torpe es usted...! Me gustaría conocer los motivos de esa duda...

—Sencillamente, porque los artilleros franceses acabarían por hacerlo mejor y derrotarles a ustedes... Los suizos, mis compatriotas, que los conocen bien, tienen la idea fija de que un francés avisado vale por dos... Lo de 1870 es una lección que se volverá contra ellos. Nadie lo duda en mi país, y, si he de decirlo todo, ésa es la opinión de los hombres más entendidos en Inglaterra.

Marcelo profirió estas palabras con un tono frío, seco y tajante que duplicó, si era posible, el efecto que semejante blasfemia, dirigida al centro del blanco, debía producir en el Rey del Acero.

Herr Schultze quedó sofocado, rabioso, aniquilado. Le subió la sangre al rostro con tal violencia, que el joven temió haber llegado demasiado lejos. Viendo, no obstante, que su víctima, después de haberle faltado poco para ahogarse de rabia, no se moría en el acto, prosiguió:

—Sí; resulta enojoso comprobarlo, pero así es. Si nuestros rivales no hacen ruido, es porque están dedicados a la tarea... ¿Cree usted que no han aprendido nada, después de la guerra...? Mientras nosotros nos dedicamos estúpidamente a aumentar el peso de nuestros cañones, tenga usted por seguro que ellos se preparan de nuevo y nos sorprenderán en la primera ocasión que se les presente...

—¡De nuevo! ¡De nuevo! —balbució Herr Schultze—. ¡Y nosotros también!

—¡Ah, sí...! ¡Eso decimos...! Rehacemos en acero lo que nuestros antepasados hicieron en bronce, y eso es todo... Duplicamos el tamaño y el alcance de nuestras piezas...

—¿Las duplicamos? —interrogó Herr Schultze, con una entonación que parecía significar:

«En realidad, hacemos más que duplicarlas...»

—En el fondo —continuó Marcelo—, no somos más que unos plagiarios... Mire: ¿quiere usted que le diga la verdad? Nos falta la facultad de la invención. No descubriremos nada, y los franceses, sí. ¡No le quepa a usted duda!

Herr Schultze había recobrado un poco de aparente calma. Sin embargo, le temblaban los labios, y la palidez que había sucedido a la rojez apoplética de su faz ponía bien de manifiesto los sentimientos que lo agitaban.

¿Podía llegarse a aquel grado de humillación? Llamarse Schultze, ser el dueño absoluto de la mejor fábrica y de la primera fundición de cañones del mundo, ver a sus pies a los reyes y los parlamentos, y oír que un ínfimo dibujante suizo le decía que le faltaba inventiva, que estaba por debajo de un artillero francés... Y eso, teniendo a su lado, detrás del espesor de un muro blindado, con qué confundir mil veces a aquel impúdico bellaco, cerrarle la boca y aniquilar sus estúpidos argumentos... ¡No; no era posible soportar semejante suplicio!

Herr Schultze se levantó con un movimiento tan brusco, que rompió la pipa. Luego, contemplando a Marcelo con una mirada llena de ironía y apretando los dientes, le dijo, o, más bien, le silbó estas palabras:

—Sígame usted, que voy a demostrarle que a mí, Herr Schultze, no me falta inventiva.

Marcelo había hecho un buen juego; pero había ganado, gracias a la sorpresa producida por un lenguaje tan audaz y tan inesperado; gracias a la violencia del despecho que había provocado la vanidad, la cual era superior en el ex profesor que la prudencia. Schultze estaba sediento de revelar su secreto, y, como a pesar suyo, penetrando en su gabinete de trabajo cuya puerta cerró con cuidado, fue derecho a su biblioteca y retiró un estante. Inmediatamente apareció en la pared una abertura que estaba oculta por una



hilera de libros. Era la entrada de un estrecho pasadizo que, por una escalera de piedra, conducía al mismo pie de la Torre del Toro.

Allí, quedó abierta una puerta de roble con la ayuda de una llavecita que nunca abandonaba el patrón. Apareció una segunda puerta, cerrada por un candado silábico, de esos que sirven para las cajas de caudales. Herr Schultze formó la palabra correspondiente, y abrió el pasado batiente de hierro que, interiormente, estaba provisto de un aparato complicado, con máquinas explosivas, que Marcelo, sin duda por curiosidad profesional, hubiera querido examinar. Pero su guía no le dejó tiempo para ello.

Ambos se encontraban entonces ante una tercera puerta, sin cerradura aparente, que se abrió mediante un simple empujón, producido, por supuesto, según determinadas reglas.

Franqueado aquel triple atrincheramiento, Herr Schultze y su acompañante i tuvieron que subir las doscientas gradas de una escalera de hierro, y llegaron a lo alto de la Torre del Toro, que dominaba toda la ciudad de Stahlstadt.

Sobre aquella torre de granito, cuya solidez podía ser puesta a toda prueba, aparecía una especie de casamata con varias troneras. En el centro de la casamata, aparecía un cañón de acero.

—¡Mire! —dijo el profesor, que no había pronunciado una palabra en todo el trayecto.

Aquella era la mayor pieza de sitio que había visto Marcelo. Debía pesar, por lo menos, trescientos mil kilogramos, y se cargaba por la culata. El diámetro de su boca medía metro y medio. Colocada en una cureña de acero y rodando sobre rieles al mismo metal, hubiera podido ser manejada por un niño: tan fáciles resultaban sus movimientos mediante un sistema de ruedas dentadas. Un resorte compensador, situado detrás de la cureña, tenía por objeto anular el retroceso, o, por lo menos, producir una reacción rigurosamente igual, y volver a colocar automáticamente la pieza, después de cada disparo, en su posición primitiva.

—¿Y cuál es la potencia de perforación de esa pieza? —preguntó Marcelo, que no pudo por menos de admirar aquella máquina.

—A veinte mil metros, con un proyectil cargado, podemos horadar una plancha de cuarenta pulgadas con tanta facilidad como si se tratara de una rebanada de pan con mantequilla.

—¿Cuál es su alcance?

—¡Su alcance! —exclamó Schultze, entusiasmado—. ¡Ah...! ¡Diga usted ahora que nuestro genio imitador no ha hecho otra cosa que duplicar el alcance de los cañones actuales...! Pues bien; con este cañón, me encargo de hacer llegar un proyectil a diez leguas de distancia.

—¡Diez leguas! —exclamó Marcelo—. ¡Diez leguas! ¿Qué clase de pólvora emplearía usted, entonces?

—¡Oh...! ¡Ahora puedo decírselo todo! —respondió Herr Schultze, con una entonación particular—. Ya no tengo inconveniente en revelarles mis secretos... La pólvora corriente ha pasado ya a la historia... Lo que yo utilizo es el fulmicotón, cuyo poder expansivo es cuatro veces superior al de la pólvora ordinaria, poder que llego a quintuplicar aún añadiéndole las ocho décimas partes de su peso de nitrato de potasa...

—Pero ninguna pieza —hizo observar Marcelo—, aunque estuviese construida con el mejor acero del mundo, podría resistir la deflagración de ese piróxilo... Su cañón, después de tres, cuatro o cinco disparos, quedará deteriorado, y hasta inutilizado...

—Aunque no se pudiese hacer más que un disparo; con ese solo, bastaría...

—¡Costaría muy caro!

—Un millón, que es el precio de coste de la pieza.

—¡Un disparo de un millón!

—¿Qué importa, si puede destruir a un millar de millones?

—¡Un millar de millones! —exclamó Marcelo.

Sin embargo, se contuvo para no dejar escapar el horror unido a la admiración que le inspiraba aquel prodigioso agente de destrucción. Después, añadió;

—Desde luego que es una asombrosa y maravillosa pieza de artillería; pero, a pesar de todos sus méritos, justifica en absoluto mi tesis; es un perfeccionamiento de la imitación, y no una invención...

—¿No es una invención? —preguntó Herr Schultze, encogiéndose de hombros—. ¡Le repito que ya no tengo secretos para usted...! ¡Venga!

El Rey del Acero y su acompañante, abandonando la casamata, volvieron a bajar al piso inferior, que se comunicaba con la plataforma por medio de montacargas hidráulicos. Allí se veía un cierto número de objetos alineados, de forma cilíndrica, que, a lo lejos, podían ser tomados por cañones desmontados.

—¡Aquí están nuestros obuses! —dijo satisfecho Herr Schultze.

Esta vez, tuvo que reconocer Marcelo que aquellas máquinas no se parecían en nada a las que él conocía.

Eran enormes tubos de dos metros de largo y un metro y diez centímetros de diámetro, revestidos exteriormente con una envoltura de plomo, para que pudieran adaptarse al rayado de la pieza, cerrados por detrás con una plancha de acero claveteada, y por delante con una punta de acero ojival, provista de un botón de percusión.

¿Cuál era la naturaleza especial de aquellos obuses? Nada en su aspecto podía determinarlo. Sólo se presentía que debían contener en su interior algún explosivo terrible y que debía sobrepasar a todo cuanto en semejante materia se conocía hasta entonces.

—¿No lo adivina usted? —preguntó Herr Schultze, al ver que Marcelo se había quedado silencioso.

—¡A fe mía que no...! ¿Para qué se quiere un obús tan grande y tan pesado (al menos en apariencia)?

—La apariencia es engañosa —respondió Herr Schultze—, y el peso no difiere sensiblemente de lo que pesaría un obús ordinario del mismo calibre... ¡Vaya, hay que decírselo todo...! Es un obús-cohete de vidrio, revestido de madera de roble, cargado, a setenta y dos atmósferas de presión interior, de ácido carbónico líquido. La caída determina la explosión de la envoltura y la conversión del líquido en estado gaseoso... Consecuencia: un frío de cerca de cien grados bajo cero en toda la zona vecina, y, al mismo tiempo, la mezcla de un enorme volumen de gas ácido carbónico en el ambiente. Todo ser vivo que se encuentre dentro de un radio de treinta metros, partiendo del punto de la explosión, queda al mismo tiempo congelado y asfixiado. Digo a treinta metros, por adoptar una base de cálculo; pero la acción se extiende en realidad a una distancia mucho mayor, quizá a ciento o doscientos metros de radio. Circunstancia más ventajosa aún: como el gas ácido carbónico permanece durante mucho tiempo en las capas inferiores de la atmósfera, a causa de que su peso es superior al del aire, la zona dañada conserva sus propiedades sépticas durante varias horas después de la explosión, y todo ser que intente penetrar en aquélla perecerá infaliblemente. ¡Es un cañonazo de efecto a la vez instantáneo y duradero! De suerte que, con mi sistema, no hay heridos; sólo hay muertos.

Herr Schultze experimentaba un placer manifiesto en enumerar los méritos de su invención. Su buen humor había vuelto; estaba rojo de orgullo, y enseñaba todos sus dientes.

—Vea usted aquí —añadió— un número suficiente de bocas de fuego que bastarían para una ciudad sitiada. Supongamos una pieza por una hectárea de superficie, o sea, para

una ciudad de mil hectáreas, cien baterías de diez piezas, convenientemente establecidas. Supongamos, además, que todas nuestras piezas están en posición, cada una con la puntería hecha, en una atmósfera tranquila y favorable, y, por último, que se da la señal general por medio de un hilo eléctrico. Al cabo de un minuto, no quedará un ser vivo en una superficie de mil hectáreas... ¡Un verdadero océano de ácido carbónico habrá sumergido a la ciudad! Sin embargo, ésta es una idea que se me ocurrió el año pasado, al leer el informe médico sobre la muerte accidental de un niño en el pozo Albrecht... Ya había tenido la primera inspiración en Nápoles, cuando visité la Gruta del Perro<sup>4</sup>. Pero era preciso que sucediese aquel hecho para que mi inteligencia cobrase el impulso definitivo... Se ha enterado usted bien, ¿no es cierto...? ¡Un océano artificial de ácido carbónico puro...! Por supuesto, una proporción de un quinto de ese gas basta para hacer el aire irrespirable...

Marcelo no pronunciaba una palabra. Había quedado verdaderamente reducido al silencio. Herr Schultze vio tan definitivo su triunfo, que no quiso abusar de él.

—Sólo un detalle me contraría —dijo.

—¿Cuál? —preguntó Marcelo.

—Que no he conseguido suprimir el ruido de la explosión. Esto le presta a mi cañonazo mucha analogía con un cañonazo vulgar... Piense un poco en lo que supondría si llegase a obtener un cañonazo silencioso... ¡Una muerte súbita, acaecida sin ruido a cien mil hombres a la vez, en una noche agradable y serena...!

El ideal encantador que evocaba dejó pensativo a Herr Schultze, y acaso su ensimismamiento, que no era más que una inmersión profunda en un baño de amor propio, se hubiera prolongado por mucho tiempo, si Marcelo no le hubiese interrumpido con la siguiente observación:

—¡Muy bien, caballero, muy bien...! Pero mil cañones de esta clase cuestan mucho tiempo y dinero...

—¿Dinero...? ¡Nadamos en él...! ¿Tiempo...? ¡El tiempo es nuestro...!

Y, en realidad, aquel germano, el último de su escuela, creía que era cierto lo que decía.

—Bien —pronunció Marcelo—. Su obús cargado de ácido carbónico no es absolutamente nuevo, puesto que se deriva de los proyectiles asfixiantes, conocidos desde hace muchos años... Sin embargo, puede ser eminentemente destructor; no lo niego... Sólo que...

—¿Qué?

—Que resulta ligero con relación a su volumen, y jamás alcanzará más allá de la distancia de diez leguas...

—Sólo está hecho para alcanzar a dos leguas —respondió Herr Schultze, sonriendo—. Pero aquí tiene usted un proyectil de fundición —añadió, señalando a otro obús—. Este está cargado, y contiene cien cañoncitos simétricamente dispuestos, embutidos los unos en los otros, como los tubos de un antejo, y que, después de haber sido lanzados como proyectiles, se convierten de nuevo en cañones, para vomitar a su vez pequeños obuses cargados de materias incendiarias... Es como si se lanzase al espacio una batería que pudiese llevar el incendio y la muerte a toda una ciudad, cubriéndola de una lluvia de fuego inextinguible... Puede tener el peso que se quiera, con el fin de que llegue a alcanzar a las

---

<sup>4</sup> La Gruta del Perro, situada en los alrededores de Nápoles, debe su nombre a la curiosa propiedad que posee su atmósfera de asfixiar a un perro o a un cuadrúpedo cualquiera, puesto en cuatro patas, sin causar mal alguno a un hombre puesto de pie. Esta propiedad se debe a una capa de gas ácido carbónico de cerca de sesenta centímetros, cuyo peso específico la mantiene a ras del suelo. (N. del A.)

diez leguas de que he hablado... Y, dentro de poco, se hará la experiencia, de manera que los incrédulos podrán tocar los cien mil cadáveres que quedarán en tierra...

Las «fichas de dominó» brillaban en aquel momento con tan insoportable brillo en la boca de Herr Schultze, que Marcelo sintió el más violento deseo de romperle por lo menos una docena. Sin embargo, tuvo fuerzas para contenerse. ¡No estaba aún más que al comienzo de lo que debía escuchar!

En efecto; Herr Schultze continuó:

—Le he dicho que dentro de poco se intentará una prueba decisiva...

—¿Cómo...? ¿Dónde? —exclamó Marcelo.

—¿Cómo...? ¡Con uno de esos obuses, que franqueará la cadena de Cascade-Mounts, lanzado por mi cañón de la plataforma...! ¿Dónde...? En una ciudad de la que nos separan unas diez leguas, que no puede esperarse semejante trueno, y que, aunque lo esperase, no podría evitar sus fulminantes resultados... Estamos a 5 de setiembre... Pues bien; el 13, a las once y cuarenta de la noche, France-Ville desaparecerá del suelo americano... ;El incendio de Sodoma habrá encontrado su igual ..! ¡El profesor Schultze habrá desencadenado todo el fuego del cielo desde su torre...!

Esta vez, ante una declaración tan inesperada, toda la sangre de Marcelo afluyó al corazón. Afortunadamente, Herr Schultze no se dio cuenta de lo que le pasaba.

—¡Ya ve usted! —continuó con la mayor naturalidad—. Aquí hacemos lo contrario de lo que hacen los inventores de France-Ville... Buscamos el secreto de abreviar la vida de los hombres, en tanto que ellos buscan el medio de alargarla... Pero su obra está condenada; porque es de la muerte, sembrada por nosotros, de donde debe nacer la vida... Sin embargo, toda tiene su finalidad en la naturaleza, y el doctor Sarrasin, al fundar una ciudad aislada, ha puesto sin darse cuenta, a mi alcance, el más magnífico campo de experiencias...

Marcelo no podía creer lo que acababa de oír.

—¡Pero los habitantes de France-Ville no le han hecho a usted nada! —dijo, con una voz involuntariamente temblorosa, que llamó por un instante la atención del Rey del Acero—. Que yo sepa, no tiene usted ningún motivo para buscar pendencia con ellos...

—Querido —respondió Herr Schultze—: en el fondo de su cerebro (bien organizado en otras manifestaciones) hay un fondo de ideas célticas que le perjudicarían mucho si hubiese de vivir mucho tiempo... El derecho, el bien y el mal son cosas puramente relativas y por completo convencionales. Sólo son absolutas las grandes leyes naturales. La ley de concurrencia vital lo es del mismo modo que la de gravitación. Querer sustraerse a ella es una insensatez; acomodarse a ella y obrar en el sentido que nos indica, es razonable y bueno, y por eso destruiré la ciudad del doctor Sarrasin... Gracias a mi cañón, mis cincuenta mil alemanes acabarán fácilmente con los cien mil soñadores que constituyen allá un grupo condenado a perecer...

Comprendiendo la inutilidad de querer razonar con Herr Schultze no trató ya de convencerle.

Ambos abandonaron entonces la habitación de los obuses, cuyas puertas secretas fueron vueltas a cerrar, y bajaron de nuevo al comedor.

Con la mayor naturalidad del mundo, Herr Schultze se llevó el bock de cerveza a los labios, tocó un timbre, ordenó que le llevasen otra pipa para sustituir la que se había roto, y preguntó al lacayo:

—¿Están ahí Arminio y Sigimer?

—Sí, señor.

—Diles que continúen al alcance de mi voz.

Cuando el doméstico hubo abandonado el comedor, el Rey del Acero, volviéndose hacia Marcelo, le miró frente a frente.

Éste no bajó los ojos ante aquella mirada, que había adquirido una dureza metálica.

—¿De veras —dijo— ejecutará usted ese proyecto?

—De veras. Conozco la situación de France-Ville, con la precisión de cerca de una décima de segundo, en longitud y latitud, y el 13 de setiembre, a las once y cuarenta y cinco de la noche, habrá dejado de existir.

—Quizá debió usted de conservar ese plan absolutamente secreto.

—Querido —respondió Herr Schultze—: decididamente, usted no conoce la lógica; lo cual me induce a lamentar menos que haya usted de morir tan joven.

Al oír estas últimas palabras, Marcelo se puso en pie.

—¿Cómo no ha comprendido usted —añadió fríamente Herr Schultze— que nunca hablo de mis proyectos sino a aquellos que nunca podrán revelarlos?

Volvió a sonar el timbre. Arminio y Sigimer —dos gigantes— aparecieron en la puerta de la estancia.

—Ha querido usted conocer mi secreto —dijo Herr Schultze—, y ya lo conoce usted... Ahora, no le queda más que morir.

Marcelo no respondió.

—Es usted demasiado inteligente —prosiguió Herr Schultze— para suponer que puedo dejarle vivir, ahora que sabe usted a qué atenerse acerca de mis proyectos... Sería una ligereza imperdonable, y sería ilógico... La grandeza de mi finalidad me prohíbe comprometer su éxito por una consideración de valor relativo y tan nimio como la vida de un hombre, aun tratándose de un hombre como usted, querido, cuya buena organización cerebral estimo particularmente... Así, pues, lamento, en verdad, que un pequeño impulso de amor propio me haya llevado demasiado lejos, y me ponga ahora en la necesidad de suprimirle... Pero usted debe comprenderlo; ante mis intereses, a los cuales me he consagrado, no ha lugar a dar preferencia a los sentimientos... Ya puedo decírselo: por haber penetrado mi secreto es por lo que murió su antecesor, y no por la explosión de un saquito de dinamita... ¡La regla es absoluta, y es preciso que yo sea inflexible...! No puedo modificar nada.

Marcelo contemplaba a Herr Schultze. En el sonido de su voz y en la obstinación bestial de aquel calvo cráneo, comprendió que estaba perdido. Así, pues, ni siquiera se tomó la molestia de protestar.

—¿Cuándo moriré, y de qué muerte? —preguntó.

—No se preocupe por ese detalle —respondió tranquilamente Herr Schultze—. Morirá usted, pero se le evitará todo sufrimiento... Cualquier mañana no volverá usted a despertar... Eso es todo.

A una señal del Rey del Acero, Marcelo se vio conducido y llevado a su habitación, cuya puerta quedó guardada por los gigantes.

¡Y cuando de nuevo se vio solo, pensó, temblando de angustia y de ira, en el doctor, en todos los suyos, en todos sus compatriotas, en todos aquellos a quienes amaba...!

—La muerte que me espera es lo de menos —se dijo—; pero el peligro que les amenaza, ¿cómo conjurarlos...?

## CAPÍTULO IX

## UN PLAN DE EVASIÓN

La situación, en efecto, era excesivamente grave. ¿Qué podía hacer Marcelo, cuyas horas de existencia estaban contadas, y acaso llegase su última noche con la puesta del sol?

No durmió ni un instante, no por temor a no volver a despertarse, como le había dicho Herr Schultze, sino porque su imaginación no podía abandonar a Ville-France, amenazada por aquella inminente catástrofe.

—¿Qué intentaré? —se repetía—. ¿Destruir ese cañón...? ¿Volar la torre que lo contiene...? ¿Y cómo podrá hacerlo...? ¡Huir...! ¡Huir, cuando mi habitación está guardada por esos dos colosos...! Además, aunque consiguiese, antes del día 13 de setiembre, abandonar Stahlstadt, ¿cómo impediría lo que va a ocurrir...? ¡Sí...! Ya que no puedo salvar a nuestra querida ciudad, podré, al menos, salvar a sus habitantes; llegar hasta ellos y decirles: ¡Huid! ¡Huid sin demora! ¡Estáis amenazados de muerte por el fuego y por el hierro...! ¡Huid todos...!»

Luego, las ideas de Marcelo tomaban otro rumbo.

«¡Ese miserable Schultze! —pensaba—. Aun suponiendo que haya exagerado los efectos destructores de su obús, y no pueda quedar cubierta por ese fuego inextinguible la ciudad entera, es seguro que un solo disparo puede incendiar a una parte considerable... ¡Es una máquina horrible la que ha imaginado, y, a pesar de la distancia que separa a las dos ciudades, ese formidable cañón podrá hacer llegar hasta la nuestra su proyectil...! ¡Una velocidad inicial veinte veces superior a la velocidad obtenida hasta ahora...! ¡Algo así como diez mil metros o sea dos leguas y media por segundo...! ¡Casi la tercera parte de la velocidad con que la Tierra recorre su órbita...! ¿Será posible...? ¡Sí, sí...! ¡Si su cañón no estalla al primer cañonazo...! ¡Y no estallará, porque está construido con un metal cuya resistencia para la detonación es casi infinita...! ¡El tunante conoce exactamente la situación de Ville-France...! ¡Sin salir de su antro, asestará su cañón con una precisión matemática, y, como ha dicho, el obús irá a caer en el mismo centro de la ciudad...! ¿Cómo prevenir a los infortunados habitantes...?»

Marcelo no había logrado cerrar los ojos, cuando reapareció la luz del día. Abandonó entonces el lecho, en el cual había estado echado durante todo aquel insomnio febril.

—¡Vaya! —se dijo—. ¡La próxima noche será...! ¡Ese verdugo, que quiere evitarme todo sufrimiento, esperará, sin duda, a que el sueño, haciendo desaparecer en él su inquietud, se apodere de mí! ¡Y entonces...! ¿Qué muerte me reservará...? ¿Pensará matarme con una inhalación de ácido prúsico mientras duerma...? ¿Introducirá en mi habitación ese gas ácido carbónico de que dispone a discreción...? ¿No lo empleará, más bien, en estado líquido, como lo introduce en sus obuses de vidrio, cuya súbita conversión al estado gaseoso produce un frío de cien grados...? ¡Al día siguiente, en mi lugar, en vez de este cuerpo vigoroso, bien construido, pleno de vida, sólo se encontrará una momia seca, helada, endurecida...! ¡Ah, el miserable...! Pues bien; que se seque mi corazón, si es preciso; que se extinga mi vida en esa insostenible temperatura; pero que mis amigos, que el doctor Sarrasin y su familia, y Juana, ¡mi Juanita!, puedan ser salvados... Ahora bien; para eso, es preciso que me escape... ¡Pues me escaparé...!»

Al pronunciar esta última frase, Marcelo, con un movimiento instintivo, aunque debía creerse encerrado, puso la mano en la cerradura de la puerta.

Con extrema sorpresa suya, la puerta se abrió, y él pudo descender, como de costumbre, al jardín por donde ordinariamente se paseaba.

—¡Ah! —exclamó—. ¡Estoy prisionero en el bloque central, pero no lo estoy en mi habitación...! ¡Esto ya es algo!

Pero apenas estuvo fuera, vio Marcelo que, aunque libre en apariencia, no podía dar un paso sin ser seguido por los dos personajes que respondían a los nombres históricos —o más bien prehistóricos— de Arminio y de Sigimer.

Más de una vez se había preguntado ya, al encontrarlos a su paso, cuál podría ser la misión de aquellos dos colosos con casaca gris, cuellos de toro, bíceps hercúleos y semblantes recubiertos por espesos bigotes y frondosas patillas.

Su misión la conocía ahora... Eran los ejecutores de las sentencias dictadas por Herr Schultze, y, además, sus guardias de corps personales.

Aquellos dos gigantes no le perdían de vista. Se acostaban a la puerta de su habitación, e iban siempre detrás de él cuando salía por el parque. Un formidable armamento de revólveres y de puñales, que formaba parte de los uniformes, acentuaba más aún aquella vigilancia.

Además, eran mudos como peces. Habiendo querido Marcelo entablar con ellos conversación, buscando así un efecto diplomático, no había obtenido más respuesta que unas miradas feroces. Hasta el ofrecimiento de un bock de cerveza, que con cierta razón consideraba irresistible, fue infructuoso. Después de quince horas de observación, únicamente pudo descubrirles un vicio —uno solo—, el de la pipa: se tomaban la libertad de estar fumando continuamente. ¿Podría Marcelo explotar aquel único vicio en su provecho...? No lo sabía; no podía aún imaginárselo, pero se había jurado a sí mismo huir, y no debía descuidar nada que pudiese favorecer su evasión.

Esta le urgía. Pero, ¿cómo lograrla...?

Al menor intento de insubordinación o de huida, Marcelo estaba seguro de que recibiría dos balazos en la cabeza. Suponiendo que errasen los disparos, se encontraba, además, en el centro de una triple línea fortificada, bordeada por una triple muralla de centinelas.

Siguiendo su antigua costumbre, el ex alumno de la Escuela Central se había planteado en la imaginación el problema como un matemático.

«Supongamos a un hombre vigilado por unos esbirros sin escrúpulos, individualmente más fuertes que él, y, además, armados hasta los dientes. En primer término, se trata de que este hombre pueda sustraerse a la vigilancia de sus guardianes. Conseguido esto, queda por resolver cómo salir de una plaza fuerte cuyos accesos están rigurosamente vigilados...»

Cien veces se repitió este problema, y cien veces tropezó con la imposibilidad de resolverlo.

La extrema gravedad de la situación, ¿fustigó, por fin, con el supremo trallazo a sus facultades inventivas...? ¿Fue sólo producto de la casualidad el hallazgo...? Ello sería difícil de saber.

El caso es que, al día siguiente, mientras Marcelo se paseaba por el parque, sus ojos se detuvieron, cuando hubo llegado junto a un arriate, en un arbusto cuyo aspecto llamó su atención.

Era una planta de pobre aspecto, herbácea, de hojas alternas, ovales, agudas y geminadas, con grandes flores rojas en forma de campanillas monopétalas y sustentadas por un pedúnculo axilar.

Marcelo, que nunca se había ocupado de la botánica sino como un aficionado, creyó, no obstante, reconocer en aquel arbusto la fisonomía característica de la familia de las

solanáceas. Casualmente arrancó una hoja y la aplastó un poco, continuando luego su paseo.

No se había equivocado. Una pesadez de todos los miembros, acompañada de un comienzo de náuseas, le advirtió bien pronto que tenía a su alcance un laboratorio natural de belladona, es decir, el más activo de los narcóticos.

Paseando, llegó hasta un pequeño lago artificial que se extendía hacia el sur del parque, y que abastecía, hacia una de sus extremidades, una cascada vilmente copiada de la del Bosque de Bohemia.

«¿Adónde va a parar el agua de esta cascada?», se preguntó Marcelo.

Formaba un pequeño río que, después de haber descrito una docena de curvas, desaparecía en el límite del parque.

Debía, pues, haber allí una vertiente, y, según toda apariencia, el río escapaba a ella, engrosando unos canales subterráneos que iban a regar la llanura, fuera de Stahlstadt.

Marcelo entrevió allí una puerta de salida. Desde luego, no era una puerta cochera, pero era una puerta.

«¿Y si el canal estuviese cerrado por rejas de hierro?», objetó la voz de la prudencia.

«Quien nada arriesga, nada consigue... Las limas no se han inventado para serrar el corcho, y las hay excelentes en el laboratorio», replicó otra voz irónica: la que dicta las resoluciones atrevidas.

En dos minutos quedó adoptada la decisión de Marcelo. Una idea —lo que se llama una idea— se le había ocurrido; idea irrealizable, quizá, pero que intentaría poner en práctica, si la muerte no le sorprendía antes.

Volvió entonces sin afectación hacia el arbusto de flores rojas, y arrancó dos o tres hojas, de suerte que sus guardianes no pudiesen sospechar nada al verle.

Luego, una vez que hubo Vuelto a Su habitación, puso a secar las hojas junto al fuego, las oprimió en sus manos para picarlas y las mezcló con su tabaco, ejecutando todo esto ostensiblemente.

Durante los seis días siguientes, Marcelo, con extrema sorpresa por su parte, se despertó todas las mañanas. Herr Schuitze, a quien ya no veía ni encontraba nunca durante sus paseos, ¿habría renunciado, pues, a su proyecto de deshacerse de él...? No; ni tampoco al proyecto de destruir la ciudad del doctor Sarrasin...

Marcelo aprovechó, pues, la indulgencia que se le había concedido, y todos los días renovó su maniobra. Cuidaba bien, por supuesto, de no fumar belladona, y, a tal efecto, tenía dos paquetes de tabaco: uno para su uso personal, y el otro destinado a su manipulación cotidiana. Su objeto consistía, sencillamente, en despertar la curiosidad de Arminio y de Sigimer. Como fumadores empedernidos que eran, aquellos dos brutos debían llegar bien pronto a fijarse en el arbusto cuyas hojas arrancaba él, a imitar su operación y a intentar saborear el gusto que aquella mezcla proporcionaba al tabaco.

El cálculo era exacto, y el efecto previsto se produjo mecánicamente, por decirlo así.

Al sexto día —era la víspera del fatal 13 de setiembre—, Marcelo, mirando de reojo y sin volverse para no ser descubierto, tuvo la satisfacción de ver que sus guardianes hacían una provisión de hojas verdes.

Una hora más tarde se aseguró que las ponían a secar al fuego, las frotaban entre sus gruesas manos y las mezclaban con su tabaco. Parecían relamerse de gusto por anticipado.

¿Sólo se proponía Marcelo dormir a Arminio y Sigimer? No. No hubiera sido suficiente para escapar a su vigilancia. Era preciso, además, encontrar la posibilidad de pasar por el canal, a través del agua que se vertía en él, aunque aquel canal midiese varios kilómetros de largo. Ahora bien; el medio imaginado por Marcelo presentaba diez



probabilidades de perecer contra una; pero el sacrificio de su vida estaba decretado ya, puesto que había sido condenado.

Llegó la noche, y con la noche la hora de la cena, luego la hora del último paseo. El inseparable trío emprendió el camino del parque.

Sin vacilar, sin perder un minuto, Marcelo se dirigió deliberadamente hacia un edificio que se elevaba junto a un arriate y que no era otro sino el taller de los modelos. Eligió un banco apartado, llenó su pipa y empezó a fumar.

Inmediatamente, Arminio y Sigimer, que tenían sus pipas dispuestas, se instalaron en otro banco próximo y comenzaron a aspirar bocanadas enormes.

El efecto del narcótico no se hizo esperar.

No habían transcurrido cinco minutos cuando los dos ingentes teutones bostezaban y se desperezaban reiteradamente, como osos enjaulados; sus semblantes pasaron del rosa al rojo cereza; sus brazos cayeron inertes; sus cabezas se doblaron sobre el respaldo del banco...

Las pipas rodaron por el suelo.

Finalmente, dos ronquidos sonoros fueron a unirse cadenciosos al gorjeo de los pájaros que un verano perpetuo retenía en el parque de Stahlstadt.

Marcelo sólo esperaba aquel momento. Ya se comprenderá con cuánta impaciencia, puesto que, al día siguiente, a las once y cuarenta y cinco de la noche, France-Ville, condenada por Herr Schultze, habría dejado de existir.

Marcelo entró con precipitación en el taller de los modelos. Aquel vasto salón encerraba todo un museo. Allí había un sinfín de obras maestras: reducciones de máquinas hidráulicas, locomotoras, máquinas de vapor, locomóviles, bombas neumáticas, turbinas, perforadoras, máquinas marítimas, cascos de navíos... Eran los modelos en madera de todo cuanto había construido la fábrica Schultze, desde su fundación, y podrá, por tanto, suponerse que no faltaban allí los cañones, los torpedos y los obuses.

La noche era oscura, y, por consiguiente, propicia al temerario proyecto que el joven alsaciano había decidido poner en ejecución. Al mismo tiempo que iba a preparar su plan de evasión, quería aniquilar el museo de los modelos de Stahlstadt. ¡Ah, si hubiera podido destruir también, con la casamata y el cañón que contenía, la enorme e indestructible Torre del Toro...! Pero no quería pensar en ello.

El primer cuidado de Marcelo fue el de coger una sierrecita de acero, propia para serrar el hierro, que había en un montón de herramientas, y echársela al bolsillo. Luego, frotando una cerilla que sacó de la caja, sin que su mano vacilase por un instante, llevó la llama a un rincón de la sala donde aparecían amontonados unos dibujos y frágiles modelos de madera de abeto.

Luego salió.

Un instante después, el incendio, alimentado por todas aquellas materias combustibles, proyectaba intensas llamas por entre las ventanas de la sala. Inmediatamente sonó el timbre de alarma, y una corriente eléctrica puso en movimiento los demás timbres de los diversos barrios de Stahlstadt, y los bomberos, arrastrando sus máquinas de vapor, acudieron de todas partes.

En el mismo momento, aparecía Herr Schultze, cuya presencia tenía por objeto animar a todos los trabajadores.

Al cabo de algunos minutos, las calderas de vapor habían sido puestas a presión, y las poderosas bombas funcionaban con rapidez. Vertían un diluvio de agua en las paredes y hasta en el techo del museo de modelos; pero el fuego, más potente que el agua, la cual, por decirlo así, se evaporaba a su contacto en lugar de extinguirlo, atacó en poco tiempo a los diferentes puntos del edificio a la vez. Al cabo de cinco minutos había adquirido tal

intensidad, que podía renunciarse a toda esperanza de dominarlo. El espectáculo que ofrecía aquel incendio era grandioso y terrible.

Marcelo, oculto en un rincón, no perdía de vista a Herr Schultze, que dirigía a sus hombres como para realizar el asalto de una ciudad. Por otra parte, nada podía hacerse para atajar la acción del fuego. El museo de modelos estaba aislado en el parque, y era seguro que ardería por completo.

En aquel instante, Herr Schultze, viendo que no podía salvarse nada de cuanto había en aquel edificio, dejó oír estas palabras, pronunciadas con voz atronadora :

—¡Cincuenta mil pesetas para el que salve el modelo número 3.175, encerrado en la vitrina del centro!

Aquel modelo era, precisamente, el del famoso cañón perfeccionado por Schultze, más apreciado por él que todos los demás objetos coleccionados en el museo.

Pero para salvar aquel modelo era preciso exponerse a una lluvia de fuego, a través de una atmósfera de humo negro que debía de ser irrespirable. ¡Existían diez probabilidades de quedarse allí contra una! Así, pues, a pesar del incentivo de las cincuenta mil pesetas, nadie respondía al llamamiento de Herr Schultze.

Un hombre se presentó entonces.

Era Marcelo.

—Yo iré —dijo.

—¡Usted! —exclamó Herr Schultze.

—¡Yo!

—Sepa usted que eso no le libraré de la sentencia de muerte que ha sido pronunciada contra usted.

—No tengo la pretensión de substraerme a ella, sino la de arrancar de la destrucción ese precioso modelo.

—Vaya, pues —pronunció Herr Schultze—, y le juro que, si lo consigue, las cincuenta mil pesetas serán fielmente entregadas a sus herederos.

—Convenido —respondió Marcelo.

Habían llevado varios aparatos «Galibert», que estaban siempre preparados para casos de incendio, los cuales permiten penetrar en los ambientes irrespirables. Marcelo ya había hecho uso de ellos, cuando había intentado salvar de la muerte al pequeño Carl, el hijo de la señora Bauer.

Uno de aquellos aparatos, cargado de aire bajo una presión de varias atmósferas, fue colocado inmediatamente sobre su espalda. Con la pinza fija en la nariz y la embocadura de los tubos en la boca, se precipitó entre el humo.

«¡Por fin! —se dijo—. ¡Tengo aire en el recipiente para un cuarto de hora...! ¡Quiera Dios que sea bastante!»

Como fácilmente podrá imaginarse, Marcelo no pensaba ni con mucho en salvar el modelo de cañón Schultze. No hizo más que atravesar, con peligro de su vida, la sala llena de humo, bajo una lluvia de antorchas ignescentes y de vigas calcinadas que, por milagro, no le alcanzaron, y, en el momento en que el techo se derrumbaba en medio de un derroche de chispas como fuegos artificiales que el viento hacía subir hasta las nubes, salía por una puerta opuesta que se abría hacia el parque.

Correr hacia el riachuelo, recorrer toda la orilla hasta la vertiente desconocida que había de conducirlo fuera de Stahlstadt y sumergirse en ella sin vacilación, todo fue para Marcelo obra de algunos segundos.

Una rápida corriente lo condujo entonces a una masa de agua que fluía a siete u ocho pies de profundidad. No tenía necesidad de orientarse, pues ¡a corriente lo conducía como

si la atravesase el hilo de Ariadna. Casi inmediatamente, se dio cuenta de que había entrado en un pequeño canal, una especie de tubo que el caudal del riachuelo llenaba por completo.

«¿Cuál será la longitud de este tubo? —se preguntó Marcelo—. ¡Todo depende de eso! Si no lo he atravesado dentro de un cuarto de hora, me faltará el aire y estaré perdido...»

Marcelo conservaba toda su sangre fría. Transcurridos diez minutos desde que era transportado así por la corriente, tropezó con un obstáculo.

Era una reja de hierro con goznes que cerraba el canal.

«¡Debía temerlo!», se dijo Marcelo, con naturalidad.

Y sin perder un segundo, sacó la sierra del bolsillo, y comenzó a serrar el cerrojo por la parte de la izquierda.

Cinco minutos de trabajo no habían bastado para hacer saltar aquel cerrojo. La reja continuaba cerrada con obstinación. Marcelo respiraba ya con dificultad extrema. El aire, muy rarificado en el depósito, sólo le llegaba en una cantidad insuficiente. Los zumbidos de los oídos, la sangre que le afluía a los ojos, la congestión que le oprimía la cabeza, todo indicaba que una inminente asfixia iba a acabar con él. Resistía, sin embargo; contenía la respiración, a fin de consumir lo menos posible de aquel oxígeno que tan mal podían soportar sus pulmones... ¡Pero el cerrojo no cedía, aunque estaba ya casi partido...!

En aquel momento se le escapó la sierra.

«¡Dios no puede estar contra mí!», pensó.

Y sacudió la reja con ambas manos, desarrollando ese vigor que proporciona el supremo instinto de conservación.

La reja se abrió. El cerrojo estaba roto, y la corriente se llevó al infortunado Marcelo, casi ahogado por completo y pretendiendo aspirar las últimas moléculas de aire del recipiente.

Al siguiente día, cuando la gente de Herr Schultze entró en el edificio enteramente devorado por el incendio, no encontró entre los escombros ni entre las ardientes cenizas ningunos restos humanos. El ex profesor estaba seguro, no obstante, de que el valeroso obrero había sido víctima de su abnegación. Lo cual no extrañaba a los que le habían conocido en los talleres de la fábrica.

El tanpreciado modelo no había podido ser salvado; pero el hombre que poseía los secretos del Rey del Acero había muerto.

«El cielo es testigo de que yo quería evitarle todo sufrimiento —se dijo tranquilamente Herr Schultze—. Después de todo, obtengo una economía de cincuenta mil pesetas...»

¡Y ésta fue toda la oración fúnebre que dedicó al joven alsaciano!

## CAPÍTULO X

UN ARTICULO DE *UNSERE CENTURIE*, REVISTA ALEMANA

Un mes antes de la época en que se desarrollaban los acontecimientos que quedan relatados, una revista, de cubierta color salmón, intitulada *Unserer Centurie* (Nuestro Siglo), publicaba el artículo siguiente, acerca de France-Ville, artículo que fue particularmente saboreado por los espíritus delicados del imperio germánico, quizá porque no pretendía estudiar aquella ciudad sino desde el punto de vista material:

«Ya hemos enterado a nuestros lectores del extraordinario fenómeno que se ha producido en la costa occidental de Estados Unidos. La gran república americana, gracias a la proporción considerable de emigrantes que contiene su población, ha acostumbrado al mundo, desde hace mucho tiempo, a una serie sucesiva de sorpresas. Y la última y más singular es, por cierto, la de una ciudad llamada France-Ville, cuyo proyecto ni siquiera existía hace cinco años, y que hoy está floreciente, habiendo alcanzado de pronto el más alto grado de prosperidad.

»Esta ciudad maravillosa ha surgido como por encanto, en la embalsamada costa del Pacífico. No examinaremos si, como se asegura, el plan primitivo y la primitiva idea pertenece a un francés —el doctor Sarrasin—. Ello es posible, dado que este médico puede atribuirse un parentesco lejano con nuestro ilustre Rey del Acero. Incluso —dicho sea de paso— se agrega que la captación de una herencia considerable, que pertenecía legítimamente a Herr Schultze, no ha sido extraña a la fundación de France-Ville. En todas partes donde se hace algún bien en el mundo, puede asegurarse que se encuentra una semilla germánica; esta es una verdad de cuya comprobación nos enorgullecemos en la ocasión presente. Y, sea como sea, debemos dar a nuestros lectores los detalles precisos y auténticos acerca de la vegetación espontánea de una ciudad modelo.

»Que no se busque este nombre en el mapa. Ni siquiera el gran Atlas en trescientos setenta y ocho volúmenes infolio da nuestro eminente Tuchtigmann, donde están consignados con una exactitud rigurosa todos los macizos y bosques de árboles del antiguo, y del nuevo mundo, ni aun ese monumento grandioso de la ciencia geográfica aplicada al arte del explorador contiene todavía la menor huella de France-Ville. En el sitio donde se eleva ahora la ciudad nueva existía hace cinco años una llanura desierta. Corresponde exactamente al punto indicado en el mapa por los 43° 11' 3" de latitud norte y los 124° 41' 17" de longitud oeste, del meridiano de Greenwich. Se encuentra, como puede verse, a orillas del océano Pacífico, y al pie de la cadena secundaria de las Montañas Rocosas que ha recibido el nombre de Montes de las Cascadas, veinte leguas al norte del cabo Blanco, Estado de Oregón, de la América Septentrional.

»Se había buscado el emplazamiento más ventajoso entre un gran número de países favorables. De todas las razones que han determinado esta adopción, prevalece especialmente la de su situación en la zona templada del hemisferio norte, la cual ha figurado siempre a la cabeza de la civilización mundial. Además, su posición en medio de una república federal y en un Estado todavía nuevo, que le ha permitido garantizarse provisionalmente su independencia y derechos análogos a los que posee en Europa el principado de Mónaco, con la condición de entrar después de un cierto número de años a

formar parte de la Unión; su situación en la costa del océano, que se está convirtiendo en el camino más frecuentado del globo; la naturaleza accidentada, fértil y eminentemente saludable del suelo; la proximidad de una cadena de montañas que detiene a la vez los vientos del Norte, del Mediodía y del Este, dejando a la brisa del Pacífico la misión de renovar la atmósfera de la ciudad; la posesión de un riachuelo cuya agua fresca, dulce, ligera, oxigenada por sus repetidas cataratas y por la rapidez de su curso, llega perfectamente pura al mar; y, por último, un puerto natural, muy a propósito para el tráfico y formado por un largo promontorio vuelto en forma de gancho.

»Se indican sólo algunas ventajas secundarias: proximidad de hermosas canteras de mármol, yacimientos de caolín y hasta indicios de pepitas auríferas. En cuanto a este detalle, ha sido causa de que se pretendiera abandonar el territorio, pues los fundadores de la ciudad no querían que la fiebre del oro perjudicase sus proyectos. Por fortuna, las pepitas eran pequeñas y escasas.

»La elección del territorio, aunque determinada sólo por estudios serios y profundos, se hizo esperar pocos días y no necesitó expedición especial. La ciencia está ya lo suficientemente adelantada en la actualidad para que, sin salir del gabinete de trabajo, se pueda obtener informes exactos y precisos de las regiones más lejanas.

«Decidido este punto, dos subdelegados del comité de organización tomaron el primer paquebote que salió de Liverpool, llegaron a los once días a Nueva York, y siete días después a San Francisco, donde fletaron un *steamer* que, en diez horas, los llevó al sitio designado.

«Entenderse con la legislatura de Oregón, obtener la concesión de un terreno comprendido entre la costa y la cúspide de los Montes de las Cascadas, con una amplitud de cuatro leguas, contratar, por algunos millares de dólares, media docena de plantadores que tenían derecho —supuesto o real— a aquellas tierras, todo fue obra de un mes, aproximadamente.

»En enero de 1872, el territorio estaba ya reconocido, medido, jalonado y sondeado, y un ejército de veinte mil chinos, bajo la dirección de quinientos capataces e ingenieros europeos, estaba trabajando. Unos carteles fijados en todo el Estado de California, un vagón anunciador agregado con carácter permanente al tren rápido que parte todas las mañanas de San Francisco para atravesar el continente americano, y un reclamo diario en los veintitrés periódicos de aquella ciudad, bastaron para asegurar el reclutamiento de los trabajadores. Se consideró inútil el gran procedimiento de publicidad que fue a ofrecer una compañía a precios reducidos, consistente en colocar letras gigantescas en las cimas de las Montañas Rocosas. Conviene hacer notar también que la afluencia de chinos en la América occidental producía en aquel momento una grave perturbación en el importe de los jornales. Varios Estados, para proteger los medios de existencia de sus propios habitantes y para impedir sangrientas colisiones, tuvieron que recurrir a una expulsión en masa de aquellos desgraciados. Su remuneración uniforme quedó fijada en cinco pesetas diarias, que no debían ser percibidas sino después de terminados los trabajos, y en víveres distribuidos por la administración municipal. Así se evitó el desorden y las vergonzosas especulaciones que con frecuencia se cometen en aquellos grandes desplazamientos de población

»El producto de los trabajos era depositado todas las semanas, en presencia de los delegados, en el Gran Banco de San Francisco, y todo chino que lo cobrase estaba obligado a regresar a su país. Precaución indispensable para deshacerse de una población amarilla que no habría dejado de modificar de una manera bastante molesta las características de la nueva ciudad. Como los fundadores se habían reservado el derecho de conceder o negar el permiso de estancia, la aplicación de la medida fue relativamente fácil.

»La primera gran empresa fue el establecimiento de un ramal férreo que, uniendo el territorio de la nueva ciudad con la línea del Pacific-Railroad, lo pone en comunicación con

la ciudad de Sacramento. Se tuvo el cuidado de evitar todos los desprendimientos de tierras y las zanjas profundas, que hubieran podido ejercer una influencia nociva en la salubridad. Estos trabajos y los del puerto fueron ejecutados con una actividad extraordinaria. Durante el mes de abril, el primer tren directo de Nueva York condujo hasta la estación de France-Ville a los miembros del comité, que hasta entonces habían permanecido en Europa.

«Durante este intervalo, quedaron detenidos los planes generales de la ciudad, el detalle de las viviendas y el de los monumentos públicos.

»No fue porque faltasen los materiales, pues, al obtener las primeras noticias del proyecto, la industria americana se apresuró a inundar los muelles de France-Ville de cuantos elementos de construcción puedan imaginarse. Los fundadores no dudaron en la elección. Decidieron que la piedra tallada la reservarían para los edificios nacionales y para la ornamentación general, en tanto que las casas serían hechas de ladrillo. Por supuesto, no de esos ladrillos groseramente fabricados con barro más o menos cocido, sino ladrillos ligeros, perfectamente regulares de forma, de peso y densidad, horadados en sentido longitudinal por una serie de agujeros cilíndricos y paralelos. Estos agujeros, que se comunicaban de extremo a extremo, debían formar en el espesor de todos los muros conductos abiertos en ambas extremidades, permitiendo así al aire circular libremente por la envoltura exterior de las casas, lo mismo que por los tabiques interiores.<sup>5</sup> Esta disposición posee, además, la ventaja de amortiguar los sonidos y proporcionar, por tanto, una independencia completa a cada departamento.

»Además, el comité no pretendía imponer a los constructores un tipo determinado de casa. Mas bien era opuesto a esa uniformidad fatigosa e insípida. Se contentó con decretar cierto número de reglas fijas, a las cuales tenían que someterse los arquitectos, y que son las siguientes:

»1<sup>a</sup> Toda casa estará aislada en una porción de terreno plantado de árboles, de hierba y de flores. Será habitada por una sola familia.

»2<sup>a</sup> Ninguna casa tendrá más de dos pisos. El aire y la luz no deben ser acaparados por unos con perjuicio para los demás.

»3<sup>a</sup> Todas las casas tendrán la fachada a diez metros de la calle, de la que estarán separadas por una verja de conveniente altura. La distancia que quede entre la verja y la fachada estará destinada a jardín.

»4<sup>a</sup> Los muros serán hechos de ladrillos tubulares patentados, con arreglo al modelo. Los arquitectos quedan en completa libertad para la ornamentación.

»5<sup>a</sup> Los tejados tendrán azotea, y estarán ligeramente inclinados en los cuatro sentidos, bituminados, rodeados de una balaustrada lo suficientemente alta para que no puedan producirse accidentes y cuidadosamente canalizados para el inmediato desagüe de la lluvia.

»6<sup>a</sup> Todas las casas serán edificadas sobre una bóveda de cimentación abierta hacia todos lados y que forme, bajo el primer plano de habitación, un subsuelo de aireación al mismo tiempo que un recinto. Los conductos del agua y los desagües quedarán al descubierto, y estarán aplicados al pilar central de la bóveda, de suerte que sea siempre fácil comprobar su estado, y en caso de incendio, pueda disponerse inmediatamente del agua necesaria. El área de este recinto, que estará a cinco o seis centímetros sobre el nivel de la calle, será convenientemente enarenada. Una puerta y una escalera especial lo pondrán en comunicación directa con las cocinas y demás servicios, y podrán realizarse allí todas las operaciones que no ofendan a la vista ni al olfato.

---

<sup>5</sup>) Estas prescripciones, así como también la idea general de bienestar, son debidas al sabio doctor Benjamín Ward Richardson, miembro de la Sociedad Real de Londres. (Nota del A.)

»7ª Las cocinas, retretes y demás dependencias, estarán situados, contra la costumbre ordinaria, en el piso superior y en comunicación con la azotea, que constituirá así un espacioso anejo a pleno aire. Un ascensor, movido por una fuerza mecánica, el cual, como la luz artificial y el agua, se pondrá a disposición de los habitantes mediante un reducido desembolso, permitirá fácilmente el transporte de todo a aquel piso.

»8ª La distribución de los compartimentos se reserva a la iniciativa particular: pero quedan terminantemente proscritos dos peligrosos elementos de enfermedades, verdaderos nidos de miasmas y laboratorios de venenos: las alfombras y los papeles pintados. El entarimado, artísticamente construido de buena madera ensamblada en mosaicos por hábiles ebanistas, evitará que se oculten los restos de una limpieza dudosa. En cuanto a las paredes, recubiertas de azulejos, presentarán a la vista el brillo y la variedad de los departamentos de Pompeya, con una profusión de colores y una máxima duración que el papel pintado, con mil venenos sutiles, nunca ha podido alcanzar, y fregarse como se friegan los entarimados y los cielos rasos. Ningún germen morboso puede esconderse en ellos.

»9ª Las alcobas deben estar separadas del resto de las habitaciones. Nunca se habrá recomendado bastante que estas habitaciones, en las que se pasa una tercera parte de la vida, sean las más amplias, las más aireadas y, al mismo tiempo, las más sencillas. No deben servir más que para el sueño. Cuatro sillas una cama de hierro provista de un somier y un colchón de lana bien mullido son los únicos muebles necesarios. Los edredones, cubrepieés acolchados y demás objetos poderosos propagadores de las enfermedades epidémicas, quedan excluidos como es natural. Buenas mantas de lana, ligeras y de abrigo, fáciles de lavar, deberán poseerse en número suficiente para que puedan ser substituidas. Sin proscribir definitivamente las cortinas y los tapices, ha de aconsejarse, por lo menos, que se elijan tejidos susceptibles de ser frecuentemente lavados.

«10ª Toda habitación poseerá su chimenea, de combustión de leña o de hulla, según los gustos; pero a toda chimenea corresponderá un tubo de tiro al exterior. En cuanto al humo, en lugar de ser expulsado por los tejados, se encaminará por conductos subterráneos que lo atraigan hacia unos hornos especiales que quedarán establecidos, a expensas de la ciudad, detrás de las casas, a razón de un horno por cada doscientos habitantes. ALK será despojado de las partículas de carbón que contengan, y, reducido al estado incoloro, será mezclado con la atmósfera a una altura de treinta y cinco metros.

»Tales son las diez reglas fijas impuestas para la construcción de toda vivienda particular.

»Las disposiciones generales no están estudiadas con menos cuidado.

»En primer término, el plano de la ciudad es esencialmente sencillo y regular, para que pueda prestarse a todas las modificaciones. Las calles, cruzadas en ángulos rectos, están trazadas a distancias iguales, de amplitud uniforme, plantadas de árboles y designadas por números de orden.

»De medio en medio kilómetro, la calle, tres veces más ancha, toma el nombre de paseo o avenida, y presenta en uno de sus lados una zanja que queda al descubierto para los tranvías y el metropolitano.

»En todos los cruces de las calles, hay un jardín público adornado con bellas copias de las obras maestras de la escultura, en espera de que los artistas de France-Ville produzcan monumentos originales dignos de substituirlos.

»La industria y el comercio son libres.

«Para obtener el derecho de residencia en France-Ville, aunque es necesario poseer buenas referencias, basta con hallarse apto para ejercer una profesión útil o liberal en la industria, en las ciencias o en las artes, y comprometerse a respetar las leyes de la ciudad. No se toleran las existencias ociosas.

«Existen ya un gran número de edificios públicos. Los más importantes son la catedral, determinado número de capillas, los museos, las bibliotecas, las escuelas y los gimnasios, acondicionados con un lujo y una profusión de comodidades higiénicas verdaderamente dignas de una gran ciudad.

»No hay para qué decir que los niños son obligados desde la edad de los cuatro años a seguir los ejercicios intelectuales y físicos que puedan contribuir a desarrollar sus facultades cerebrales y sus fuerzas musculares. Se les habitúa a todos a una pulcritud tan escrupulosa, que una simple mancha en sus vestidos la consideran como un verdadero deshonor.

»Esta cuestión de la pulcritud individual y colectiva constituye, además, la preocupación capital de los fundadores de France-Ville. Limpiar, limpiar sin cesar; destruir y anular tan pronto como son formados los miasmas que emanan constantemente de una aglomeración humana: tal es la obra principal del gobierno central. A este efecto, los detritus son centralizados fuera de la ciudad y tratados por procedimientos que permiten su condensación y transporte diario al campo.

»El agua corre por todas partes. Las calles, pavimentadas de madera bituminosa y las aceras de piedra, están tan brillantes como el suelo de un patio holandés. Los mercados alimenticios son objeto de una vigilancia incesante, y son impuestos severos castigos a los negociantes que se atreven a especular con la salud pública. Cualquier comerciante que venda un huevo podrido, carne averiada o un litro de leche adulterada, es tratado sencillamente como lo que es: como un envenenador. Esta policía sanitaria, tan necesaria y tan delicada, está confiada a hombres experimentados, a verdaderos especialistas educados a tal efecto en las escuelas normales.

»Su jurisdicción se extiende incluso hasta los lavaderos, todos ellos establecidos en buenas condiciones, provistos de máquinas de vapor, de secadores artificiales y, sobre todo, de cámaras de desinfección. Ninguna prenda de uso interior vuelve a su propietario sin haber sido lavada a conciencia, y se pone un especial cuidado en no reunir nunca los envíos de dos familias diferentes. Esta simple precaución es de un efecto incalculable.

»Los hospitales son poco numerosos, pues el sistema de asistencia a domicilio es general, y están reservados para los extranjeros sin asilo y para los casos excepcionales. No hay para qué agregar que la idea de hacer de un hospital un edificio mayor que todos los demás y acumular en un mismo foco de infección a setecientos u ochocientos enfermos no ha podido entrar en el cerebro de un solo fundador de la ciudad modelo. Lejos de tratar, por una extraña aberración, de reunir sistemáticamente a varios pacientes, sólo se piensa, por el contrario, en aislarlos. Este es su interés particular, así como también el del público. En todo hogar se recomienda que se instale a los enfermos en el departamento más apartado que sea posible. Los hospitales no son más que construcciones excepcionales y escasas para la acomodación temporal en casos de urgencia.

»Veinte o treinta enfermos, todo lo más, pueden estar centralizados —cada uno instalado en su habitación particular— en aquellas barracas ligeras, hechas de madera de abeto y que se queman por lo regular todos los años para renovarlas. Estas ambulancias, construidas con arreglo a un modelo especial, tienen, además, la ventaja de poder ser trasladadas a cualquier punto de la ciudad, según las necesidades, y multiplicadas hasta el número que sea necesario

»Una innovación ingeniosa relativa a este servicio es la de un cuerpo de enfermeras experimentadas y dedicadas especialmente a esta profesión que la administración central tiene a la disposición del público. Estas mujeres, elegidas con discernimiento, son para los médicos los auxiliares más útiles y más abnegados. Llevan al seno de las familias los conocimientos prácticos tan necesarios y tan a menudo ausentes en el momento del peligro, y tienen la misión de impedir la propagación de las enfermedades al mismo tiempo que la de cuidar a los enfermos.



»No se acabaría nunca si se pretendiese enumerar todos los perfeccionamientos higiénicos que han implantado los fundadores de la nueva ciudad. Todo ciudadano recibe a su llegada un folletito donde se exponen en un lenguaje sencillo y claro los principios más importantes de una vida normal de acuerdo con la ciencia.

«Allí se ve que el equilibrio perfecto de todas sus funciones constituye una de las necesidades de la salud; que el trabajo y el reposo son igualmente indispensables a sus órganos; que el cansancio es tan necesario a sus cerebros como a sus músculos; que las nueve décimas partes de los enfermos se deben al contagio transmitido por el aire y por los alimentos. Nunca, pues, podrá rodear su morada y su persona de las garantías sanitarias suficientes. Evitar el uso de los excitantes, practicar los ejercicios del cuerpo, cumplir concienzudamente todos los días una tarea funcional, beber buena agua pura, comer carnes y legumbres sanas y preparadas con sencillez y dormir con regularidad de siete a ocho horas por la noche: tal es el abecé de la salud.

«Partiendo de los primeros principios impuestos por los fundadores, hemos venido insensiblemente a hablar de esta ciudad singular como de una ciudad acabada. Y es que, en efecto, una vez edificadas las primeras casas, las demás surgen de la tierra como por encanto. Es necesario haber visitado el Far-West para darse cuenta de estas eflorescencias urbanas. Desierto aún en el mes de enero de 1872 el emplazamiento elegido, en 1873 contaba ya con seis mil casas. En 1874 poseía nueve mil, y estaban terminados todos los edificios.

«Conviene decir que la especulación tuvo su parte en este éxito inaudito. Construidas sobre terrenos inmensos y sin valor, en un principio, las casas eran entregadas a precios muy moderados y alquiladas en condiciones muy modestas. La ausencia de todo intermediario, la independencia política de aquel pequeño territorio aislado, el atractivo de la novedad y la bondad del clima, han contribuido a favorecer la emigración. En la hora presente, France-Ville cuenta con cerca de cien mil habitantes.

»Lo mejor de todo y lo que más puede interesarnos es el que la experiencia sanitaria sea de las más concluyentes. En tanto que la mortalidad anual en las ciudades más favorecidas de la vieja Europa o del Nuevo Continente no ha descendido nunca más abajo del tres por ciento, la mortalidad media en France-Ville, en estos cinco últimos años, no es más que de uno y medio por ciento, Y esta cifra es todavía elevada, a causa de una epidemia de fiebre palúdica que se presentó en la primera época. La mortalidad del pasado año, considerada por separado, no es más que de uno y un cuarto por ciento. Una circunstancia más importante aún; con muy pocas excepciones, todos los fallecimientos registrados en la actualidad son debidos a afecciones específicas y la mayor parte hereditarias. Las enfermedades accidentales han sido a la vez infinitamente más raras, más limitadas y menos peligrosas que en ningún otro sitio. En cuanto a las epidemias propiamente dichas, no se han conocido.

»Será interesante seguir el desarrollo de esta tentativa. Será curioso, sobre todo, saber si la influencia para toda una generación de un régimen tan científico, llegará, con mayor motivo, en las generaciones venideras, a amortiguar las predisposiciones mórbidas hereditarias.

»"No es aventurado esperararlo —ha escrito uno de los fundadores de esta asombrosa aglomeración—, y, en ese caso, ¡cuál no sería la grandeza del resultado...! ¡Los hombres vivirán hasta noventa o cien años, y no morirán más que de vejez, como la mayor parte de los animales y como las plantas...!"

«Semejante sueño tiene por qué seducir.

»Si nos es permitido, sin embargo, expresar nuestra opinión sincera, diremos que sólo abrigamos una fe mediocre en el éxito definitivo de la experiencia. Apreciamos en ella un vicio original y verdaderamente fatal, que es el de encontrarse en manos de un comité en el que domina el elemento latino y del cual ha sido excluido sistemáticamente el

elemento germánico. Éste es un mal síntoma. Desde que el mundo existe, no se ha hecho nada duradero que no lo haya hecho Alemania, ni se hará sin ella nada definitivo. Los fundadores de France-Ville habrán podido desembarazar el terreno y dilucidar algunos puntos esenciales; pero no es en ese punto de América, sino en las costas de Siria, donde veremos elevarse algún día la verdadera ciudad modelo.»

## CAPÍTULO XI

### UNA COMIDA EN CASA DEL DOCTOR SARRASIN

El 13 de setiembre —sólo algunas horas antes de la fijada por Herr Schultze para la destrucción de France-Ville— ni el gobernador ni ningún habitante conocían aún el espantoso peligro que les amenazaba.

Eran las siete de la tarde.

Ocultas en espesos macizos de adelfas y de tamarindos, la ciudad se extendía graciosamente al pie de los Montes de las Cascadas, y presentaba sus muelles de mármol a las breves olas del Pacífico, que sin ruido se acercaban a acariciarlos. Las calles, regadas con cuidado y refrescadas por la brisa, ofrecían a la vista el espectáculo más risueño y más animado. Los árboles que les daban sombra susurraban mansamente. Verdeaba la hierba. Las flores de los jardines, abriendo sus corolas, exhalaban todas a la vez sus perfumes. Las casas sonreían, tranquilas y coquetas en su blancura. El aire era tibio, y el cielo estaba azul como el mar que espejeaba al final de las largas avenidas.

Un viajero que hubiese llegado a la ciudad habría sido reconfortado por el aspecto saludable de sus habitantes y por la actividad que en las calles reinaba. Cerrábanse, precisamente, las academias de pintura, de música y de escultura y la biblioteca, que estaban reunidas en el mismo barrio y donde se habían organizado, por secciones poco numerosas, excelentes cursos públicos, lo cual permitía a los alumnos asimilarse por completo el fruto de cada lección. La gente que salía de aquellos establecimientos ocasionó durante algunos instantes cierta aglomeración; pero ninguna exclamación de impaciencia, ningún grito se dejaron oír. El aspecto general era de calma y satisfacción.

No en el centro de la ciudad, sino a orillas del Pacífico, era donde la familia Sarrasin había edificado su vivienda. Desde un principio, el doctor había ido a establecerse allí con su mujer y su hija Juana —pues aquella casa era una de las primeras que se habían construido.

Octavio, el millonario improvisado, había preferido quedarse en París; pero ya no tenía a Marcelo para que le sirviera de mentor.

Los dos amigos casi se habían perdido de vista a partir de la época en que vivían juntos en la calle del Rey de Sicilia. Cuando el doctor emigró con su mujer y su hija a la costa del Oregón, Octavio se quedó dueño de sí. Bien pronto se alejó de la escuela, donde su padre había querido hacerle continuar los estudios, y perdió el último curso, del cual había salido victorioso su amigo con el número uno.

Hasta entonces, Marcelo había sido la brújula del pobre Octavio, incapaz de conducirse por sí mismo. Cuando el joven alsaciano hubo partido, su camarada de infancia acabó poco a poco por hacer en París lo que se llama la vida de los grandes guías. En el caso presente, la expresión era tanto más justa cuanto que su vida la pasaba en gran parte en el elevado pescante de un enorme coach de cuatro caballos, perpetuamente de viaje entre la avenida de Marigny, donde había alquilado un departamento, y los diversos campos de carreras de la barriada. Octavio Sarrasin, que, tres meses antes, apenas sabía sostenerse sobre las sillas de los caballos que alquilaba por horas, se había convertido de súbito en uno de los nombres de Francia mejor versados en los misterios de la hipología.

Su erudición la había adquirido de un *groom* inglés, al que había contratado para su servicio, y que le dominaba por entero, dada la extensión de sus conocimientos especiales.

Los sastres, los guarnicioneros y los zapateros se repartían sus mañanas. Sus tardes pertenecían a los teatritos y a los salones de un círculo, flamantemente nuevo, que acababa de abrirse al final de la calle de Tronchet, y que Octavio había elegido, porque la gente que en él encontraba rendía a su dinero un homenaje cuyos méritos no había podido apreciar en otras partes. Aquella gente le parecía el ideal de la distinción. Cosa particular: la lista que, suntuosamente enmarcada, figuraba en el salón de espera, casi no contenía más que nombres extranjeros. Abundaban los títulos, y, al verlos enumerados, hubiera podido creerse que aquello era la antesala de un colegio heráldico. Sin embargo, si se entraba más adelante, parecía más bien una exposición viviente de etnología. Todas las grandes narices y todas las toses biliosas de ambos mundos parecían haberse dado cita allí. Aquellos personajes aparecían magníficamente vestidos, aunque revelando una marcada tendencia hacia el empleo de telas blancuzcas, que constituye la eterna aspiración ' de las razas amarillas y negras a imitar el color de las «caras pálidas».

Octavio Sarrasin parecía un joven dios en medio de aquellos bímanos. Se citaban sus frases, se imitaban sus corbatas y se aceptaban sus juicios como artículos de fe. Y él, embriagado por aquel incienso, no se daba cuenta de que, regularmente, perdía todo su dinero al bacarrá y en las carreras. Acaso algunos miembros del club, en su calidad de orientales, creyesen tener derecho a la herencia de la Begún. En todo caso, sabían trasladarla a sus bolsillos con un movimiento lento, pero continuo.

En aquella nueva existencia, los vínculos que unían a Octavio y a Marcelo se habían relajado pronto. Apenas los dos camaradas cambiaban una carta de tarde en tarde. ¿Qué podía existir de común entre el áspero trabajador, únicamente preocupado de elevar su inteligencia a un grado superior de cultura y el lindo petimetre orgulloso de su opulencia y con la imaginación repleta de historias de club y de caballerizas?

Ya se sabe que Marcelo abandonó París. En primer lugar, para observar los trabajos de Herr Schultze, que acababa de fundar Stahlstadt —una rival de France-Ville— en el mismo terreno independiente de Estados Unidos; y, además, para entrar al servicio del Rey del Acero.

Durante dos años, Octavio hizo aquella vida inútil y disipada. Por fin, se hastió de aquellas vanas cosas, y, un buen día, después de haber devorado algunos millones, se reintegró al lado de su padre, lo cual le salvó de una amenazadora ruina, más bien moral que material. A la sazón, vivía en France-Ville, en casa del doctor Sarrasin.

Su hermana Juana, a juzgar al menos por la apariencia, era entonces una exquisita joven de diecinueve años, a la que su permanencia de cuatro años en su nueva patria había agregado todas las cualidades americanas a todas las gracias francesas. Su madre decía a veces que nunca había sospechado el encanto de la intimidad absoluta, antes de tenerla por compañera de todos los instantes.

En cuanto a la señora de Sarrasin, desde el regreso del hijo pródigo, su delfín, el hijo mayor de sus esperanzas, se consideraba tan completamente dichosa como podía serlo en cualquier otra parte, pues se asociaba a todo el bien que su marido podía hacer y hacía, gracias a su inmensa fortuna.

Aquella tarde, el doctor Sarrasin había recibido en su mesa a dos de sus más íntimos amigos: el coronel Hendon, un antiguo resabio de la guerra de Secesión, que se había dejado un brazo en Pittsburg y una oreja en Seven-Oaks, pero que no por eso dejaba de echar, como cualquier otro, su partida de ajedrez, y el señor Lentz, director general de enseñanza en la nueva ciudad.

Se trataba en la conversación de los proyectos de la administración de la ciudad y de los resultados ya obtenidos en los establecimientos públicos de toda naturaleza: instituciones, hospitales, cajas de socorros mutuos...

El señor Lentz, de acuerdo con el programa del doctor, en el que no se había olvidado la enseñanza religiosa, había fundado varias escuelas primarias, donde los cuidados del maestro tendían a desarrollar la inteligencia del niño, sometiéndola a una gimnasia intelectual, calculada de manera que siguiese la evolución natural de sus facultades. Se le enseñaba a amar la ciencia en vez de atiborrarle de ella, evitando así ese saber que, como dice Montaigne, «nada en la superficie del cerebro»; que no penetra en el entendimiento, y, por tanto, no hace al hombre más sabio ni mejor. Más adelante, una inteligencia bien preparada sabría elegir por sí misma su camino y seguirlo con provecho.

Los cuidados de higiene ocupaban el primer puesto en una educación bien orientada, porque el hombre —cuerpo y espíritu— debe tener la misma seguridad en estos dos servidores; si el uno es defectuoso y enfermo, el otro, por sí solo, sucumbirá al punto.

En aquella época, France-Ville había alcanzado el más alto grado de prosperidad, no sólo material, sino intelectual. Allí se reunían en congreso los más ilustres sabios de ambos mundos. Los artistas, pintores, escultores, músicos, atraídos por la reputación de la ciudad, acudían a ella. Bajo la dirección de aquellos maestros, estudiaban los jóvenes francevilleses, que prometían llegar a ilustrar algún día aquel puñado de tierra americana.

Todo dejaba, pues, entrever que aquella nueva Atenas, francesa de origen, sería, dentro de poco, la primera ciudad del mundo.

Conviene decir también que la educación militar de los alumnos se llevaba a cabo en los Liceos, al mismo tiempo que la educación civil. Cuando salían de aquéllos, los jóvenes conocían, a más del manejo de las armas, los primeros elementos de estrategia y de táctica.

Así, pues, el coronel Hendon, cuando se hubo llegado a este capítulo, declaró que estaba encantado con todos sus reclutas.

—Están ya acostumbrados —dijo— a las marchas forzadas, al cansancio y a todos los ejercicios corporales. Nuestro ejército se compone de todos los ciudadanos, y, el día en que sea preciso, todos serán unos soldados aguerridos y disciplinados.

France-Ville sostenía las mejores relaciones con todos los Estados vecinos, pues había aprovechado todas las ocasiones propicias para darles motivo de agradecimiento; pero la ingratitud se manifiesta con tal fuerza en las cuestiones de interés, que el doctor y sus amigos no habían perdido de vista la máxima que dice: «Ayúdate, y el cielo te ayudará», y, por eso, sólo querían contar consigo mismos.

Estaban al final de la comida. Acababa de ser retirado el postre, y, según la costumbre anglosajona, que había prevalecido, las señoras acababan de abandonar la mesa.

El doctor Sarrasin, Octavio, el coronel Hendon y el señor Lentz continuaban la conversación comenzada y abordaban las más elevadas cuestiones de economía política, cuando entró un criado y entregó su periódico al doctor.

Era el *New-York Herald*.

Aquella honrada hoja se había manifestado siempre favorable a la fundación y desarrollo de France-Ville, y las personas más notables de la ciudad acostumbraban buscar en sus columnas todas las posibles variaciones de la opinión pública en Estados Unidos a este respecto. Aquella aglomeración de gente feliz, libre, independiente, en aquel pequeño territorio neutral, tenía muchos envidiosos, y si los francevilleses poseían en América partidarios que los defendiesen, también encontraban enemigos que los atacasen. En todo caso, el *New-York Herald* estaba por ellos, y no cesaba de darles pruebas de admiración y estima.

Mientras hablaba, el doctor Sarrasin había roto la faja del periódico y dirigido maquinalmente los ojos hacia el artículo de fondo.

¡Cuál no sería su estupefacción cuando se enteró de su contenido, que leyó primero para sí y después en voz alta, para la mayor sorpresa y la más profunda indignación de sus amigos!:

«*Nueva York, 8 de setiembre.*— Un violento atentado contra el derecho de gentes se va a producir en breve. Sabemos de buena tinta que se están construyendo en Stahlstadt unos armamentos formidables con objeto de atacar y destruir a France-Ville, la ciudad de origen francés. Ignoramos si Estados Unidos podrán y deberán intervenir en esa lucha en que pelearán una vez más la raza latina y la sajona; pero denunciarnos a las gentes honradas este odioso abuso de la fuerza... Que France-Ville no pierda una hora para ponerse "a la defensiva", etc.»

## CAPÍTULO XII

## EL CONSEJO

No era un secreto el odio del Rey del Acero hacia ' la obra del doctor Sarrasin. Se sabía que había ido a levantar una ciudad contra otra ciudad. Pero, dé eso a arrojarse sobre una ciudad apacible y destruirla por la fuerza, creían todos que había una gran distancia. Sin embargo, el artículo del New-York Herald era bien elocuente. Los corresponsales de aquel poderoso diario habían penetrado los designios de Herr Schultze, y —según decían— no había tiempo que perder.

El digno doctor quedó primero confuso. Como todas las almas honradas, se negaba a creer que aquello fuese verdad. Le parecía imposible que la perversidad pudiese llegar hasta querer destruir sin motivo alguno y por pura fanfarronada, una ciudad que era como una especie de propiedad común de la humanidad.

—¡Pensar que nuestro término medio de mortalidad será en este año de uno y cuarto por ciento —se decía ingenuamente—; que no poseemos un solo muchacho de dieciocho años que no sepa leer; que no se ha cometido ni un crimen ni un robo desde la fundación de France-Ville, y que unos bárbaros vengan a aniquilar en sus comienzos una experiencia tan afortunada...! ¡No...! ¡No puedo admitir que un químico, que un sabio, aunque fuese cien veces germano, sea capaz de eso...!

Tuvo que rendirse, no obstante, a la evidencia de los testimonios facilitados por un periódico tan adicto a la obra del doctor, y tomar las oportunas medidas sin demora. Pasado aquel primer instante de abatimiento, el doctor Sarrasin se adueñó de sí mismo y se dirigió a sus amigos:

—Señores —les dijo—, ustedes son miembros del Consejo cívico, y a ustedes corresponde, lo mismo que a mí, adoptar las medidas necesarias para la salvación de la ciudad. ¿Qué es lo primero que debemos hacer?

—¿Existe posibilidad de un arreglo? —dijo el señor Lentz—. ¿Puede evitarse honrosamente la guerra?

—Imposible —replicó Octavio—. Es evidente que Herr Schultze la quiere a toda costa. ¡Su odio no transigirá!

—¡Bien! —exclamó el doctor—. Todo se arreglará para que estemos en condiciones de responderle. ¿Cree usted, coronel, que hay algún medio de resistir a los cañones de Stahlstadt?

—Toda fuerza humana puede ser eficazmente combatida por otra fuerza humana —respondió el coronel Hendon—; pero no debemos pensar en defendernos con los mismos medios y las mismas armas de que se sirva Herr Schultze para atacarnos. La construcción de máquinas de guerra capaces de luchar contra las suyas exigiría mucho tiempo, y, además, no sé si conseguiríamos fabricarlas, pues nos faltan los talleres especiales necesarios. No tenemos más que una tabla de salvación: impedir al enemigo que llegue hasta nosotros y hacer el cerco imposible.

—Voy a convocar inmediatamente el Consejo —dijo el doctor Sarrasin.

El doctor condujo a sus huéspedes hasta su gabinete de trabajo.

Era éste una habitación amueblada con sencillez, cuyos tres testers estaban cubiertos por estantes repletos de libros, en tanto que el cuarto presentaba, por debajo de algunos cuadros y objetos de arte, una hilera de pabellones numerados, semejantes a las trompetillas acústicas.

—Gracias al teléfono —dijo—, podemos celebrar consejo en France-Ville, quedándose cada uno en su casa.

El doctor tocó un timbre avisador que comunicó instantáneamente su llamada a los locales donde habitaban todos los miembros del Consejo. En menos de tres minutos, la palabra «¡Presente!», transportada sucesivamente por cada hilo de comunicación, anunció que estaba en sesión el Consejo.

El doctor se colocó entonces ante el pabellón de su aparato expeditor, agitó una campanilla, y dijo:

—Queda abierta la sesión... Tiene la palabra mi querido amigo el coronel Hendon para hacer al Consejo cívico una declaración de toda gravedad.

El coronel se colocó a su vez ante el teléfono, y, después de haber leído el artículo del *New-York Herald*, solicitó que se tomaran inmediatamente las primeras medidas.

Apenas hubo terminado, el número 6 le formuló una pregunta:

—¿Cree el coronel posible la defensa, en el caso de que los medios con que contase para impedir acercarse al enemigo no obtuviesen resultado?

El coronel Hendon respondió afirmativamente. La pregunta y la respuesta habían llegado en un instante a cada miembro invisible del Consejo, así como también las explicaciones que les habían precedido.

El número 7 le preguntó cuánto tiempo necesitarían, en su opinión, los francevilleses para preparar su defensa.

El coronel no lo sabía, pero entendía que debía obrarse como si hubieran de ser atacados antes de quince días.

El número 2:

—¿Habrá que esperar el ataque, o cree usted preferible prevenirlo?

—Hay que hacer todo lo posible por prevenirlo —respondió el coronel—, y si fuésemos amenazados con un desembarco, volar los navíos de Herr Schultze con nuestros torpedos.

Ante esta proposición, el doctor Sarrasin ofreció convocar a consejo a los químicos más distinguidos, así como también a los oficiales de artillería más experimentados, y confiarles el cuidado de examinar los proyectos que el coronel Hendon habría de someterles.

Pregunta del número 1:

—¿Cuál es la suma necesaria para comenzar inmediatamente los trabajos de defensa?

—Sería preciso poder disponer de unos setenta y cinco a cien millones de pesetas.

El número 4:

—Propongo que se convoque enseguida la asamblea general de ciudadanos.

El presidente Sarrasin:

—Someto la propuesta a votación.

Dos timbrazos en cada teléfono anunciaron que era aprobada por unanimidad.

Eran las ocho y media. El Consejo cívico no había durado más de dieciocho minutos, y a nadie había molestado.

La asamblea popular fue convocada por un procedimiento tan sencillo y casi tan expedito como el primero. Apenas el doctor Sarrasin hubo comunicado el voto del Consejo al Ayuntamiento, siempre por medio de su teléfono, comenzó a sonar un timbre eléctrico



en lo alto de las columnas colocadas en las doscientas ochenta bocacalles de la ciudad. Estas columnas estaban provistas de relojes con esferas luminosas, cuyas agujas, movidas por la electricidad, quedaron detenidas en las ocho y media, hora de la convocatoria de la asamblea.

Todos los habitantes, advertidos a la vez por aquel ruidoso llamamiento, que se prolongó durante más de un cuarto de hora, se apresuraron a salir o a levantar la cabeza hacia el reloj más próximo, y, al comprobar que un deber nacional les llamaba al salón municipal, se apresuraron a cumplir con él.

A la hora señalada, esto es, en menos de cuarenta y cinco minutos, estaba reunida la asamblea. El doctor Sarrasin ocupaba ya el puesto de honor y estaba rodeado de todo el Consejo. El coronel Hendon esperaba al pie de la tribuna a que le fuese concedida la palabra.

La mayor parte de los ciudadanos conocían ya la noticia que motivaba la reunión. En efecto; la discusión del Consejo cívico, automáticamente estenografiada por el teléfono del Ayuntamiento, había sido enviada sin pérdida de tiempo a los periódicos, que habían hecho una edición especial en forma de carteles.

El salón municipal era una inmensa nave cubierta de vidrio donde el aire circulaba libremente, y que llenaba a oleadas la luz de un tubo de gas adosado a las aristas de la bóveda.

La multitud permanecía en pie, tranquila, poco alborotada. Los semblantes eran alegres. La plenitud de la salud, la costumbre de una vida plena y regular, la consciencia de la propia energía, ponían a todos por encima de toda emoción desordenada de alarma o de ira.

Apenas el presidente hubo tocado la campanilla a las ocho y media en punto, se produjo un profundo silencio.

El coronel subió a la tribuna.

Allí, en un lenguaje sobrio y enérgico, sin floreos inútiles ni pretensiones oratorias — el lenguaje de las personas que, sabiendo lo que dicen, enuncian con claridad las cosas porque las comprenden bien—, el coronel Hendon habló del odio inveterado de Herr Schultze contra Francia y contra Sarrasin y su obra, y de los preparativos formidables que anunciaba el *New-York Herald*, destinados a destruir France-Ville y sus habitantes.

A ellos correspondía elegir el partido que se debiera tomar —dijo—. Aunque algunas personas sin valor y sin patriotismo preferirían quizá ceder el territorio y dejar a los agresores que se apoderasen de la patria nueva. Pero el coronel estaba seguro de antemano de que unas proposiciones tan pusilánimes no encontrarían eco entre sus conciudadanos. Los hombres que habían sabido comprender la grandeza de la finalidad perseguida por los fundadores de la ciudad modelo; los hombres que habían sabido aceptar sus leyes eran, necesariamente, personas de corazón y de inteligencia. Representantes sinceros y militantes del progreso, querían hacer todo lo posible por salvar aquella ciudad incomparable, monumento glorioso levantado al arte de mejorar la suerte del hombre. Su deber era, pues, dar la vida por la causa que representaban.

Una inmensa salva de aplausos acogió aquella peroración.

Varios oradores apoyaron la moción del coronel.

Habiendo hecho valer entonces el doctor Sarrasin la necesidad de constituir sin demora un Consejo de defensa que se encargase de adoptar todas las medidas de carácter urgente, rodeándose al efecto del secreto indispensable a las operaciones militares, fue aceptada la proposición.

Acto continuo, un miembro del Consejo cívico sugirió la conveniencia de votar un crédito suplementario de veinticinco millones de pesetas, destinado a los primeros trabajos. Todas las manos se levantaron para ratificar aquella iniciativa.

A las diez y veinticinco, la reunión había terminado, y los habitantes de France-Ville iban a retirarse, después de haberse encomendado a sus jefes, cuando se produjo un incidente inesperado.

La tribuna, libre desde hacía un instante, acababa de ser ocupada por un desconocido del más extraño aspecto.

Aquel hombre había surgido allí como por arte de magia. Su semblante enérgico presentaba las muestras de una sobreexcitación espantosa, pero su actitud era tranquila y resuelta. Sus ropas, medio pegadas al cuerpo y todavía manchadas de lodo, y su frente ensangrentada, revelaban que acababa de pasar terribles sufrimientos.

Ante su presencia, se detuvieron todos. Con un gesto imperativo, el desconocido impuso a todos la inmovilidad y el silencio.

¿Quién era...? ¿De dónde llegaba...? Nadie —ni siquiera el doctor Sarrasin— pensó en preguntárselo.

Por otra parte, bien pronto quedó acreditada su personalidad.

—Acabo de escaparme de Stahlstadt —dijo—. Herr Schultze me había condenado a muerte. Dios ha permitido que llegue hasta aquí con suficiente tiempo para intentar salvaros. No soy aquí un desconocido para todo el mundo. Mi venerado maestro, el doctor Sarrasin, podrá deciros, y así lo espero, que, a pesar del aspecto que me hace irreconocible, incluso para él, puede tenerse alguna confianza en Marcelo Bruckmann.

—¡Marcelo! —exclamaron a la vez el doctor y Octavio.

Ambos iban a precipitarse hacia él...

Un nuevo gesto les detuvo.

Era, en efecto, Marcelo, milagrosamente salvado. Después que hubo forzado la reja del canal, en el momento que caía casi asfixiado, la corriente lo había arrastrado como a un cuerpo sin vida; pero, por fortuna, aquella reja cerraba el mismo recinto de Stahlstadt, y, dos minutos después, Marcelo era lanzado fuera, al ribazo del río, libre por fin, si lograba volver a la vida...

Durante largas horas, el valeroso joven había permanecido tendido sin movimiento, en medio de aquella sombría noche, en aquel campo desierto, lejos de todo socorro...

Cuando hubo recobrado el sentido, era de día. Se acordó entonces... ¡Gracias a Dios, por fin se hallaba fuera de la maldita Stahlstadt...! Ya no estaba prisionero. Todo su pensamiento se concentró en el doctor Sarrasin, en sus amigos, en sus conciudadanos...

—¡Ellos, ellos! —exclamó, entonces.

Haciendo un supremo esfuerzo, Marcelo consiguió ponerse en pie.

Diez leguas lo separaban de France-Ville; diez leguas tenía que recorrer sin ferrocarril, sin coche, sin caballo, a través de aquel campo que estaba como abandonado alrededor de la feroz Ciudad del Acero... Aquellas diez leguas las franqueó sin tomarse un instante de reposo, y, a las diez y cuarto, llegaba junto a las primeras casas de la ciudad del doctor Sarrasin.

Los carteles que cubrían las fachadas le enteraron de todo. Comprendió que los habitantes estaban prevenidos del peligro que les amenazaba; pero comprendió también que no sabían cuan inmediato era aquel peligro, ni, sobre todo, de qué extraña naturaleza podía ser.

La catástrofe premeditada por Herr Schultze debía producirse aquella noche, a las once y cuarenta y cinco... Eran las diez y cuarto...

Quedaba por hacer un último esfuerzo. Marcelo atravesó la ciudad sin detenerse, y, a las diez y veinticinco, en el momento en que la asamblea iba a retirarse, escalaba la tribuna.

—No es dentro de un mes, amigos míos —exclamó—; ni siquiera dentro de ocho días cuando puede sobrevenir el primer daño... Antes de una hora, una catástrofe sin precedente, una lluvia de hierro y de fuego va a caer sobre vuestra ciudad... Una máquina digna del infierno y que alcanza a diez leguas está en estos momentos apuntando contra nosotros... Yo la he visto... Que las mujeres y los niños busquen, pues, un abrigo en el fondo de las cavernas que presenten algunas garantías de solidez, o que salgan de la ciudad al instante para buscar un refugio en la montaña... Que los hombres robustos se preparen para combatir el fuego por todos los medios posibles... El fuego: éste es, por el momento, vuestro único enemigo... Ni ejércitos ni soldados vendrán aún contra vosotros... El adversario que os amenaza ha desdeñado los medios de ataque ordinarios... Si los planes, si los cálculos de un hombre cuyo poder para el mal os es conocido, se realizan; si Herr Schultze no se ha equivocado por primera vez, va a declararse el incendio súbitamente en France-Ville, en cien lugares a la vez... En cien lugares diferentes habrá de tratarse de reducir las llamas, dentro de poco... Ocurra lo que ocurra, lo primero que hay que salvar es la población; porque, al fin, vuestras casas y vuestros monumentos, que no puedan ser salvados, y aun la ciudad entera que fuese destruida, con el oro y con el tiempo podría volver a edificarse.

En Europa habrían tomado a Marcelo por un loco; pero en América nadie se atrevería a negar los milagros de la ciencia, aun los más inesperados. Se escuchó al joven ingeniero, y, con la venia del doctor Sarrasin, se le creyó.

La multitud, subyugada más aún por el acento del orador que por sus palabras, le obedeció, sin pensar siquiera en discutirle. El doctor respondía de Marcelo Bruckmann. Eso bastaba.

Pero fueron dadas inmediatamente las órdenes oportunas, y los mensajeros partieron en todas direcciones para divulgarlas.

En cuanto a los habitantes de la ciudad, unos, cuando volvieron a sus viviendas, bajaron a las cuevas, resignados a soportar los horrores de un bombardeo; otros, a pie, a caballo o en coche, llegaron al campo y dieron la vuelta a las primeras pendientes de los Montes de las Cascadas.

Entretanto, y con todo apresuramiento, los hombres útiles acumulaban en la plaza mayor y en algunos otros puntos indicados por el doctor, todo cuando pudiese servir para combatir el fuego, esto es, agua, tierra y arena.

Mientras, en la sala de sesiones continuaba la deliberación en forma de diálogo.

Pero entonces parecía que Marcelo estaba obsesionado por una idea que no dejaba lugar a ninguna otra en su cerebro. No hablaba ya, y sus labios murmuraban sólo estas palabras:

—¡A las once y cuarenta y cinco...! ¿Será posible que ese maldito Schultze pueda experimentar en nosotros su execrable invento...?

De pronto, Marcelo sacó un cuaderno de su bolsillo. Hizo el gesto del hombre que solicita silencio, y, con el lápiz en la mano, trazó febrilmente algunas cifras en una de aquellas páginas. Entonces, se vio esclarecerse poco a poco su frente e iluminarse su semblante.

—¡Ah, amigos míos! —exclamó—. O estas cifras mienten, o todo cuanto tememos va a desvanecerse como una pesadilla, ante la evidencia de un problema de balística, cuya solución buscaba yo en vano... ¡Se ha equivocado Herr Schultze...! ¡El peligro con que nos amenaza no es más que un sueño! ¡Por una vez, ha fracasado su ciencia...! ¡Nada de cuanto ha anunciado ocurrirá ni puede ocurrir! ¡Su formidable obús pasará por encima de France-Ville sin tocarla, y, si algo nos queda por temer, será para lo sucesivo...!

¿Qué quería decir Marcelo...? No podían comprenderle...

Pero, entonces, el joven alsaciano expuso el resultado del cálculo que acababa de resolver, por fin. Su voz clara y vibrante explicó la demostración, haciéndola comprensible, incluso, para los ignorantes. La luz sucedía a las tinieblas; la tranquilidad, a la angustia... No sólo el proyectil no alcanzaría su objetivo. ¡Estaba destinado a perderse en el espacio!

El doctor Sarrasin aprobaba con el gesto la exposición de los cálculos de Marcelo, cuando, de pronto, dirigiendo su dedo hacia el reloj luminoso de la sala, dijo:

—Dentro de tres minutos sabremos si es Schultze o Marcelo Bruckmann quien tiene razón... Sea como sea, amigos míos, no lamentemos ninguna de cuantas precauciones hemos tomado, ni descuidemos nada de cuanto puede burlar el invento de nuestro enemigo... Si fracasara su disparo, como nos hace esperar lo que acaba de decirnos Marcelo, no será éste el último... ¡El odio de Herr Schultze no podrá darse por vencido y detenerse ante un fracaso...!

—¡Venid! —dijo Marcelo.

Y todos le siguieron hasta la plaza mayor.

Transcurrieron los tres minutos. Dieron las once y cuarenta y cinco en el reloj...

Cuatro segundos después, una masa oscura pasaba por las alturas del cielo, y, rápida como el pensamiento, se perdía mucho más allá de la ciudad, produciendo un siniestro silbido.

—¡Buen viaje! —exclamó Marcelo, prorrumpiendo en una carcajada—. Con esa velocidad inicial, el obús de Herr Schultze, que acaba de traspasar los límites de la atmósfera, no puede caer ya en el suelo terrestre...

Dos minutos después, se dejaba oír una detonación como un trueno sordo, que parecía haber salido de las entrañas de la tierra.

Era el ruido producido por el cañón de la Torre del Toro, y aquel ruido llegaba trece segundos después que el proyectil, el cual recorría el espacio a una velocidad de ciento cincuenta leguas por minuto.

## CAPÍTULO XIII

MARCELO BRUCKMANN AL PROFESOR SCHULTZE,  
STAHLSTADT

Me parece conveniente informar al Rey del Acero de que, afortunadamente, pasé anteayer la frontera de sus posesiones, prefiriendo mi salvación a la del modelo del cañón Schultze.

»Al formularle mi despedida, faltaría a todos mis deberes si no le hiciese conocer, a mi vez, mis secretos; pero esté usted tranquilo, pues no pagaré ese conocimiento con la vida.

»No me llamo Schwartz ni soy suizo. Soy alsaciano. Mi nombre es Marcelo Bruckmann. Soy un ingeniero aceptable, si se le ha de creer a usted, y, ante todo, soy francés. Se ha constituido usted en el enemigo implacable de mi país, de mis amigos y de mi familia. Abriga odiosos proyectos contra todo lo que yo amo. Me he atrevido a todo y lo he arriesgado todo por conocerlos, y haré todo lo posible porque fracasen.

»Me apresuro a hacerle saber que su primer disparo no ha logrado su objeto, a Dios gracias, y no lo ha conseguido porque no podía ser. Su cañón no es, ni mucho menos, archimaravilloso, y los proyectiles que arroja, con semejante carga de pólvora, y los que pueda arrojar, no harán mal a nadie. No caerán nunca en ninguna parte. Lo había presentido, y ahora, para mayor gloria de usted, estoy convencido de que Herr Schultze ha inventado un cañón terrible..., enteramente inofensivo.

»Así, pues, tengo la satisfacción de comunicarle que anoche vimos pasar su magnífico obús a las once horas, cuarenta y cinco minutos y cuatro segundos por encima de nuestra ciudad. Se dirigía hacia el oeste, se perdió en el vacío, y continuará gravitando así hasta la consumación de los siglos. Un proyectil animado de una velocidad inicial veinte veces superior a la velocidad actual, es decir, con una velocidad de diez mil metros por segundo, no puede «caer». Su movimiento de traslación, combinado con la atracción terrestre, hace de él un móvil destinado a circular siempre alrededor de nuestro globo.

»No debería usted ignorarlo.

»Espero, además, que el cañón de la Torre del Toro habrá quedado absolutamente deteriorado a causa de ese primer ensayo; pero no resulta demasiado caro pagar un millón de pesetas por darse el gusto de haber dotado al sistema planetario de un nuevo astro y a la tierra de un segundo satélite.

«MARCELO BRUCKMANN.»

Un mensajero partió inmediatamente de France-Ville para Stahlstadt. Se perdonará a Marcelo que no se negara la burlona satisfacción de hacer que llegase sin demora la precedente carta a poder de Herr Schultze.

Marcelo tenía razón, en efecto, cuando decía que el famoso obús, animado de aquella velocidad y traspasando Ja capa atmosférica, no caería sobre la superficie de la tierra; y tenía razón también cuando suponía que, ante aquella enorme carga de piróxilo, el cañón de la Torre del Toro debería quedar inutilizado.

La recepción de aquella carta constituyó para Herr Schultze un golpe terrible en su indomable amor propio. Mientras la leía, se quedó lívido, y, después de haberla leído, dejó caer la cabeza sobre el pecho, como si hubiese recibido un mazazo. No salió de aquel estado de postración hasta que hubo transcurrido un cuarto de hora, y entonces se entregó a un arrebató de ira. ¡Sólo Arminio y Sigimer podrían decir cómo fueron aquellas explosiones!

Sin embargo, Herr Schultze no era hombre que se diese por vencido. Una lucha sin tregua iba a entablarse, pues, entre él y Marcelo. ¿No le quedaban sus obuses cargados de ácido carbónico líquido, que podían ser disparados a corta distancia por unos cañones menos potentes y más prácticos...?

Apaciguado mediante un súbito esfuerzo, el Rey del Acero entró de nuevo en su despacho y reanudó el trabajo.

Estaba bien claro que France-Ville, más amenazada que nunca, no debía descuidarse en lo más mínimo para ponerse a la defensiva.

## CAPÍTULO XIV

## ZAFARRANCHO DE COMBATE

Si el peligro no era ya inminente, era todavía grave. Marcelo dio a conocer al doctor Sarrasin y a sus amigos todo cuanto sabía acerca de los preparativos de Herr Schultze y de sus máquinas de destrucción. A partir del día siguiente, el Consejo de defensa, en el que ingresó Marcelo, se ocupó en discutir un plan de resistencia y de preparar su ejecución.

En todo esto, el joven alsaciano fue secundado por Octavio, al que encontró moralmente cambiado, y con mucha ventaja.

¿Cuáles fueron las resoluciones adoptadas? Nadie lo supo al detalle. Sólo los principios generales fueron comunicados sistemáticamente a la prensa y hechos públicos. No era difícil reconocer en ellos la mano práctica de Marcelo.

—En toda defensa —se decía por la ciudad—, el asunto está en conocer las fuerzas del enemigo y adaptar el sistema de resistencia a esas mismas fuerzas. Sin duda, los cañones de Herr Schultze son formidables. Mejor es, sin embargo, tener enfrente esos cañones cuyo número, calibre, alcance y efectos se conocen, que tener que luchar contra elementos poco conocidos.

La cuestión era evitar el sitio de la ciudad, ya fuese por mar o por tierra.

Esto era lo que estudiaba con actividad el Consejo de defensa, y el día en que un cartel anunció que el problema estaba resuelto, no lo dudó nadie. Los ciudadanos acudieron en masa a ofrecerse para ejecutar los trabajos necesarios. Ningún empleo era desdeñado, siempre que pudiera contribuir a la obra de defensa.

Hombres de toda edad y de toda posición se convertían en simples obreros, en aquella circunstancia. El trabajo era ejecutado con rapidez y alegría. Fueron almacenados en la ciudad aprovisionamientos de víveres suficientes para doscientos años. La hulla y el hierro llegaron también en cantidades considerables. El hierro, como primera materia para el armamento; la hulla, como receptáculo de calor y de movimiento, ambos indispensables para la lucha.

Y, al mismo tiempo que la hulla y el hierro, se amontonaban en las plazas pilas gigantescas de sacos de harina y de trozos de carne ahumada, ruedas de queso, montañas de conservas alimenticias y de legumbres secas se acumulaban en los salones transformados en almacenes. Rebaños numerosos estaban encerrados en los jardines, que hacían de France-Ville un anchuroso prado.

Por fin, cuando apareció el decreto de movilización de todos los hombres aptos para tomar las armas, el entusiasmo que lo acogió demostró una vez más las excelentes disposiciones de aquellos soldados ciudadanos. Equipados sencillamente con chaquetas de lana, pantalones de tela y botas; cubiertos con un buen sombrero de cuero y armados de fusiles Werder, maniobraban en las avenidas.

Enjambres de chinos removían la tierra, abrían fosos, construían trincheras y reductos en todos los lugares favorables. Había comenzado la fundición de piezas de artillería, y funcionaban con actividad. Una circunstancia muy favorable para aquellos trabajos era la de que se pudiese utilizar el gran número de hornos fumívoros que poseía la ciudad y que fueron transformados fácilmente en hornos de fundición.

En medio de aquel movimiento incesante, Marcelo se mostraba infatigable. Estaba en todo y en todas partes. Si se presentaba una dificultad teórica o práctica, sabía resolverla al punto.

Si era preciso, se arremangaba los brazos y enseñaba así un medio expedito de trabajar con rapidez. De este modo, su autoridad era aceptada sin reparos y sus órdenes puntualmente ejecutadas siempre.

Después de él. Octavio era el mejor. Si, en un principio, se había propuesto adornar su uniforme con muchos galones de oro, renunció luego, comprendiendo que, para comenzar, no debía ser más que un simple soldado...

Ingresó, pues, en el batallón que se le asignó, y supo conducirse como un soldado modelo. A los que se lamentaban de ellos, les decía:

—Cada uno según sus méritos... Tal vez yo no hubiera sabido mandar... Al menos, sabré obedecer.

Una noticia —falsa, por cierto— fue de pronto a imprimir a los trabajos de defensa mayor impulso. Según se decía, Herr Schultze trataba de negociar con unas compañías marítimas para el transporte de sus cañones. A partir de aquel momento, los infundios se sucedieron todos los días. Unas veces era que la flota schultziana había llegado a Franceville, y otras que el ferrocarril de Sacramento había sido cortado por unos ulanos que habían aparecido de pronto, como caídos del cielo.

Pero aquellos rumores, contradichos enseguida, eran inventados por los cronistas, con objeto de excitar la curiosidad de sus lectores. La verdad era que Stahlstadt no daba señales de vida.

Aquel silencio absoluto, que le permitía a Marcelo disponer de tiempo suficiente para completar sus trabajos de defensa, no dejaba de inquietarle un tanto en sus escasos instantes de ocio.

—¿Habrá cambiado ese bandido sus baterías y preparará algún nuevo artificio? —se preguntaba algunas veces.

Pero el plan de detener a los navíos enemigos o de impedir el cerco prometía responder a todo, y Marcelo, en sus momentos de inquietud, redoblaba la actividad.

Su único placer y su único reposo, después de una laboriosa jornada, era la hora breve que todas las noches pasaba en el salón de la señora Sarrasin.

El doctor le había exigido, desde los primeros días, que acudiese habitualmente a comer a su casa, salvo en el caso de que se lo impidiera cualquier otro compromiso; pero, en virtud de un fenómeno singular, el caso de un compromiso, bastante seductor para que Marcelo renunciase a aquel privilegio, no se había presentado todavía. La eterna partida de ajedrez del doctor con el coronel Hendon no ofrecía, sin embargo, un interés lo suficientemente palpitante para explicar aquella asiduidad. Forzoso es pensar, pues, que otro encanto obraba sobre Marcelo, y acaso pudiera suponerse cuál era su naturaleza, aunque, con toda seguridad, ni siquiera la sospechaba él mismo, al observar el interés que parecían manifestar por él, en sus conversaciones nocturnas, la señora de Sarrasin y la señorita Juana, cuando se hallaban los tres sentados junto a la mesa donde las dos valientes mujeres preparaban todo cuanto pudiera ser necesario para el servicio futuro de las ambulancias.

—¿Serán mejores esos nuevos clavos de acero que los otros cuyo dibujo nos ha enseñado usted? —preguntaba Juana, que se interesaba por todos los trabajos de la defensa.

—No cabe duda, señorita —respondía Marcelo.



—¡Ah, cuánto me alegro...! ¡Y que el menor detalle industrial represente tantos estudios y tanto trabajo...! Me decía usted que los ingenieros abrieron ayer quinientos metros más de foso... Es mucho, ¿verdad...?

—No; ni siquiera es bastante... A este paso, no habremos terminado el cerco a últimos de mes...

—Quisiera verlo terminado, y que esos malditos schultzianos llegasen... ¡Qué suerte tienen los hombres de poder obrar y ser útiles...! Así, la espera resulta menos larga para ellos que para nosotras, que para nada servimos...

—¡Que no sirven para nada! —exclamaba Marcelo, de ordinario—. ¡Que no sirven para nada...! Según eso, ¿para quiénes trabajan esos valientes que lo han abandonado todo por hacerse soldados, sino para asegurar el descanso y la felicidad de sus madres, de sus mujeres, de sus novias...? ¿De dónde proviene el ardor de todos ellos, sino de ustedes, y en quiénes estimularán ustedes ese amor al sacrificio, sino...?

Ante aquella palabra, Marcelo se detuvo, un poco confuso. La señorita Juana no insistió, y la buena señora de Sarrasin se consideró obligada a cerrar la discusión, diciendo al joven que el amor al deber bastaba, sin duda, para explicar el celo de la mayoría.

Y cuando Marcelo, requerido por la despiadada tarea, obligado a terminar un proyecto o un presupuesto, se substraía con pesar a aquella agradable charla, se llevaba consigo la inquebrantable resolución de salvar a France-Ville, o, por lo menos, a sus habitantes.

No se esperaba lo que iba a pasar, y, sin embargo, aquello era la consecuencia lógica, inevitable, de aquel estado de cosas contra natura, de aquella concentración de todos en uno solo, que era la ley fundamental de la Ciudad del Acero.

## CAPÍTULO XV

## LA BOLSA DE SAN FRANCISCO

La Bolsa de San Francisco, expresión algebraicamente condensada de un inmenso movimiento industrial y comercial, es una de las más animadas y de las más extrañas del mundo. Por una consecuencia natural de la posición geográfica de la capital de California, participa del carácter cosmopolita, que es uno de sus rasgos más marcados. Bajo sus pórticos, de hermoso granito rojo, el sajón de los cabellos rubios y de elevada talla se codea con la celta de tez mate, de cabellos muy negros y de miembros más flexibles y más finos. El negro encuentra allí al finés y al indio. El polinesio ve con sorpresa al groenlandés. El chino de ojos oblicuos y de coleta cuidadosamente trenzada compite en fineza con el japonés, su enemigo histórico. Todas las lenguas, todos los dialectos, todas las jergas tropiezan como en una Babel moderna.

La apertura del mercado del 12 de octubre en aquella Bolsa, única en el mundo, no presentó nada de extraordinario. Aproximadamente a las once, se vio a los principales corredores y agentes de negocios abordarse con alegría o con seriedad, según sus temperamentos particulares, cambiar apretones de manos, dirigirse al café y preludiar con libaciones propiciatorias las operaciones de la jornada. Uno a uno, iban a abrir la puertecita de cobre de los casilleros numerados que reciben en el vestíbulo correspondencia de los abonados, sacaban de aquéllos enormes paquetes de cartas y los ojeaban distraídamente.

Bien pronto se formaron los primeros corrillos del día, al mismo tiempo que la multitud atareada engrosaba de un modo insensible. Un ligero murmullo se elevó en los grupos, cada vez más numerosos.

Entonces comenzaron a llover telegramas desde todos los puntos del globo. Apenas pasaba un minuto sin que un trozo de papel azul, leído a voces en medio de la tempestad de gritos, no fuese a aumentar, en la pared del norte, la colección de telegramas fijados por los ordenanzas de la Bolsa.

La intensidad del movimiento crecía de minuto en minuto. Los empleados entraban corriendo, volvían a salir, se precipitaban hacia la oficina telegráfica y entregaban las respuestas. Todos los cuadernos eran abiertos, anotados, emborronados o rasgados. Una especie de locura contagiosa parecía haber tomado posesión de la multitud, cuando, a eso de la una, pareció pasar algo misterioso, como un estremecimiento, a través de aquellos grupos agitados.

Una noticia asombrosa, inesperada, increíble, acababa de ser llevada por uno de los asociados del «Banco del Far-West» y circulaba con la rapidez del relámpago.

Unos decían:

—¡Qué burla...! ¡Eso es una maniobra...! ¿Cómo admitir semejante embuste?

—¡Eh, eh! —exclamaban otros—. No hay humo sin fuego...

—¿Acaso se zozobra en una situación como ésa?

—¡Se zozobra en todas las situaciones!

—Sólo los inmuebles y las herramientas, caballero, representan más de cuatrocientos millones de pesetas —decía éste.

—Sin contar las fundiciones y el acero, los aprovisionamientos y los productos fabricados —añadía aquél.

—¡Pardiez...! ¡Eso digo yo...! ¡Schultze vale cuatrocientos cincuenta millones de pesetas, y estoy dispuesto a demostrarlo cuando se quiera, con su activo...!

—Entonces, ¿cómo se explica usted esa suspensión de pagos?

—No me la explico... ¡No la creo!

—¡Como si esas cosas no sucediesen todos los días, en las casas más reputadas y sólidas!

—¡Stahlstadt no es una casa, es una ciudad!

—Al fin y al cabo, es imposible que haya terminado todo... ¡No puede dejar de formarse una compañía que continúe los negocios...!

—Entonces, ¿por qué diablos no la ha formado Schultze, antes de dejarse protestar...?

—¡Justamente, caballero! ¡Eso es tan absurdo, que no tiene lógica posible...! Será pura y sencillamente una falsa noticia, propagada quizá por Nash, que tiene una necesidad terrible de una alza en los aceros...

—¡No se trata de una falsa noticia...! No sólo Schultze está en quiebra, sino que ha huido.

—¡Vamos...!

—¡Ha huido, caballero...! ¡En este instante acaba de ser fijado un telegrama que lo dice...!

Una verdadera ola humana rodó hacia el cuadro de telegramas. El último trozo de papel azul estaba concebido en estos términos:

«Nueva York, 12 horas, 10 minutos. — Banco Central. Fábrica Stahlstadt. Suspendido pagos. Pasivo conocido; doscientos treinta y cinco millones de pesetas. Schultze desaparecido.»

Esta vez, aunque era muy sorprendente la noticia, ya no podía dudarse, y entonces comenzaron a sucederse las hipótesis.

A las dos, comenzaron a inundar la plaza las listas de quiebras secundarias, derivadas de la de Herr Schultze. El Minning Bank, de Nueva York, era el que más perdía. La casa Westerley e Hijos, de Chicago, se encontraba perjudicada en treinta y cinco millones de pesetas; la casa Milwaukee, de Buffalo, en veinticinco millones; el Banco Industrial de San Francisco, en siete millones y medio... A continuación, figuraban al por menor las casas de tercer orden.

Sin que fuesen esperadas siquiera aquellas noticias, las consecuencias naturales del acontecimiento se desarrollaban con furor.

El mercado de San Francisco, tan pesado por la mañana, al decir de los expertos, no lo era tanto a las dos. ¡Qué sobresaltos! ¡Qué alzas! ¡Qué desenfrenado desencadenamiento de la especulación!

¡Alza en los aceros, que subían de minuto en minuto! ¡Alza en las hullas! ¡Alza en las acciones de todas las fundiciones de la Unión americana! ¡Alza en los productos de todas clases, fabricados por la industria del hierro! ¡Alza en los terrenos de France-Ville...! Después de haber descendido hasta cero y desaparecido de la cotización, como consecuencia de la declaración de guerra, se encontró súbitamente elevada a novecientas pesetas por precio solicitado...

A partir de aquella misma noche, las agencias de noticias fueron tomadas por asalto. Tanto *El Herald* como *La Tribuna*, el *Alta* como *El Guardián*, *El Eco* como *El Globo*, insertaron, en grandes caracteres, las escasas informaciones que habían podido recoger, informaciones que, en suma, casi se reducían a la nada.

Todo cuanto se sabía era que, aceptada el 25 de setiembre por Herr Schultze una operación efectuada por Jackson, Eider y Compañía de Buffalo, y cuyo importe ascendía a cuarenta millones de pesetas, y habiendo sido presentada la correspondiente letra a Schering. Strauss y Compañía, banqueros del Rey del Acero en Nueva York, estos señores habían comprobado que, verificado el balance del crédito de su cliente, éste era insuficiente para responder de aquel enorme pago, e inmediatamente le habían dado aviso telegráfico del hecho sin haber obtenido contestación; que, entonces, habían recurrido a sus libros, y habían comprobado, estupefactos, que, desde hacía trece días, no habían llegado de Stahlstadt ninguna letra ni valor alguno; que, a partir de aquel momento, las letras y los cheques recibidos por Herr Schultze para su pago se habían ido acumulando cotidianamente para sufrir la suerte común y volver al punto de origen con la indicación «no effects» (no hay fondos).

Durante cuatro días, las peticiones de informes, los inquietantes telegramas, las indagaciones furiosas se habían dirigido, de una parte, a la casa de banca, y, de otra, a Stahlstadt.

Por fin, había llegado una respuesta decisiva:

«Herr Schultze ha desaparecido desde el 17 de setiembre —decía el telegrama—. Nadie puede proporcionar el menor esclarecimiento de este misterio. No ha dejado órdenes, y las cajas del sector están vacías.»

Desde entonces no había sido posible disimular la verdad. Los principales acreedores se habían recelado y habían depositado sus efectos ante el tribunal de comercio. La bancarrota se fue determinando en el transcurso de algunas horas y con la rapidez de la pólvora, arrastrando consigo su cortejo de ruinas secundarias. El 13 de octubre, a las doce del día, el total de las sumas reclamadas por los acreedores conocidos era de doscientos treinta y cinco millones de pesetas. Todo hacía prever que, con las deudas complementarias, el pasivo se aproximaría a trescientos millones.

He aquí lo que se sabía y lo que todos los periódicos relataban, sobre poco más o menos. No hay para qué decir que todos anunciaban para el día siguiente las noticias más nuevas y más sensacionales.

Y, al efecto, todos se habían apresurado a enviar sus corresponsales camino de Stahlstadt.

A partir del 14 de octubre por la noche, la Ciudad del Acero se había visto invadida por un verdadero ejército de reporteros con el cuaderno abierto y el lápiz en la mano. Pero aquel ejército fue a estrellarse, como una ola, contra el cerco de Stahlstadt. Continuaba mantenida la consigna, y, a pesar de que los reporteros recurrieron a todos los posibles procedimientos de seducción, nada consiguieron.

Sin embargo, pudieron comprobar que los obreros no sabían nada y que en nada habían cambiado las rutinas de sus correspondientes sectores. Sólo los capataces habían anunciado la víspera, por orden superior, que ya no había fondos en las cajas particulares ni habían llegado instrucciones del Bloque central, y que, por consiguiente, los trabajos quedarían suspendidos hasta el sábado siguiente, salvo aviso en contrario.

Todo esto, en lugar de aclarar la situación, no hacía más que complicarla. Que Herr Schultze había desaparecido desde hacía cerca de un mes, nadie lo dudaba; pero cuál era la causa y el alcance de aquella desaparición, nadie lo sabía. Una vaga impresión de que el misterioso personaje iba a reaparecer de un momento a otro contenía hasta cierto punto las inquietudes.

En la fábrica, durante los primeros días, los trabajos habían continuado como de ordinario, en virtud de la velocidad adquirida. Cada uno había proseguido su tarea parcial dentro del limitado horizonte de su sección. Las cajas particulares habían abonado los jornales todos los sábados. La caja principal había hecho frente hasta aquel día a las necesidades locales. Pero la centralización había llevado a Stahlstadt a un alto grado de perfección; su dueño se había reservado de una manera demasiado absoluta la intervención de todos los asuntos, para que su ausencia no llevase consigo, en un plazo muy corto, la forzosa paralización de las máquinas. Así es que, del 17 de setiembre, día en que, por última vez, había dado órdenes, hasta el 13 de octubre, en que la noticia de la suspensión de pagos había estallado como un fogonazo, millares de cartas —un gran número de ellas contenían, indudablemente, valores considerables— que llegaron al puesto de Stahlstadt, habían sido depositadas en el buzón del Bloque central, y, sin duda alguna, habían llegado al despacho de Herr Schuitze. Pero sólo él se reservaba el derecho de abrirlas, opinar acerca de ellas mediante unas frases escritas en lápiz rojo y transmitir su contenido al cajero principal.

Los funcionarios más elevados de la fábrica ni siquiera habrían pensado nunca en salir de sus atribuciones regulares. Investidos ante sus subordinados de un poder casi absoluto, todos ellos estaban sometidos a Herr Schuitze —y aun sometidos a su único recuerdo—, como otros tantos instrumentos sin autoridad, sin iniciativa y sin voz ni voto. Cada uno se había limitado, pues, a la reducida responsabilidad de su mandato, y había esperado, calculado y «visto venir» los acontecimientos.

Al fin, los acontecimientos habían llegado. Aquella situación singular se había prolongado hasta el momento en que las principales casas interesadas, alarmadas súbitamente, habían teleografiado, solicitado una respuesta, reclamado, protestado, tomado, en fin, sus precauciones legales. Se había necesitado de todo aquel tiempo para llegar hasta aquello. Nadie se decidió con gusto a creer en una notoria prosperidad del negocio, al ver que su director ponía los pies en polvorosa. Y, a la sazón, el hecho estaba patente: Herr Schultze se había librado de sus acreedores.

Esto era todo cuanto los reporteros pudieron llegar a saber. El célebre Meiklejohn, ilustre por haber logrado arrancar declaraciones políticas al presidente Grant, el hombre más taciturno del siglo; el infatigable Blunderbuss, famoso por haber sido el primero que, siendo simple corresponsal del *World*, anunció al zar la gran noticia de la capitulación de Plewna, aquellos dos grandes hombres del reportaje no habían sido aquella vez más afortunados que sus compañeros. Se habían visto obligados a reconocer que *La Tribuna* y el *World* no podían pronunciar todavía la última palabra acerca de la quiebra de Schultze.

Lo que hacía de aquel siniestro industrial un acontecimiento casi único, era aquella situación extraña de Stahlstadt, aquel estado de ciudad independiente y aislada que no permitía llevar a cabo ninguna información regularizada y legal. Ciertamente era que la firma de Herr Schultze había sido protestada en Nueva York, y sus acreedores tenían sobradas razones para pensar que el activo representado por la fábrica podría indemnizarles, hasta cierto punto; pero, ¿a qué tribunal habrían de dirigirse para obtener la incautación o la intervención legal? Stahlstadt se había convertido en un territorio especial, no clasificado aún, donde todo pertenecía a Herr Schultze. ¡Si siquiera hubiese dejado un representante, un consejo de administración, un sustituto...! Pero, no; ni siquiera había un tribunal, un consejo judicial... Sólo él era el rey, el juez supremo, el general en jefe, el notario, el abogado, el tribunal de comercio de su ciudad... Había realizado en su persona el ideal de la centralización.

Así, pues, ausente él, todo el mundo se encontraba ante la nada absoluta, y todo aquel edificio formidable se derrumbaría como un castillo de naipes...

En cualquiera otra situación, los acreedores hubieran podido formar un sindicato, substituir a Herr Schultze, alargar la mano hacia su activo y apoderarse de la dirección de

los negocios. A juzgar por las apariencias, habrían reconocido que, para que las máquinas funcionasen, sólo faltaba un poco de dinero y un poder regulador.

Pero nada de aquello era posible. Faltaba el instrumento legal que operase aquella substitución. Todo el mundo se encontraba detenido por una barrera moral más infranqueable, si hubiera sido posible, que las circunvalaciones elevadas alrededor de la Ciudad de Acero. Los infortunados acreedores veían la equivalencia de su deuda, y se hallaban en la imposibilidad de apropiársela.

Todo cuanto pudieron hacer fue reunirse en asamblea general, ponerse de acuerdo y dirigir una súplica al Congreso para que tomase cartas en el asunto, amparase los intereses de sus compatriotas, decretase la anexión de Stahlstadt al territorio americano e hiciese entrar, así, a aquella creación monstruosa en el derecho común de la civilización. Varios miembros del Congreso estaban personalmente interesados en el asunto; por una parte, pues, la súplica estaba de acuerdo con el carácter americano, y había motivo para pensar que sería coronada por un pleno éxito. Por desgracia, no actuaba el Congreso, y era de temer que transcurriese demasiado tiempo antes de que el asunto pudiese ser sometido a deliberación.

Mientras se esperaba ese momento, nada llegaba ya a Stahlstadt, y los hornos se iban apagando uno a uno.

Así, pues, la consternación era profunda en aquella población de diez mil familias que vivían de la fábrica. Pero, ¿qué hacer...? ¿Continuar el trabajo, con la esperanza de un jornal que acaso tardaría en llegar seis meses o que quizá no llegase nunca...? Nadie era de esa opinión. Además, ¿qué trabajos habrían de hacer? La fuente de los encargos se había agotado al mismo tiempo que las otras. Todos los clientes de Herr Schultze, para reanudar sus relaciones, aguardaban la solución legal. Los jefes de sección, los ingenieros y los capataces, privados de órdenes, no podrían resolver...

Hubo reuniones, mítines, discursos y proyectos. No se tomó ningún acuerdo, porque no era posible. La falta de trabajo arrastró bien pronto consigo su cortejo de miseria, de desesperaciones y de vicios. Vacío el taller, la taberna se llenaba. Por cada chimenea que dejaba de humear en la fábrica, se veía nacer una taberna en las aldeas de los alrededores.

Los mejores obreros, los más expertos, los que habían sabido prever que llegarían los días difíciles y guardar un ahorro, se apresuraron a huir con todos sus bártulos, con las herramientas y con sus mujeres, y sus mofletudos hijos quedaban encantados por el espectáculo que presenciaban desde las ventanillas de los vagones...

Partieron, pues, se desperdigaron por los cuatro puntos del horizonte, y bien pronto encontraron —uno al sur, otro al este, otro al norte— otra fábrica, otro yunque, otro hogar...

Pero para uno, para diez que pudieran realizar aquel sueño, ¡cuántos había a quienes la miseria retenía en aquel lugar...! Estos se quedaron con la mirada vaga y el corazón inquieto...

Se quedaron, vendiendo sus pobres ajuares a esa nube de pájaros de presa con figura humana que se posan por instinto sobre todos los grandes desastres, acorralados en pocos días por tremendos expedientes, y privados bien pronto de crédito y de jornal, de esperanza y de trabajo, y viendo prolongarse ante ellos, sórdido como el invierno que iba a comenzar, un porvenir de miseria...

## CAPÍTULO XVI

## DOS FRANCESES CONTRA UNA CIUDAD

Cuando llegó a France-Ville la noticia de la desaparición de Schultze, la primera frase de Marcelo Bruckmann fue:

—¿No se tratará de una estratagema?

Reflexionando, se dijo que, sin duda, los resultados de semejante estratagema habrían sido demasiado graves para Stahlstadt, y que, en buena lógica, la hipótesis era inadmisibles. Pero se dijo también que el odio no razona, y que el odio exasperado de un hombre como Herr Schultze podía hacer capaz a éste, en un momento dado, de sacrificarlo todo en aras de su pasión... Fuese como fuese, era preciso estar alerta...

A instancias suyas, el Consejo de defensa redactó inmediatamente una proclama para exhortar a los habitantes a que estuviesen en guardia ante las falsas noticias propagadas por el enemigo con objeto de reducir su vigilancia.

Los trabajos y los ejercicios, activados con más ardor que nunca, acentuaron la réplica que France-Ville consideró conveniente dirigir a lo que podía no ser más que una maniobra de Herr Schultze; pero los, detalles, verdaderos o falsos, suministrados por los periódicos de San Francisco, de Chicago y de Nueva York, las consecuencias financieras y comerciales de la catástrofe de Stahlstadt y todo aquel conjunto de pruebas indeterminadas, sin valor por separado y poderosas por su acumulación, no dejaron lugar a dudas.

Una buena mañana, la ciudad del doctor despertó definitivamente salvada, como un durmiente que se libra de un mal sueño por el simple hecho de despertar. Sí; France-Ville estaba evidentemente fuera de peligro, sin haber tenido que verter una gota de sangre, y Marcelo, que había llegado a adquirir una convicción absoluta de ello, fue el que dio la noticia, utilizando todos los medios de publicidad de que disponía.

Entonces se produjo un movimiento unánime de animación y de júbilo, un anhelo de fiesta, un inmenso suspiro de consuelo... Se estrechaban las manos unos a otros, se felicitaban, se invitaban a comer... Las mujeres exhibían nuevos atavíos; los hombres se despedían momentáneamente de los ejercicios, de las maniobras y de los trabajos... Todo el mundo aparecía tranquilo, satisfecho, radiante... Hubiérase dicho que era aquélla una ciudad de convalecientes...

Pero el que estaba más contento de todos era, sin duda, el doctor Sarrasin. El buen hombre se consideraba responsable de la suerte de todos aquellos que, confiando en él, habían ido a establecerse en su territorio y a ponerse bajo su protección. Desde hacía un mes, el temor de haberles llevado a su perdición, cuando sólo deseaba su felicidad, no le había dejado un momento de reposo. Por fin, se había librado de tan terrible inquietud y respiraba tranquilo.

En cambio, el peligro común había unido más íntimamente a todos los ciudadanos. Todas las clases habían ido aproximándose cada vez más y se habían reconocido como hermanos, animados por sentimientos semejantes, movidos por los mismos intereses. Cada uno había sentido agitarse en su corazón a un nuevo ser. Para los habitantes de

France-Ville había nacido ya la «patria». Habían temido, habían sufrido por ella, y habían comprendido cuánto la amaban...

Los resultados materiales de los preparativos de defensa fueron también ventajosos para la ciudad. Ésta había aprendido a conocer sus fuerzas, y ya no habría que improvisarlas. Todos estaban más seguros de sí. Para lo sucesivo, estarían dispuestos a todo.

Por último, nunca la suerte que podía esperarse de la obra realizada por el doctor Sarrasin se había mostrado tan brillante. Y, cosa rara, tampoco se mostró ingrata con Marcelo. Aunque la salvación de todos no se debía precisamente a su obra, se hicieron actos públicos de agradecimiento en favor del joven ingeniero, como organizador de la defensa, al que se debía el que la ciudad hubiera triunfado, si los proyectos de Herr Schultze hubieran sido puestos en ejecución.

Marcelo, sin embargo, no consideraba que su actuación hubiese terminado.

El misterio que rodeaba a Stahlstadt podía encerrar aún algún peligro. No quedaría satisfecho sino después de haber convertido en plena luz las tinieblas que envolvían aún a la Ciudad del Acero.

Determinó, pues, volver a Stahlstadt y no retroceder ante nada, hasta obtener la última palabra de sus últimos secretos.

El doctor Sarrasin procuró demostrarle que la empresa sería difícil y quizás estuviera erizada de peligros; que yendo allá iba a hacer una especie de descenso a los infiernos; que podía encontrar sabía Dios cuántos abismos abiertos a su paso... Herr Schultze, según él lo había descrito, no era un hombre que desapareciese impunemente para todos, sólo para sepultarse bajo las ruinas de todas sus esperanzas... Se tenía derecho a temerlo todo de la última idea de un personaje semejante... ¡Sólo podía recordar la terrible agonía del perro...!

—Precisamente, querido doctor, porque creo que todo cuanto usted se imagina es posible —les respondió Marcelo—, considero que mi deber consiste en ir a Stahlstadt... Es como una bomba, y a mí me corresponde arrancarle la mecha antes de que estalle... Ahora, le solicito su autorización para llevarme conmigo a Octavio...

—¡Octavio! —exclamó el doctor.

—¡Sí! Ahora es un buen muchacho, con el cual se puede contar, y yo le aseguro que este paseo le sentará bien.

—¡Que Dios os proteja a ambos! —respondió, conmovido, el anciano, abrazando a Marcelo.

Al día siguiente, por la mañana, un coche, después de haber atravesado las aldeas abandonadas, dejaba a Marcelo y a Octavio a las puertas de Stahlstadt. Los dos llegaban bien equipados, bien armados y bien decididos a no volver sin haber esclarecido aquel sombrío misterio.

Iban el uno al lado del otro por el camino exterior que daba la vuelta a las fortificaciones, y, a decir verdad, lo que Marcelo había dudado con obstinación hasta aquel momento, se presentaba a la sazón ante él.

Era evidente que la fábrica estaba por completo inactiva.

Desde aquel camino que iba recorriendo con Octavio, bajo el cielo oscuro y sin una estrella, habría distinguido en otro tiempo la luz del gas, el relámpago encendido por la bayoneta de un centinela, mil señales de vida, a la sazón ausentes. Las ventanas iluminadas de los sectores se habrían mostrado como vidrieras resplandecientes... A la sazón, todo aparecía sombrío y mudo. Sólo la muerte parecía cernerse sobre la ciudad, cuyas altas chimeneas se levantaban en el horizonte, como esqueletos. Los pasos de Marcelo y de su acompañante resonaban en la calzada desierta. La impresión de soledad y desolación era tan grande, que Octavio no pudo por menos de decir:



—¡Es singular...! ¡Nunca he oído un silencio semejante a éste...! ¡Diríase que estamos en un cementerio...!

Eran las siete cuando Marcelo y Octavio llegaron al borde del foso, frente a la puerta principal de Stahlstadt. Ningún ser viviente se manifestaba en lo alto de la muralla, y de los centinelas que en otro tiempo se erguían de distancia en distancia, semejantes a postes humanos, ya no quedaba la menor huella. El puente levadizo estaba levantado, abriendo ante la puerta un abismo de cinco a seis metros de ancho.

Se necesitaba más de una hora para conseguir amarrar el extremo de un cable a una de las vigas, arrojándolo con la mano. Después de muchos trabajos, sin embargo, Marcelo lo consiguió, y Octavio, suspendido de la cuerda, pudo subir a pulso hasta el dintel de la puerta. Marcelo le entregó entonces, una a una, todas las armas y las municiones. Luego emprendió, a su vez, el mismo camino.

Ya no quedaba más que trasladar el cable al otro lado de la muralla, hacer que descendiese toda la *impedimenta* como había subido, y, por último, dejarle deslizarse hacia abajo.

Los dos jóvenes se encontraron entonces en el camino de circunvalación que Marcelo recordaba haber seguido el primer día de su entrada en Stahlstadt. En todas partes se manifestaban la soledad y el silencio más completo. Ante ellos se elevaba, negra y muda, la mole imponente de los edificios, que, desde sus mil ventanas encristaladas, parecían contemplar a aquellos intrusos, como para decirles:

—¿Adónde vais...? ¡No tenéis para qué intentar penetrar nuestros secretos...!

Marcelo y Octavio celebraron consejo.

—Lo mejor es atacar la puerta O, que ya conozco —dijo Marcelo.

Se dirigieron hacia el oeste, y bien pronto llegaron ante el arco monumental que ostentaba la letra O. Los dos macizos batientes de roble con grandes clavos de acero estaban cerrados. Marcelo se acercó a ellos y los golpeó varias veces con un pedrusco que recogió del suelo.

Sólo el eco le respondió.

—¡Manos a la obra! —exclamó, dirigiéndose a Octavio.

Hubo de comenzar de nuevo el penoso trabajo de lanzar la amarra por encima de la puerta, con el fin de buscar un obstáculo donde pudiese engancharla sólidamente. Aquello era difícil; pero, por fin, Marcelo y Octavio consiguieron franquear la muralla y se encontraron en medio del sector O.

—¡Bueno! —exclamó Octavio—. ¿Y a qué vienen tantos trabajos...? ¡Sí que hemos adelantado mucho! ¡Acabamos de trasponer un muro, y nos encontramos en presencia de otro...!

—¡Silencio en las filas —respondió Marcelo—. Precisamente éste es mi antiguo taller... No estaría de más que volviera a verlo y cogiese de paso algunas herramientas que podrán hacernos mucha falta, sin olvidar tampoco unos saquitos de dinamita...

Se hallaban en la gran sala de colado, donde el joven alsaciano fue admitido cuando llegó a la fábrica. ¡Qué lúgubre estaba, a la sazón, con sus hornos apagados, sus raíles enmohecidos y sus grúas polvorientas, que levantaban en el aire sus grandes brazos impotentes...! Todo aquello ponía frío en el corazón, y Marcelo experimentaba la necesidad de divertirse...

—He aquí un taller que te interesará más adelante —dijo a Octavio, precediéndole por el camino que conducía a la cantina.

Octavio hizo un signo de aquiescencia, que se convirtió en un signo de satisfacción, cuando distinguió, alineados sobre una mesita de madera, todo un regimiento de frascos rojos, amarillos y verdes. Algunas conservas ponían de manifiesto también sus estuches de

hojalata, grabados con las mejores marcas. Allí había con qué hacer una buena comida, cuya necesidad, además, se dejaba sentir. Fue servido, pues, el cubierto sobre el mostrador de estaño, y los dos jóvenes recobraron las fuerzas para continuar su expedición.

Mientras comía, Marcelo pensaba lo que había de hacer. Escalar la muralla del Bloque central, no había ni qué pensarlo. Aquella muralla era prodigiosamente alta y estaba aislada del resto de los edificios, sin un saliente en el que se pudiese enganchar una cuerda. Para encontrar la puerta —probablemente la única— habría sido preciso recorrer todos los sectores, y aquello no constituía una operación tan fácil... Quedaba el empleo de la dinamita, desde luego muy afortunado, pues parecía imposible que Herr Schultze hubiese desaparecido sin sembrar de trampas el terreno que abandonaba, sin oponer contraminas a las minas que los que pretendieran apoderarse de Stahlstadt no dejarían de establecer... Pero nada de aquello podía hacer retroceder a Marcelo.

Viendo repuesto a Octavio, Marcelo se dirigió con él hacia el extremo de la calle que formaba la parte central del sector, hasta llegar al pie de la gran muralla de piedra tallada.

—¿Qué te parece, si hiciéramos una boca de mina ahí dentro? —preguntó.

—Será arduo, pero nosotros no somos unos holgazanes —respondió Octavio, dispuesto a intentarlo todo.

Comenzó el trabajo. Fue preciso descalzar la base de la muralla, introducir una palanca por el intersticio de las dos piedras, arrancar una, y, por último, con ayuda de un parahuso, efectuar el taladro de varios agujeros paralelos. A las diez, todo estaba terminado, los salchichones de dinamita estaban en su sitio y fue encendida la mecha.

Marcelo sabía que ésta duraría cinco minutos, y como había observado que la cantina, situada en un sótano, formaba una verdadera cueva abovedada, fue a refugiarse allí con Octavio.

De pronto, el edificio, y también la cueva, fueron sacudidos como por efecto de un temblor de tierra. Una detonación formidable, semejante a la de tres o cuatro baterías de cañón que disparasen a la vez, desgarró los aires, inmediatamente a continuación de la sacudida. Luego, al cabo de tres o cuatro segundos, cayó al suelo un alud de escombros que se desparramó en todos sentidos.

Durante algunos instantes, se oyó un trueno continuo de techos que se hundían, vigas que crujían y paredes que se derrumbaban, en medio de un estrépito de cristales rotos.

Por fin, cesó la horrible barahúnda. Octavio y Marcelo abandonaron entonces su escondite.

Aunque estaba muy acostumbrado a los prodigiosos efectos de las sustancias explosivas, Marcelo quedó maravillado de los resultados que había obtenido. La mitad del sector había volado, y los desmantelados muros de todos los talleres contiguos al Bloque central parecían los de una ciudad bombardeada. Por todas partes los escombros amontonados, los trozos de vidrio y el yeso cubrían el suelo, en tanto que las nubes de polvo bajaban con lentitud del cielo, a donde la explosión las había proyectado, y caían como un manto de nieve sobre todas aquellas ruinas.

Marcelo y Octavio corrieron hacia la muralla interior. Estaba destruida también en una extensión de quince a veinte metros, y, al otro lado de la brecha, el ex dibujante del Bloque central distinguió el patio, tan conocido por él, donde había pasado tantas horas monótonas.

Desde el momento en que aquel patio no estaba ya guardado, la reja de hierro que lo rodeaba no era infranqueable... Y bien pronto fue franqueada.

En todas partes se apreciaba el mismo silencio.

Marcelo pasó revista a los talleres donde, en otro tiempo, sus compañeros admiraban sus dibujos. En un rincón encontró de nuevo, medio bosquejado y unido a la tabla de

dibujo, el diseño de una máquina de vapor que había comenzado, cuando una orden de Herr Schultze lo condujo al parque. En el salón de lectura volvió a ver los periódicos y los libros que le eran familiares.

Todas las cosas conservaban la fisonomía propia de una paralización, de una vida interrumpida bruscamente.

Los dos jóvenes llegaron al límite interior del Bloque central, y se encontraron al pie de la muralla que, en opinión de Marcelo, debía separarles del parque.

—¿Acaso va a ser preciso que hagamos danzar otra vez los muñecos? —le preguntó Octavio.

—Quizá... Pero, para entrar, podríamos buscar una puerta a la que un simple petardo lanzara al aire.

Ambos comenzaron a dar vueltas alrededor del parque, a lo largo de la muralla. De vez en cuando se veían obligados a volver una esquina o a escalar una reja. Pero no perdían de vista el muro, y bien pronto fueron recompensados en sus trabajos: apareció una puertecita baja y desvencijada, que interrumpía la muralla.

En dos minutos, Octavio abrió un agujero con una barrena en la puerta de roble. Marcelo, aplicando un ojo a aquella abertura, reconoció, con viva satisfacción, que, al otro lado, se extendía el parque tropical, con su eterno verdor y su temperatura de primavera.

—Hagamos volar la puerta, y habremos llegado —dijo a su compañero.

—Emplear un petardo para este trozo de madera sería concederle demasiados honores.

Y empezó a atacar la poterna con un pico.

Apenas la había hecho tambalearse, cuando se oyó rechinar una cerradura y descorrerse dos cerrojos.

Se entreabrió la puerta, quedando retenida por dentro con una gruesa cadena.

—*Wer da?* (¿Quién es?) —dijo una voz ronca.

## CAPÍTULO XVII

## EXPLICACIONES A TIROS

Los dos jóvenes no esperaban, ni mucho menos, aquella pregunta. Quedaron, pues, más sorprendidos que si hubieran recibido un tiro de fusil.

De todas las hipótesis que Marcelo había imaginado respecto de aquella ciudad letárgica, la única que no se le había ocurrido era la de que un ser viviente le pidiese cuenta de su visita, con toda tranquilidad. Su empresa, casi legítima, si se admitía que Stahlstadt estuviese completamente deshabitada, revestía otro aspecto muy distinto, desde el momento en que la ciudad poseía aún habitantes. Lo que, en el primer caso, no era más que una especie de excursión arqueológica, en el segundo caso se convertía en un ataque a mano armada, con la agravante de fractura.

Todas estas ideas se presentaron en la imaginación de Marcelo con tanto relieve, que en un principio quedó como atacado de mutismo.

—*Wer da?* —repitió la voz, con algo de impaciencia.

Sin embargo, la impaciencia no había desaparecido por completo. Escalar murallas y volar edificios de la ciudad, franquear tantos obstáculos para llegar ante aquella puerta y no saber qué responder cuando le preguntasen «¿Quién es?», no dejaba de ser sorprendente...

Medio minuto bastó a Marcelo para darse cuenta de lo crítica que era su situación, e inmediatamente respondió, expresándose en alemán:

—Amigo o enemigo, según se mire... Deseo hablar con Herr Schultze.

No había terminado de articular estas palabras, cuando se dejó oír una exclamación de sorpresa, detrás de la puerta entreabierta.

—*Ach!*

Y por la abertura, pudo distinguir Marcelo parte de unas patillas rojas, un bigote erizado y unos ojos saltones que reconoció al punto. Todo aquello pertenecía a Sigimer, su antiguo guardia de corps.

—¡Johann Schwartz! —exclamó el gigante, con una estupefacción que participaba también del júbilo—. ¡Johann Schwartz...!

El inopinado regreso de su prisionero parecía asombrarle casi tanto como le había asombrado su desaparición misteriosa.

—¿Puedo hablar con Herr Schultze? —repitió Marcelo, al ver que no recibía otra respuesta diferente de aquella exclamación.

Sigimer sacudió la cabeza.

—No hay orden —dijo—. No se puede entrar aquí sin una orden.

—¿Puede usted, entonces, decir a Herr Schultze que estoy aquí y deseo hablar con él?

—Herr Schultze no está... Herr Schultze se marchó —respondió el gigante, con un matiz de tristeza en la voz.

—¿Y dónde está...? ¿Cuándo volverá...?

—¡No sé...! No ha sido cambiada la consigna... ¡Nadie puede entrar sin una orden...!

Estas frases entrecortadas fueron todo lo que Marcelo pudo obtener de Sigimer, quien, a todas las preguntas, opuso una obstinación bestial. Octavio acabó por impacientarse.

—¿A qué viene tener que pedir permiso para entrar? —dijo—. ¡Es mucho más cómodo que nos lo tomemos nosotros...!

Y se abalanzó sobre la puerta, con el fin de forzarla. Pero la cadena resistió, y un empujón superior al suyo cerró la puerta, cuyos dos cerrojos quedaron echados.

—Es preciso que haya varias personas detrás de esa puerta —dijo Octavio, bastante humillado por el resultado obtenido.

Aplicó el ojo al agujero que había hecho con la barrena, y lanzó un grito de sorpresa.

—¡Hay un segundo gigante!

—¿Arminio? —preguntó Marcelo.

Y miró, a su vez, por el agujero hecho con la barrena.

—¡Sí! Es Arminio, el colega de Sigimer...

De pronto, otra voz que parecía llegar del cielo, hizo a Marcelo levantar la cabeza.

—*Wer da?* —dijo la voz.

Aquella voz era la de Arminio.

La cabeza del guardián asomaba por encima de la albardilla de la muralla, a la que debía alcanzar con la ayuda de alguna escala.

—Ya lo sabe usted, Arminio —respondió Marcelo—. ¿Quiere abrir? ¿Sí o no?

No había acabado de pronunciar estas palabras, cuando el cañón de un fusil apareció por encima del muro. Sonó una detonación, y una bala pasó rozando el ala del sombrero de Octavio.

—Pues bien; aquí tengo esto para responderte— dijo Marcelo.

E introduciendo un salchichón de dinamita por debajo de la puerta, la hizo volar con estrépito.

Apenas se formó la brecha, Marcelo y Octavio, armados hasta los dientes, se precipitaron dentro del parque.

Contra el hastial del muro hendido por la explosión y que acababan de franquear, aparecía adosada todavía una escala, y, al pie de aquella escala, se veían manchas de sangre; pero ni Sigimer ni Arminio estaban allí para defender la entrada.

Los jardines se abrían ante los dos asaltadores, en todo el esplendor de su vegetación. Octavio estaba maravillado.

—¡Esto es magnífico! —dijo—. Pero, ¡atención...! ¡Despleguémonos en guerrilla...! ¡Estos comedores de berza podrían estar escondidos detrás de los arriates...!

Octavio y Marcelo se separaron, y dirigiéndose cada uno hacia el lado opuesto de la avenida que ante ellos se abría, avanzaron con prudencia, de árbol en árbol y de obstáculo en obstáculo, de acuerdo con los principios de la estrategia individual más elemental.

La precaución era acertada. No habían recorrido cien pasos, cuando sonó un segundo tiro de fusil. Una bala descortezó el árbol que Marcelo acababa de abandonar.

—¡Dejémonos de tonterías...! ¡Cuerpo a tierra! —dijo Octavio, a media voz.

Y, uniendo la acción a la palabra, dejándose caer sobre las rodillas y sobre los codos, se deslizó hasta un espinoso macizo que bordeaba la rotonda en cuyo centro se levantaba la Torre del Toro. Marcelo, que no había atendido con toda prontitud la advertencia, oyó un tercer disparo, y sólo tuvo tiempo para ocultarse detrás del tronco de una palmera y esquivar así un cuarto tiro.

—Afortunadamente, esos animales tiran como unos bisoños —dijo Octavio a su acompañante, del que le separaban unos treinta pasos.

—¡Chist! —exclamó Marcelo, más con la mirada que con los labios—. ¿Ves el humo que sale de aquella ventana del piso bajo...? ¡Allí están emboscados, los bandidos...! ¡Pero voy a hacerles una de las mías...!

En un abrir y cerrar de ojos, Marcelo cortó detrás de la espesura una vara de regulares proporciones. Luego, quitándose la chaqueta, la colocó sobre aquel bastón, que cubrió con el sombrero, contrayendo así un maniquí muy aceptable. Lo puso después en el sitio que él había ocupado, de manera que quedasen visibles el sombrero y las dos mangas, y arrastrándose hasta donde estaba Octavio, le dijo al oído:

—Entreténles, disparando a la ventana, unas veces desde tu sitio y otras veces desde el mío... Yo voy a sorprenderles por el lado opuesto...

Y Marcelo, dejando disparar a Octavio, se deslizó por entre los arriates que rodeaban la rotonda.

Transcurrió un cuarto de hora, durante el cual se cambiaron unas veinte balas, sin resultado.

La chaqueta de Marcelo y su sombrero estaban materialmente acribillados; pero, en cambio, él no podía estar mejor... En cuanto a las persianas del piso bajo, la carabina de Octavio las había hecho polvo...

De pronto, cesó el fuego, y Octavio oyó claramente este grito ahogado:

—¡A mí...! ¡Ya le tengo...!

Abandonar su escondrijo, lanzarse al descubierto a la rotonda y subir de un salto a la ventana, fue para Octavio cosa de medio minuto. Un instante después, estaba dentro del salón.

Sobre la alfombra, enlazados como dos serpientes, Marcelo y Sigimer luchaban con desesperación. Sorprendido por el súbito ataque de su adversario, que había abierto de improviso una puerta interior, el gigante no había podido hacer uso de las armas; pero su fuerza hercúlea hacía de él un terrible adversario, y, aunque estaba en tierra, no había perdido la esperanza de rehacerse. Marcelo, por su parte, desplegaba un vigor y una agilidad notables.

La lucha hubiera acabado necesariamente con la muerte de uno de los combatientes, si la intervención de Octavio no hubiese llegado a punto de obtener un resultado menos trágico. Cogido por ambos brazos y desarmado, Sigimer se vio atado de tal manera, que no podía hacer el menor movimiento...

—¿Y el otro? —preguntó Octavio.

Marcelo le mostró al otro extremo de la estancia un sofá, donde yacía Arminio, ensangrentado.

—¿Ha recibido algún balazo? —preguntó Octavio.

—Sí —respondió Marcelo.

Luego se acercó a Arminio.

—¡Muerto! —exclamó.

—¡A fe mía que el pájaro voló! —dijo Octavio.

—Ya somos dueños del campo —dijo Marcelo—. Vamos a proceder a una inspección formal... Primero, iremos al despacho de Herr Schultze...

Desde la antesala donde acababa de desarrollarse el último episodio del asalto, los dos jóvenes recorrieron todos los departamentos que conducían al santuario del Rey del Acero.

Octavio estaba lleno de admiración ante todos aquellos esplendores.

Marcelo sonreía al contemplarle, y abría una a una las puertas que iba encontrando ante sí, hasta llegar al salón verde y oro.

Aunque esperaban encontrar allí algo nuevo, nada les pareció tan singular como el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Hubiérase dicho que la oficina central de correos de Nueva York o de París, súbitamente desvalijada, había sido trasladada precipitadamente a aquel salón. Por todas partes se veían sólo cartas y paquetes sellados sobre la mesa, sobre los muebles y sobre la alfombra... Se sumergían hasta media pierna en aquella inundación... Toda la correspondencia financiera, industrial y personal de Herr Schultze, acumulada día por día en el buzón exterior del parque y fielmente recogida por Arminio y Sigimer, estaba allí en el despacho de su dueño...

¡Cuántas consultas, sufrimientos, esperas ansiosas, miserias y lágrimas encerrarían aquellos mudos pliegos dirigidos a Herr Schultze...! ¡Cuántos millones encerrarían también en papel, en cheques, en giros y en envíos de todas clases...! Todo aquello dormía allí, inmovilizado por la ausencia de la única mano que teñía derecho a rasgar aquellos frágiles aunque inviolables sobres...

—Ahora —dijo Marcelo— se trata de encontrar la puerta secreta del laboratorio.

Comenzó, pues, a levantar todos los libros de la biblioteca. Fue inútil. No llegó a descubrir la entrada oculta que había franqueado un día en compañía de Herr Schultze... ¡En vano sacudió uno a uno todos los estantes, y, provisto de una barra de hierro que cogió de la chimenea, los fue deshaciendo uno a uno...! ¡En vano golpeó la pared, con la esperanza de oírla sonar a hueco...! Bien pronto adquirió la evidencia de que Herr Schultze, receloso de no ser ya el único que poseía el secreto de la puerta de su laboratorio, la había hecho desaparecer.

Pero, necesariamente, debería haber abierto otra.

«¿Dónde? —se preguntaba Marcelo—. Sólo puede estar aquí, puesto que aquí es donde Arminio y Sigimer han traído las cartas... En esta estancia es donde ha continuado trabajando Herr Schultze después de mi partida... Conozco lo suficiente sus costumbres para comprender que, al hacer que desapareciera la antigua entrada, habrá querido tener otra a su alcance y a salvo de las miradas indiscretas... ¿Habrá alguna trampa debajo de la alfombra...?»

La alfombra no presentaba señales de tener abertura alguna. Por eso, no dejó de ser desclavada y levantada. El entarimado, examinado tabla por tabla, no presentaba nada sospechoso.

—¿Y quién te ha dicho que la abertura esté en esta habitación? —preguntó Octavio.

—Moralmente, estoy seguro de ello —respondió Marcelo.

—Entonces, ya no nos queda más que explorar el techo —dijo Octavio, subiéndose a una silla.

Su deseo era llegar hasta la araña de la luz y golpear alrededor del rosetón central con la culata del fusil.

Pero no hizo Octavio más que suspenderse del candelabro dorado, cuando, con extrema sorpresa suya, lo vio bajar bajo sus manos. Se movió el techo, y dejó al descubierto un gran agujero, desde donde descendió automáticamente hasta el pavimento una ligera escalera de acero.

Aquello era como una invitación a subir...

—¡Vamos arriba! —exclamó, tranquilamente, Marcelo.

Y enseguida trepó por la escala, seguido de su compañero.

## CAPÍTULO XVIII

## LA ALMENDRA DEL FRUTO

La escala de acero se unía por su último escalón al suelo de una amplia sala circular sin comunicación con el exterior. Aquella sala estaría sumida en la oscuridad más completa, si una deslumbradora luz blanquecina no se filtrara por la gruesa vidriera de una claraboya, embutida en el centró del entarimado de roble. Hubiérase dicho que era el disco lunar en el momento en que, en oposición con el sol, aparece en toda su pureza...

Era absoluto el silencio entre aquellos muros sordos y ciegos, que no podían ver ni oír. Los dos jóvenes creyeron que estaban en la antesala de un monumento funerario.

Antes de asomarse por la vidriera iluminada, Marcelo tuvo un momento de vacilación. ¡Aquello tocaba a su término...! No cabía dudar que de allí iba a salir el impenetrable secreto que había ido a buscar a Stahlstadt...

Pero su vacilación no duró más que un instante. Octavio y él fueron a arrodillarse ante el disco e inclinaron la cabeza de manera que pudiera observarse en todas sus partes la habitación que tenían debajo.

Un espectáculo tan horrible como inesperado se ofreció entonces a sus miradas.

Aquel disco de vidrio, convexo por sus dos caras, en forma de lente, agrandaba desmesuradamente los objetos que tenía debajo.

Allí estaba el laboratorio secreto de Herr Schultze. La intensa luz que salía a través del disco, como si se tratara del aparato dióptrico de un faro, procedía de una doble lámpara eléctrica que ardía aún bajo su campana vacía de aire, y a la que la corriente voltaica de una poderosa pila no había dejado de alimentar. En medio de la habitación, entre aquella atmósfera cegadora, una figura humana, enormemente agrandada por la refracción de la lente —algo así como una de las esfinges del desierto líbico— aparecía sentada, en una inmovilidad absoluta.

Alrededor de aquel espectro, sembraban el suelo unos cascos de obús.

¡No cabía duda...! Aquél era Herr Schuitze, reconocible en el rictus espantoso de su mandíbula y sus brillantes dientes; pero un Herr Schuitze gigantesco al que la explosión de una de sus terribles máquinas había asfixiado y congelado a la vez bajo la acción de un frío tremendo...

El Rey del Acero estaba ante su mesa, sustentando en la mano una pluma gigantesca del tamaño de una lanza, y parecía estar escribiendo todavía... Si no hubiera sido por la mirada átona de sus dilatadas pupilas y la inmovilidad de su boca, hubiérasele creído vivo. Como esos mamuts que se encuentran sepultados bajo los hielos de las regiones polares, aquel cadáver estaba allí, desde hacía un mes, oculto para todos los ojos... A su alrededor, todo parecía helado aun: los reactivos en sus frascos, el agua en sus recipientes, el mercurio en su cubeta...

A pesar del horror de aquel espectáculo, Marcelo experimentó cierta satisfacción, al considerar la gran suerte que habían tenido al poder observar desde fuera el interior de aquel laboratorio, pues, con toda seguridad, Octavio y él habrían perecido al entrar dentro.



¿Cómo se había producido aquel espantoso accidente...? Marcelo lo adivinó sin trabajo, cuando comprobó que los fragmentos de obús que había esparcidos por el suelo no eran sino pedacitos de vidrio. Ahora bien; la envoltura interior que contenía el ácido carbónico líquido en los proyectiles asfixiantes de Herr Schuitze, a causa de la presión formidable que tenía que soportar, estaba hecha con ese vidrio templado que tiene diez o doce veces la resistencia del vidrio ordinario; pero uno de los defectos de que adolece este producto, todavía demasiado nuevo, consiste en que, por efecto de una acción molecular misteriosa, estalla súbitamente, algunas veces, sin motivo aparente. Esto era lo que debía haber ocurrido. Quizá la misma presión interior había provocado de un modo más inevitable el estallido del obús que había sido depositado en el laboratorio. El ácido carbónico, dilatado de pronto, había determinado un espantoso descenso de la temperatura ambiente, al tornar al estado gaseoso.

Así, pues, el efecto debía de haber sido fulminante. Herr Schultze, sorprendido por la muerte en la actitud que tenía en el momento de la explosión, se había momificado instantáneamente, ante un frío de cien grados bajo cero.

Una circunstancia, sobre todo, llamó la atención de Marcelo, y es la de que el Rey del Acero había sido sorprendido por la muerte mientras escribía.

Ahora bien; ¿qué era lo que escribía en aquella hoja de papel, con aquella pluma que su mano retenía aún...? Podía ser interesante recoger el último pensamiento, conocer la última frase de aquel hombre.

Pero, ¿cómo obtener aquel papel? No había que pensar, ni siquiera por un instante, en romper el disco luminoso para descender al laboratorio. El gas ácido carbónico, acumulado bajo una enorme presión, habría hecho irrupción fuera y asfixiado a todo ser viviente que hubiese sido envuelto por sus vapores irrespirables. Hubiera sido entregarse a una muerte segura, y, además, el peligro no estaba en proporción con las ventajas que pudiera suponer la posesión de aquel papel.

Sin embargo, si no era posible arrebatar al cadáver de Herr Schultze las últimas líneas trazadas por su mano, era probable que se pudiesen descifrar, puesto que debían aparecer agrandadas por la refracción de la lente. ¿No estaba allí el disco, con los poderosos rayos que hacía converger sobre todos los objetos que había encerrados en aquel laboratorio, tan potentemente iluminado por la doble lámpara eléctrica?

Marcelo conocía la letra de Herr Schultze, y, al cabo de varios intentos, consiguió leer las pocas líneas siguientes, que, como todo cuanto escribía Herr Schultze, era más bien una orden que una instrucción:

«Orden a B. K. R. Z. de adelantar en quince días la expedición proyectada contra France-Ville. —Tan pronto como sea recibida esta orden, ejecutad las medidas tomadas por mí. Es preciso que, esta vez, la experiencia sea fulminante y completa. No cambiéis en lo más mínimo cuanto he decidido. Quiero que, dentro de quince días, France-Ville sea una ciudad muerta, y que no sobreviva uno solo de sus habitantes. Necesito una Pompeya moderna, que sea al mismo tiempo el horror y el asombro del mundo entero. Mis órdenes, bien ejecutadas, harán inevitable este resultado.

»Me enviaréis los cadáveres del doctor Sarrasin y de Marcelo Bruckmann. Quiero verlos y conservarlos.

«SCHULTZ...»

Aquella firma estaba incompleta; faltaba la E final y la rúbrica.

Marcelo y Octavio permanecieron primero mudos e inmóviles ante aquel extraño espectáculo, ante aquella especie de evocación de un genio maléfico, que emocionaba por lo fantástico...

Pero era preciso substraerse, al fin, a aquella lúgubre escena.

Los dos amigos, muy conmovidos, abandonaron la sala que había sobre el laboratorio.

Allí, en aquella tumba donde reinaría la oscuridad completa cuando se apagase la lámpara por falta de corriente eléctrica, el cadáver del Rey del Acero quedaría solo y seco como una de esas momias de los faraones que no han podido reducir a polvo los siglos.

Una hora más tarde, después de haber desatado a Sigimer, quien se quedó muy asombrado de la libertad que se le devolvía, Octavio y Marcelo abandonaban Stahlstadt y emprendían el regreso a France-Ville, a donde llegaron aquella misma noche.

El doctor Sarrasin trabajaba en su despacho cuando le anunciaron la vuelta de los dos jóvenes.

—¡Que pasen —exclamó—; que pasen enseguida!

Sus primeras palabras, al ver a ambos, fueron éstas:

—¿Qué hay?

—Doctor —respondió Marcelo—, las noticias que le traemos de Stahlstadt le tranquilizarán el espíritu para mucho tiempo. ¡Herr Schultze no existe ya! ¡Herr Schultze ha muerto!

—¡Muerto! —exclamó el doctor Sarrasin.

El buen doctor se quedó pensativo un rato, sin añadir una palabra.

—¡Pobre hijo mío! —dijo a Marcelo, después de haberse repuesto—. ¿Sabes que esa noticia, que debería regocijarme, puesto que aleja de nosotros lo que más execro, que es la guerra más injusta, la menos justificada...; sabes que, contra toda lógica, me ha dejado oprimido el corazón...? ¡Ah...! ¿Por qué ese hombre de poderosas facultades se había constituido en enemigo nuestro...? ¿Por qué, sobre todo, no puso sus raras cualidades al servicio del bien...? ¡Cuántas energías perdidas, cuyo empleo habría sido útil, si se hubiese podido asociarlas a las nuestras e imprimirles una finalidad común...! Esto es lo que en un principio me ha conmovido cuando me has dicho: «Herr Schultze ha muerto». Ahora, amigo mío, cuéntame detalladamente todo lo que sepas acerca de ese final inesperado.

—Herr Schultze —comenzó Marcelo— ha encontrado la muerte en el misterioso laboratorio que había conseguido hacer inaccesible con una habilidad diabólica. Nadie más que él conocía su existencia, y, por consiguiente, nadie podía entrar en él para prestarle socorro... Ha sido víctima, pues, de esa increíble concentración de todas las fuerzas reunidas en sus manos, a la que había llegado equivocadamente para poseer él solo la clave de toda su obra, y esa concentración, a la hora señalada por Dios, se ha vuelto de pronto contra él y contra sus intenciones.

—¡No podía ser de otro modo! —respondió el doctor Sarrasin—. Herr Schultze empleaba un procedimiento completamente erróneo... ¿No es, en efecto, el mejor gobierno aquel cuyo jefe puede ser sustituido con más facilidad después de su muerte, y que, por tanto, continúa funcionando, precisamente porque su engranaje no tiene nada secreto...?

—Va usted a ver, doctor —continuó Marcelo—, que lo que ha pasado en Stahlstadt es la demostración, *ipso facto*, de lo que acaba usted de decir... He encontrado a Herr Schultze sentado ante su mesa, punto central de donde partían todas las órdenes que cumplía la Ciudad del Acero, sin que jamás uno solo las hubiera discutido... La muerte le ha dejado la actitud y todas las apariencias de la vida, hasta el punto de que, por un instante, creí que aquel espectro me iba a hablar... ¡Y el inventor ha sido el mártir de su propio invento...! ¡Ha sido castigado por uno de los obuses que debían aniquilar nuestra ciudad...! ¡Su arma ha hecho explosión en su propia mano, en el momento en que iba a trazar la última letra de una orden de exterminio...! Escuche...

Y Marcelo leyó en voz alta las terribles líneas trazadas por la mano de Herr Schultze, de las cuales había tomado copia.

Luego, añadió:

—Lo que me hubiera acabado de convencer de que Herr Schultze estaba muerto, si hubiera podido dudar, es que todo había cesado de vivir a su alrededor; que todo había dejado de respirar en Stahlstadt... Como en el palacio de la Bella Durmiente del bosque, el sueño había dejado en suspenso todas las vidas y había detenido todos los movimientos... La parálisis del amo había paralizado al mismo tiempo a los servidores, y hasta se había extendido a los instrumentos...

—Sí —respondió el doctor Sarrasin—; ése ha sido castigo de Dios... Al querer precipitar fuera de toda medida su ataque contra nosotros; al forzar los resortes de su acción, Herr Schultze ha sucumbido.

—En efecto —contestó Marcelo—; pero no pensemos ya en lo pasado, y ocupémonos sólo en lo presente. Si la muerte de Herr Schultze significa la paz para nosotros, también es la ruina para el admirable establecimiento que había creado y que, provisionalmente, está en quiebra... Unas imprudencias, colosales como todo lo que el Rey del Acero imaginaba, han abierto a la vez diez abismos... Ciego, de una parte, por sus éxitos, y de la otra por su pasión contra Francia y contra ustedes, ha provisto de armas, sin tomar las precauciones suficientes, a todo el que pudiera ser nuestro enemigo. A pesar de esto, y aunque el pago de la mayor parte de sus deudas pueda hacerse esperar por mucho tiempo, creo que una mano firme lograría volver a poner en pie a Stahlstadt, y orientar hacia el bien las fuerzas que había acumulado para el mal... Herr Schultze no tiene más que un heredero posible, doctor, y ese heredero es usted... No hay por qué dejar que perezca su obra... Suele creerse en este mundo que no se obtiene provecho alguno librando del aniquilamiento a una fuerza rival... Esto constituye un gran error, y espero que estará usted conforme conmigo en que, por lo contrario, es preciso salvar del naufragio a todo lo que puede servir en bien de la humanidad... Por consiguiente, estoy dispuesto a consagrarme por entero a esa tarea...

—Marcelo tiene razón —pronunció Octavio, estrechando la mano de su amigo—, y estoy dispuesto a trabajar bajo sus órdenes, si mi padre consiente en ello.

—Lo apruebo, queridos hijos míos —dijo el doctor Sarrasin—. Sí, Marcelo; no nos faltarán los capitales, y, gracias a ti, una vez resucitada Stahlstadt, poseeremos en ella tal arsenal de instrumentos, que, en lo sucesivo, nadie en el mundo pensará en atacarnos... Y como, al mismo tiempo que seremos los más fuertes, procuraremos también ser los más justos, conseguiremos que amen los beneficios de la paz y de la justicia todos los que nos rodeen... ¡Ah, Marcelo, que magnífico sueño...! Y cuando pienso que por ti y contigo podré ver cumplidos mis propósitos, me pregunto... Sí; me pregunto por qué no tendré dos hijos...; por qué no eres tú hermano de Octavio... ¡A nosotros tres, nada nos hubiera sido imposible...!

## CAPÍTULO XIX

## UN ASUNTO DE FAMILIA

Acaso en el transcurso de este relato no se haya concedido suficiente importancia a los asuntos personales de los que son sus héroes. Razón de más, pues, para que nos sea permitido tratar, por fin, de ellos y por ellos mismos.

Conviene decir que el buen doctor no pertenecía al ser colectivo, a la humanidad, hasta el punto de que la individualidad no existiese para él, aun cuando se hubiese entregado por entero al ideal. Le extrañó, pues, la palidez súbita que cubrió el semblante de Marcelo, cuando él acababa de pronunciar sus últimas palabras... Sus ojos trataron de leer en los del joven el sentido oculto de aquella repentina emoción. El silencio del práctico anciano interrogaba al silencio del joven ingeniero, y esperaba, quizás, a que éste lo rompiera; pero Marcelo, después de hacerse dueño de sí mediante un rudo esfuerzo de voluntad, no tardó en recobrar toda su sangre fría. Su tez recuperó los colores naturales, y su actitud sólo era, al fin, la de un hombre que espera seguir una conversación comenzada.

El doctor Sarrasin, un poco impacientado, quizá, por aquel rápido cambio de Marcelo, se acercó de nuevo a su joven amigo. Luego, con un movimiento propio de su profesión de médico, se apoderó de su brazo, y lo retuvo como pudiera haberlo hecho con el de un enfermo al cual hubiera querido tomar el pulso discreta o distraídamente.

Marcelo le dejó hacer, sin darse bien cuenta de la intención del doctor, y, como quiera que no desplegara los labios, le dijo su anciano amigo:

—Mi buen Marcelo, más adelante continuaremos nuestra conversación acerca de los futuros destinos de Stahlstadt, pues no nos está prohibido, ya que nos consagraremos al mejoramiento de la suerte de todos, a ocuparnos también en la suerte de aquellos a quienes amamos, de aquellos a quienes tenemos más cerca... Pues bien; creo que ha llegado el momento de decirte lo que una joven, cuyo nombre te revelaré luego, respondía, no hace mucho tiempo aún, a su padre y a su madre, a quienes, por vigésima vez, se la pedían en matrimonio... Los partidos han sido, en su mayor parte, de aquellos que, aun en las circunstancias más difíciles, se hubiera tenido derecho a aceptar, y, sin embargo, la hija decía siempre que no, y que no...

En aquel momento, Marcelo, con un movimiento un poco brusco, rescató su muñeca que, hasta entonces, había retenido en su mano el doctor.

Y fuera porque éste se considerase suficientemente informado acerca de la salud del paciente, o fuera porque no se dio cuenta que el joven le había retirado a la vez su brazo y su confianza, continuó su relato, sin tomar en consideración, al parecer, aquel pequeño incidente.

—«Pero, bueno —decía a su hija la madre de la joven de quien te estoy hablando—; haznos saber, al menos, los motivos de esas continuadas repulsas... Educación, fortuna, buena situación, salud física; todo lo tienes a tu alcance... ¿Por qué esas negativas tan firmes, tan resueltas, tan rápidas ante las sollicitaciones que ni siquiera te tomas el trabajo de examinar...? De ordinario, tú eres menos perentoria...» Ante aquella insistencia de su madre, la joven se decidió, por fin, a hablar, y, como tiene una inteligencia clara y un corazón recto, una vez resuelta a romper el silencio, dijo lo siguiente: «Respondo que "no",

con tanta sinceridad como pondría al responder que "sí", mamá querida, si el "si" se hallase, en realidad, dispuesto a salir de mi corazón... Estoy de acuerdo con usted en que un buen número de partidos de los que ustedes me ofrecen son muy aceptables, por diversos conceptos; aunque, por otra parte, imagino que todas esas pretensiones se dirigen más bien a lo que llaman lo mejor, es decir, el mejor partido de la ciudad, que a mi persona, y sólo esta idea es suficiente para que no me den deseos de decir que "sí"; y me atreveré a decirle, puesto que usted lo quiere, que ninguna de esas pretensiones es la que yo esperaba, la que espero, aún, y añadiré, además, que la que espero podría hacerse aguardar mucho tiempo, por desgracia, si es que llega alguna vez...» «¡Vaya, señorita!», dijo la madre, estupefacta. «Usted...» No acabó la frase, por no saber cómo terminarla, y, en su turbación, se volvió hacia su marido, implorándole visiblemente con su mirada ayuda y socorro... Pero, fuera porque él no quisiese tomar parte en aquella cuestión, o porque considerase necesario que se hiciese un poco más de luz entre la madre y la hija antes de intervenir, el marido aparentó no haber oído nada, y la pobre niña, roja de turbación, y quizá también por algo de ira, adoptó de pronto la resolución de llegar hasta el final. «Le he dicho, querida madre —continuó—, que la pretensión que espero pudiera hacerse aguardar por mucho tiempo, y que no es imposible que no llegue... Añadiré que ese retraso, aunque fuese indefinido, no llegará a extrañarme ni a herirme... Tengo la desgracia de ser, según dicen, muy rica, y el que debería hacer su demanda es muy pobre, y tiene sus razones para no hacerla... Es de esperar que...» «¿Y por qué no ha de llegar?», dijo la madre, queriendo, quizá, detener en los labios de su hija las palabras que temía oír... Entonces intervino el marido... «Querida amiga —dijo, requiriendo afectuosamente las manos de su mujer—; una madre, que es tan atendida por su hija como lo es usted, no hace ante ella, desde que está en el mundo, o poco menos, las alabanzas de un buen muchacho que casi es de nuestra familia, y hace observar a todos la solidez de su carácter, aplaudiendo, además, lo que dice su marido, cuanto éste tiene ocasión de elogiar a su vez la portentosa inteligencia del joven y habla con enternecimiento de las mil pruebas de abnegación que tiene recibidas de él... Si la que veía a ese joven distinguido entre todos por su padre y por su madre no le hubiese distinguido también, habría faltado a todos sus deberes...» «¡Ah, padre —exclamó entonces la joven, arrojándose en los brazos de su madre para ocultar en ellos la turbación—. Si había usted adivinado mi pensamiento, ¿por qué me obligó a hablar...?» «¿Por qué? —preguntó el padre—. Para tener la satisfacción de oírte, preciosa mía; para quedar más seguro aún de que no me engañaba; para poder decirte, en fin, y hacer que tu madre te lo diga, que aprobamos el camino emprendido por tu corazón, que tu elección colma todos nuestros deseos, y que, para ahorrar al joven pobre y orgulloso de que se trata una demanda que repugna a su delicadeza, esa demanda la haré yo... Sí; la haré yo, porque he leído en su corazón como en el tuyo... ¡Está tranquila, pues...! En la primera ocasión propicia que se presente, me permitiré preguntar a Marcelo si, aunque lo considere imposible, le agradecería ser mi yerno.»

Ante lo inopinado de aquella brusca peroración, Marcelo se había puesto en pie como movido por un resorte. Octavio le había estrechado silenciosamente la mano mientras el doctor Sarrasin le tendía los brazos... El joven alsaciano estaba pálido como un muerto... Pero éste es uno de los aspectos que adquiere la felicidad en las almas fuertes cuando entra en ellas sin hacerse anunciar...

## CONCLUSIÓN

Libre de toda inquietud, en paz con todos sus vecinos, bien administrada y feliz, France-Ville, gracias a la sabiduría de sus habitantes, se halla en plena prosperidad. Su dicha, tan justamente merecida, no le proporciona envidiosos, y su fuerza impone el respeto a los más batalladores.

La Ciudad del Acero no era más que una fábrica formidable, un temible antro de destrucción, en manos de Herr Schultze; pero, gracias a Marcelo Bruckmann, se ha operado su liquidación sin perjuicio para nadie, y Stahlstadt se ha convertido en un centro de producción incomparable para todas las industrias útiles.

Desde hace un año, Marcelo es el afortunado esposo de Juana, y el nacimiento de un niño acaba de aumentar su felicidad.

En cuanto a Octavio, está incondicionalmente a las órdenes de su cuñado y le secunda en todos sus esfuerzos. Su hermana trata ahora de casarle con una de sus amigas —desde luego, encantadora—, cuyas cualidades de buen juicio e inteligencia preservarán a su marido contra todas las recaídas.

Los deseos del doctor y de su mujer se han cumplido, y, a decir verdad, podrían considerarse en la cúspide de la felicidad y aun de la gloria si la gloria hubiera figurado alguna vez en el programa de sus honradas ambiciones.

Puede asegurarse, pues, desde ahora que el porvenir pertenece a los esfuerzos del doctor Sarrasin y de Marcelo Bruckmann, y que el ejemplo de France-Ville y de Stahlstadt —fábrica y ciudad modelos— no se habrá perdido para las generaciones futuras...